

EL MAPA DE LAS VIUDAS

XVI Premio de Novela Ciudad de Badajoz

DANIEL DIMECO

Lectulandia

A finales del verano de 1960, una serie de asesinatos en la ciudad de Stralsund, al norte de la República Democrática Alemana, agudizan la locura de Eleonora Maler. En ella conviven dos existencias paralelas: la mujer que fue hasta terminar la guerra y la personalidad que se originó una trágica noche de 1945. Pero ambas —la cuerda y la enajenada— son una, comparten el mismo cuerpo y viven una vida común, acompañadas de una niña que arrastra su propia desdicha. En el asfixiante ambiente de una pequeña ciudad donde la Stasi se afana en controlar a todos sus habitantes, Eleonora tendrá que enfrentarse a sus propios miedos y a sus propios fantasmas: algunos sólo están dentro de ella, pero otros aún recorren las calles de Stralsund.

Lectulandia

Daniel Dimeco

El mapa de las viudas

ePub r1.0

Titivillus 23.04.15

Título original: *El mapa de las viudas*

Daniel Dimeco, 2013

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

2



www.epublicbre.org

Aniversario

EDICIÓN CONMEMORATIVA

Los murciélagos pasan el día durmiendo, colgados cabeza abajo en algún lugar seguro. Al anochecer levantan el vuelo para cazar. Detectan sus presas y se orientan emitiendo sonidos muy agudos que producen eco en los objetos cercanos. El eco, captado por su finísimo oído, les informa de la distancia, situación y movimiento de las víctimas.

Husmea en su boca abierta y escupe dentro.

ROBERT HASS

*Nuestras dos sombras
parecían una sola.*

*Nos queríamos tanto
que daba esa impresión.*

*Y toda la gente lo verá,
cuando estemos bajo la farola.*

Como antes, Lili Marleen.

HANS LEIP

Al caer la noche aparecieron murciélagos en el claro, sobrevolando aquella figura taciturna agachada sobre sus flacas piernas como pequeñas almas sin voz. Luego se alejaron.

CORMAC MCCARTHY

Hablar consigo mismo viene a ser un coloquio entre dos allegados dos personas distintas que apenas si se entienden

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

*A los maestros en este oficio de escribir:
Sabine y Abel Posse, cómplices e instigadores
A Félix 'Grillo' della Paolera, adiós en silencio
A María Tena, por creer en mí*

CERO

A eso de las cinco de la madrugada, cuando el alba de verano llueve en la ciudad y los grillos se silencian, ella oye golpes en el hueco que hay entre el alero de madera del techo y las ventanas de la casa. Se meten en el cajón donde se enrollan las persianas e, inmediatamente después, sobrevienen unos chirridos desagradables y más golpes. Son los murciélagos que regresan a dormir a su guarida.

Ella, metida en la cama, se los imagina estirando sus cuerpos deshuesados, aplanándose como el papel y escurriéndose por cualquier resquicio dentro de la habitación. Teme que vuelen medio ciegos y se estrellen contra la pared color mostaza que hay por encima del respaldo de la cama y que acaben cayendo como moscas atontadas sobre su cabeza. Lanza un grito cuando siente que algo blando le golpea en la mollera. El animal intenta desenredar las extremidades de entre su maraña de cabellos y no puede. Entonces, se asusta y la muerde. Siempre acaba mordiéndola y ella gritando.

No es un sueño, jamás sueña con los murciélagos. Casi cada mañana, desde que oye el primer golpe de las aletas, recrea la misma escena. Se tapa la cabeza con las sábanas y aguanta hasta que no los oye más, o bien hasta que se empieza a asfixiar y, con la frente llena de sudor vuelve a asomar los ojos y la nariz.

A finales de agosto, se siente siempre más tranquila porque es cuando empieza a albergar la esperanza de que los últimos calores y los primeros fríos acaben con ellos. Pero no hay manera de que se vayan, incluso los ha oído removerse y chillar en diciembre.

Hoy, ella se les ha adelantado. Se ha levantado a las cuatro de la madrugada y ha estado rellenando los huecos entre las uniones de las maderas del techo. Les ha embutido trozos de algodones embebidos en perfume, que ha ido enroscando previamente y con mucha paciencia en el extremo mordisqueado de un lápiz verde. Ahora, sentada ante el tocador, ella huele la mezcla de olores que ha quedado suspendida en el aire: intenso aroma del perfume ruso y rancio de los orines de los murciélagos.

Con la mirada clavada en sus propios ojos verdosos reflejados en el espejo, ella coge mechones de pelo que cercena a ras con la tijera mediana de la costura. Los cabellos caen como jirones por los hombros, la espalda y el regazo. No parpadea. Sólo de tanto en tanto, cuando los ojos se le resecan demasiado, los humedece con un par de pestañeos acelerados y vuelve a detener la mirada en sí misma, *dentro de sí misma*.

Enciende una vela, levanta la persiana a la mitad para que entre la claridad boreal y se vuelve a sentar delante del espejo para hacer el acabado. Se pasa la palma de la

mano por la cabeza casi rapada, tanteando los cabellos que se han escapado al acero de la tijera. En un cuenco pequeño tiene espuma de afeitar con un poco de agua; en un armario del baño ha encontrado el bote de Nivea que Georg no se llevó cuando lo mandaron a Checoslovaquia. Ella coge la navaja y, con suavidad, siguiendo un orden estricto desde la frente hasta la nuca y vuelta a empezar desde la frente, despeja el cuero cabelludo, como una segadora en plena trilla, hasta dejar una bola blanca. Los ojos grandes y las cejas altas resaltan aún más en su palidez.

Pasadas las cinco de la mañana, cuando está terminando de depilarse las cejas, oye la llegada de los murciélagos, que aterrizan encima de la ventana y se adhieren donde pueden con las ventosas de las patas, acomodando las aletas y colándose en la guarida. Aúllan y ríen, borrachos de toda una noche de trajín.

Ella detiene el afeitado y se pone tensa, encoge los dedos de los pies sin darse cuenta y cierra los puños con fuerza. Violada en su intimidad, destila rabia sabiendo que los intrusos han conseguido volver a meterse en la casa, aunque está más segura con el muro de algodón perfumado. Esta vez parecen estar más inquietos que de costumbre. Ella espera que el perfume los anime a huir, a que se muden a otro techo, tal vez al altillo que hay en casa de los Amstelheim. Después de todo, no tienen más que cruzar la calle.

A pesar de que ellos no están dentro de la habitación, ella cierra los ojos y los ve: despliegan las alas y se miran fieramente los unos a los otros a través del par de canicas negras y chiquitas, se rozan con las alas, dejan asomar las puntas cónicas de los molares, se disputan los lugares para el descanso, imponen sus jerarquías... Ella tiene miedo, entonces se aferra a la silla con una mano y con la otra sigue sosteniendo la navaja, agacha la cabeza y se evade imaginando el color de los botones que le pondrá al abrigo de la señora Rosenbauer o el color de la tela que está usando para el vestido de la señora Groß. Para cuando regresa del mundo del que se ha fugado, los murciélagos duermen y el espacio sonoro ha sido invadido por el canto de los pájaros.

Abre los ojos, los párpados le duelen de tanto apretarlos. Siente como si un vendaval hubiera transitado por dentro de su cuerpo mientras ella permanecía sin moverse. Ahora sí parpadea y lo hace sin cesar. Se observa la testa blanca y algunos cabellos rebeldes encima de las orejas que han escapado a la tijera y a la navaja. Levanta la mano con la navaja a la altura de los ojos y ve que tiene los dedos manchados de sangre. El filo del acero se le ha hundido en la carne, cada segundo un poco más profundo, durante toda la tormenta. Abre la mano y se mira la palma. Suelta la navaja encima de la mesa del tocador. Sin pensarlo, se lleva la mano ensangrentada a la cabeza y mira las vetas rojizas que han quedado en la hoja de metal y las que han caído encima de la mesa. Va a gritar cuando recuerda que Annette está durmiendo, no la quiere despertar, entonces se tapa la boca con las manos y continúa con la mirada fija en el espejo. Tiene la calva llena de sangre... Los murciélagos... Acorralada por la tormenta interior, se da cuenta de que un murciélago, acostumbrado a enredarse en sus cabellos, no se ha podido sujetar esta

vez y se ha resbalado por la superficie lisa y jabonosa por la espuma de afeitarse, produciéndole los arañazos que está viendo.

La mano le empieza a doler y la cierra en un puño. El murciélago, que se ha quedado atrapado dentro del puño, la está mordiendo, ella sabe que tienen dientes fuertes y afilados. Cada vez que muerde, la punzada de dolor le sube por el antebrazo repercutiéndole hasta el codo. Lo siente mascar y aprieta más y más el puño con la intención de reventarlo. Aleja la mano y mira hacia el lado contrario porque siente pánico y asco a la vez.

Se levanta de la silla y camina como una desquiciada. Da vueltas por la habitación, golpeando la palma contra la pared y dejando manchas de sangre. De vez en cuando, con sumo cuidado, se toca la cabeza. Intenta medir la gravedad de las heridas que le han infligido los animales que, ahora, duermen colgados boca abajo, con una clara expresión risueña en sus bocas. Excepto el que tiene apresado entre sus dedos, que sigue intentando abrirse camino hacia el interior de su cuerpo.

Se pone un vestido gris oscuro casi negro y se calza unos botines viejos de andar por casa, con la suela despegada en un lado. Baja las escaleras y sale a la calle. No ve a nadie. La quietud de los árboles, el silencio sobrecogedor y el cielo azul veteado de blanco. Mira hacia ambos lados: en la esquina de la Papenstrasse con Filterstrasse está el mismo coche de siempre, desde donde vigilan a los vecinos. Un hombre está sentado del lado del conductor con la cabeza apoyada en el respaldo y la boca abierta. Ella ni se da cuenta de eso. Aspira el aroma dulzón de las primeras horas de la mañana y la brisa húmeda que sobrevuela la ciudad desde el mar y le golpea en el pecho. Corre hasta la esquina, hasta el portal pintado de azul con una placa de chapa dorada: *Wilhelm Amstelheim, médico*.

Coge la aldaba con la mano buena y golpea la puerta. Pasan unos minutos y nadie sale, pero ella sabe que están adentro, que la observan detrás de aquellas cortinas, de las ventanas de la planta alta. Vuelve a golpear y pasan varios minutos más. Impaciente, gira delante de la puerta y mira a los lados y se observa por enésima vez el puño cerrado donde lleva al murciélago. De reojo y con resquemor, mira al coche aparcado en la esquina y al hombre que hay dentro, que ha cerrado la boca y la mira atentamente.

Ella sabe que no puede volver a golpear la puerta, sabe que ya saldrá alguien a abrirle, sabe que la mujer de Amstelheim será la que le abra. Y pasan otros minutos antes de que finalmente se escuche el sonido metálico de la mirilla.

—¿Qué quieres, Eleonora? —pregunta una voz de mujer tras la puerta.

—Tengo que ver al doctor Amstelheim, por favor, es urgente.

—Está durmiendo.

—Lo sé, pero es urgente.

—¿Qué te ha pasado esta vez?

—Me han mordido los murciélagos, míreme la cabeza, necesito que me cure o moriré por la infección...

—El doctor irá a verte en cuanto se levante. Lo que tienes no es grave.

La mirilla se cierra con un ruido seco y ella se la queda mirando fijamente, como si se tratase de un ojo, al tiempo que escucha los pasos de las chinelas de Ulva Amstelheim que se alejan hasta desaparecer.

Ella se observa los pies, las punteras de los botines están levemente metidas hacia adentro y los cordones desatados son como largos bigotes llenos de polvo. Se agacha y se los ata como le enseñó su tía, la hermana mayor de su padre, haciendo tres nudos bien fuertes. Necesitan una buena capa de betún, nunca les ha puesto betún, pero quizá ya sea el momento de hacerlo, antes de que llegue el invierno y entren en contacto con el barro y la nieve.

UNO

Transcurren casi dos horas desde que ella cruza la calle para buscar al doctor Amstelheim. Desde entonces, ha intentado adelantar trabajo cosiendo en la Veritas, pero teme manchar las telas con la sangre y se sube a su habitación, a esperar, mirando el portal de los Amstelheim desde el balcón. De vez en cuando otea los setos de su propio jardín trasero y el columpio que la brisa estival balancea suavemente.

El portal azul se abre. Primero sale la señora Amstelheim, erguida y elevada por encima de su marido gracias a unas sandalias blancas de tacones altos y a un sombrero levemente inclinado hacia adelante. Lleva guantes blancos de verano colgando entre sus dedos como dos manos flácidas y muertas que intentan escaparse. El doctor Amstelheim cierra la puerta y le entrega las llaves a su mujer, que las mete en el bolso, colocándose en mitad del antebrazo.

No dan ni un paso cuando ella ve que Ulva apoya una mano en la espalda de Wilhelm y él se inclina dócilmente. El hombre alto se transforma en otro algo más viejo, encorvado y maltrecho. El ceremonial se repite como la primera vez que los vio, cuando se fueron andando con Heinrich Groß después de devolverle a Annette.

Ella los observa desde la ventana del dormitorio. La mano herida la tiene cerrada en un puño, aunque ya no siente que el animal se mueva o que esté mordiéndole la carne. Todo parece estar en calma, pero le aterra la idea de abrir la mano y que el murciélago salga volando o, peor aún, de que se le enganche a la cara y le clave los colmillos.

Los Amstelheim avanzan hacia su casa. Ambos se detienen nada más bajar del bordillo para dejarle paso a un coche, el primero que ella ve pasar en la mañana de domingo, haciendo sonar el claxon antes de girar en la esquina y perderse por la calle que lleva hasta el centro, hasta la iglesia de San Nicolás.

Los Amstelheim ya están en la verja de su casa y a ella se le acelera el corazón. Nunca sabe por qué, pero cada vez que los ve le sucede lo mismo. Ulva se apoya en el hombro de su marido para mirarse el tacón de un zapato y la ve que gesticula, que protesta. Ulva siempre protesta...

Ella empieza a bajar los primeros escalones que la conducen al salón cuando oye los gruñidos, son como lamentaciones de un animalito extraño.

—Quédate en la cama, Annette.

Otra vez las quejas de la niña e, inmediatamente, el sonido seco de la aldaba que resuena en el portal retumbando en toda la casa. Indecisa, mira hacia arriba y hacia abajo.

—No te muevas, Annette, en cuanto acabe te doy el desayuno.

Ella baja las escaleras con un puño apoyado sobre el vientre y con la otra mano

agarrándose a la baranda.

Abre la puerta y el agua de luz la envuelve como si hubiera abierto las compuertas de un dique, obligándola a entornar los ojos. Las sandalias blancas de la mujer del médico centellean bajo la resolana. Ulva entra la primera. Wilhelm permanece fuera, sin mirar, ni saludar siquiera.

Ulva Amstelheim la observa de la cabeza a los pies y con un gesto le hace saber que lleva desabrochado el botón del vestido, exactamente el que coincide con el ombligo.

—Puedes pasar —le dice Ulva a su marido sin mirarle.

Él entra y se queda de pie junto a su mujer. Ella no ve a un médico en este instante, sino a un niño atemorizado, pegado a la falda de su madre.

Ella no dice nada y el médico tampoco habla. Ella mira al suelo, porque sabe que el médico también lo hace, siempre anda como buscando algo que se le ha extraviado.

Se queda junto a la puerta que deja levemente entreabierta, mientras los Amstelheim se adentran en el salón. La mujer lo mira todo, graba en su memoria los objetos que ve. Él no se mueve del centro de la habitación, con los brazos colgando a los lados. De uno de ellos, cuelga un maletín negro.

—Hace un día precioso, Eleonora, ¿por qué tienes las celosías echadas?

—No he tenido tiempo de abrirlas, he estado muy ocupada...

—Siempre que paso por la calle las tienes cerradas...

La señora Amstelheim se quita el sombrero y lo deja boca arriba encima de la mesa, dentro mete los guantes y a un lado apoya el bolso. Ella observa el par de plumas pequeñas, una verde y otra azul, que adornan el sombrero y que están rozando el borde de la mesa.

—Aún no es media mañana y ya hace calor. Felizmente agosto está acabando...

Ella asiente con la cabeza, sin hablar, y se restriega la mano buena en la cadera.

—¿Y Annette?

—Ulva, no, por favor, no empieces... —dice el doctor en voz baja.

¿Ha escuchado las lamentaciones? Seguro que las ha escuchado. Trata de afinar el oído, pero no oye nada.

—¿Dónde está Annette, Eleonora?

La pregunta de la mujer del médico la pone de mal humor. Cierra los ojos y se restriega la mano cada vez más rápido.

—Eleonora, deja quieta esa mano, que me pones nerviosa.

La mira y siente furia, no por lo que le acaba de decir, sencillamente, siente furia por todo.

—Ya que estamos aquí, podríamos aprovechar para ver a Annette...

No está dispuesta a ir a buscar a la niña a la habitación para que le hagan carantoñas. Ellos tienen sus propios hijos que mirar, aunque sean mayores.

—¡Me hubiese gustado tanto criar a una niña! ¿Verdad que sí, Wilhelm? Siempre

hablamos de ese tema con mi marido, es casi una obsesión.

—Por favor, Ulva...

El tono de las palabras de él suena a súplica y eso, en parte, la alivia a ella porque espera que la señora Amstelheim no siga insistiendo con que baje a la niña.

—Pero, ¿cuánto tiempo hace que no la vemos?

Ella abre los ojos y levanta el puño señalando hacia lo alto de la escalera.

—No hace falta que baje, no hace falta que baje, no hace falta que baje...

Los Amstelheim la miran.

—No hace falta que baje...

—No, no hace falta, Eleonora...

La mirada reprensiva de Ulva silencia al doctor Amstelheim. Ella percibe cómo la saliva le recorre la laringe nada más terminar de hablar.

—Y bien, Eleonora, nos has ido a despertar muy temprano, ahora explícale al doctor qué te ha pasado —ordena la señora Amstelheim apartando una silla para sentarse.

Inclina la cabeza un segundo y cuando la vuelve a levantar tiene los ojos llenos de lágrimas. Se mira el puño y camina hacia el médico con el brazo extendido.

—No hace falta que te acerques tanto, mi marido te ve perfectamente.

Siente ardor en las mejillas.

—¿Por qué te has cortado el cabello ahora que el verano está acabando?

—No quiero que me vuelvan a morder.

—¿Quién te ha mordido?

—Los murciélagos. Me han dejado la cabeza ensangrentada. ¿Ve esto, doctor? He conseguido coger a uno cuando me estaba mordiendo la palma de la mano. Mírelo...

El doctor Amstelheim se echa hacia atrás con una mueca de desagrado.

—Abre la mano, de lo contrario mi marido no podrá ver qué es lo que te ha pasado.

Los ojos se le abren en horror y ella se chupa los labios con furia. Luego empieza a dar vueltas por la sala con el puño en alto, como un estandarte.

—¡Ya está bien, Eleonora!

La señora Amstelheim se acerca a una de las ventanas, la abre y también abre las celosías. La luz riega el suelo y aclara la habitación.

—Las dejaremos abiertas un momento.

Mira hacia arriba, desde la calle podrían ver a la pequeña Annette.

—Ven aquí y abre la mano —le pide la señora Amstelheim—, el murciélago se escapará por la ventana.

—No van hacia la luz.

—Lo sé, pero acércate o el doctor y yo nos marcharemos sin ayudarte.

Si el murciélago se despierta y vislumbra el resplandor del sol entrando por la ventana, volará a las habitaciones de arriba. Irá directo a la de Annette, se le enredará en los cabellos y...

—Eleonora...

... le morderá la frente con las patas aferradas a los pómulos y las alas desplegadas, cubriéndole toda la cara como si fuera una máscara, como si se tratara de la venda...

—Eleonora...

Ella se agita en nervios, ese cosquilleo insufrible que le recorre las piernas...

—¡Eleonora, ven aquí!

Abre los ojos y ve la expresión levemente alterada de Ulva Amstelheim. Entonces se acerca muy despacio, con temor, como una niña que sabe que va a ser castigada. No cree demasiado en las palabras de la mujer, preferiría escuchar al médico, pero de su boca no sale nada, parece mudo.

Una vez junto a la ventana, Ulva la coge del antebrazo y le observa el puño cerrado. La sangre se ha derramado en hilos delgados por la muñeca, manchando el borde de la manga del vestido. Le mira las oscuridades de la edad y las venas marcadas en el dorso de la mano, las compara con las propias y rápidamente quita la mano del antebrazo.

—Abre la mano, Eleonora.

El médico se acerca y lo ve más recto que cuando entró, pero su mujer también se da cuenta y se encarga de recordarle que debe bajar la cerviz apoyándole la mano en la espalda.

Sin dejar de mirar al señor Amstelheim, abre la mano. No quiere ver al animal, sabe que se le ha ido metiendo por entre los tendones y las venas. Ha debido dejar un hueco y por allí se ha colado. Es posible que aún conserve una parte del cuerpo fuera. ¿Y si los otros también decidieran anidar en ella? ¿Y si cada uno buscara un lugar entre sus células en donde hibernar hasta el siguiente verano, hasta el verano de 1961? El cuerpo se remueve en espasmos y los ojos, bien abiertos, se clavan en la frente del médico aunque no la ve, porque sólo ve a los murciélagos volando en dirección a ella, ve una bandada posándosele en los muslos, detrás de las orejas, en la otra palma de la mano (instintivamente, la cierra en puño), metiéndosele en los botines, alcanzando las partes más íntimas de su cuerpo...

¡Siente verdadero horror! Se aleja de la ventana como una exhalación. Se agacha y cierra las piernas con mucha fuerza.

—Eleonora, ¿qué te ocurre? Si no quieres que mi marido te revise, nos vamos.

La señora Amstelheim coge sus pertenencias de la mesa y se dirige a la puerta entreabierta.

—¡Vamos! —le ordena al médico poniéndose los guantes.

Vuelve en sí y grita a la vez que oye los gruñidos de Annette.

—Se ha despertado —dice la mujer del doctor mirando escaleras arriba—. Tráela, Eleonora.

Ahora no puede ser, Annette no puede bajar.

—¿No es cierto que nos gustaría verla, Wilhelm?

Se pone de pie y abre la palma de la mano. Mira con ansiedad al médico y a su mujer y otra vez al médico.

—Aquí está. ¿Lo ven?

—Es sangre coagulada —la voz del doctor la sorprende—, te has hecho un corte importante, aunque no demasiado profundo.

—Me lo ha hecho el murciélago con los colmillos. Le vi descolgarse de la ventana, meterse en mi mano y después un pinchazo doloroso seguido del escozor, de mucho escozor...

—No, Eleonora, mi marido tiene razón, te has debido de cortar con algo.

Abatida, se sienta en un sillón y mira el balanceo de las cortinas apuñaladas por la luz. El murciélago se le ha metido en el cuerpo, eso es lo que ha pasado, ni el doctor Amstelheim ni su mujer son capaces de entender lo que eso significa. Enseguida se arrepiente de haberlos llamado. El animal ha entrado por la mano derecha, eso quiere decir que tardará un poco más en llegar al corazón, pero cuando llegue, y no será dentro de mucho, la morderá...

—Me voy a morir, doctor, sé que voy a morirme...

—¿Por qué dices eso?

—¿Qué pasará con Annette? ¿Quién la querrá?

Mira hacia arriba, está muy nerviosa. Annette parece cantar o algo parecido, y esta vez es un sonido de felicidad, de calma, está totalmente ajena a lo que sucede en la planta baja.

—Será mejor que la bajes, Eleonora, mi marido tiene muchas ganas de verla. ¿Verdad que sí, cariño?

Amstelheim baja la mirada a la madera del suelo y no responde.

Ella se levanta del sillón, va hasta la puerta y la abre. De momento está todo en calma y Annette tiene que desayunar, pero sin espectadores.

—Lávate la herida con mucha agua y desinfectala. Envuélvela con una tela blanca y muy limpia. No te pasará nada.

—No, lo mejor es que dejes que le dé el aire, si la envuelves se te puede infectar —contradice la señora Amstelheim.

El médico rebusca en el maletín, saca un bote pequeño y se lo da a su mujer para que se lo alcance.

—Ponte este polvo, Eleonora, te ayudará a cicatrizar la herida que te has hecho con lo que fuera.

—Me ha mordido el murciélago...

—Claro que sí, querida. La visita del doctor y el cicatrizante suman cinco marcos, Eleonora.

Va hasta la sala de la costura y coge el monedero de tela con flores y regresa al salón. Mete la mano buena en el monedero, las monedas resuenan y, una a una, las va poniendo encima de la mesa: dos bronce de 50 pfennig y cuatro aluminios de un marco.

Los Amstelheim esperan junto a la puerta. La mujer del médico centra su atención en Annette, que se acaba de asomar, echada de panza, entre los barrotes de la escalera. Le da un codazo a su marido y le señala hacia lo alto con la cabeza. Wilhelm Amstelheim la mira e, inmediatamente, aparta la vista como si se le hubiera aparecido el diablo.

—Mírala —le dice su mujer.

Él no le hace caso.

—Mírala —le repite su mujer.

Entonces levanta la cabeza hacia lo alto de la escalera, pero tiene los ojos cerrados.

—Sus cinco marcos —le dice al médico.

—Dámelos a mí, Eleonora, al doctor no le gusta tocar el dinero.

Ella le señala las monedas que ha dejado encima de la mesa para que las coja. A la señora Amstelheim le cuesta agarrarlas con los guantes puestos y se quita el de la mano derecha. En cuanto ve que ha guardado el dinero en el bolso, la empuja hasta la puerta con suavidad y firmeza. Cierra la puerta tras ellos y echa el cerrojo. Los observa hasta que están en la calle y bajan el bordillo. Entonces, vuelve a entornar las celosías y a cerrar la ventana.

Sube las escaleras hasta donde está Annette con las babas colgando, pronunciando palabras incongruentes y chillando como un animalito.

DOS

Al cuerpo lo han dejado boca abajo, tal cual lo encontraron por la mañana temprano, para que el juez y el médico puedan examinarlo. El juez ya ha pasado, dicen que ha estado un largo rato aguardando al médico, pero ha decidido irse después de más de una hora de espera.

Bajando por la Heilgeistrasse hacia la laguna Knieper, ella distingue a dos miembros de la Volkspolizei que custodian una sábana blanca junto a una alambrada, entre los matorrales y los brezos blancos de un descampado. También hay varios mirones, gente que vive en las inmediaciones, lo deduce porque un par de mujeres aún no se han despojado de las batas y los hombres mayores están con las manos en los bolsillos, ajenos al tiempo, dispuestos a permanecer allí hasta la hora que haga falta.

Ella mira a los policías que a su vez la miran a ella, o cree que la miran. Los dos parecen postes rígidos y muy altos: no se mueven, no hablan, sólo extienden un brazo cuando algún curioso pretende ir más allá de lo permitido.

Siguen encontrando muertos de la guerra. ¿Quién le habrá puesto la sábana blanca por encima? ¿Los policías? Si han encontrado este cuerpo tiene que haber más. Ella ha oído las ejecuciones durante toda la noche, han estado matando hasta el amanecer, así que por aquí tiene que haber otros cadáveres. Se adentra en el brezal y hace oídos sordos cuando los policías le llaman la atención.

—Tiene que haber más cuerpos —les dice—, sí, busquen bien y verán que aparecen más cuerpos.

Los curiosos la miran con atención.

—¿Esta cómo sabe que hay más muertos? —alguien lanza la pregunta al aire.

Ella no les hace caso y sigue buscando sacrificados en las madrugadas de 1945.

—No sabe nada —dice otro mascando un cigarrillo—, siempre pasa por aquí con la maleta y habla de la guerra y de cosas raras...

Uno de los policías se interpone en su camino y lo mira a los ojos.

—Hay más...

—No hay más, señora, y, por favor, no pise el terreno.

—Sí, tiene que haber más, ustedes no han buscado bien. ¿No han oído las ametralladoras? Pero si no han dejado de disparar en toda la noche; se escuchaban gritos y a la gente corriendo. ¿Ustedes dónde estaban anoche?

—Esos dos de la Volkspolizei eran unos niños cuando acabó la guerra, señora, han pasado quince años desde entonces...

Y se ríen. Ella se da la vuelta para mirarlos a los ojos, algunos cortan la carcajada en seco. Otros, incluso, la temen.

—Allí vienen —dice alguien.

—Sí, a buenas horas.

—No ha podido salir de la casa hasta que su mujer terminó de vestirse y de maquillarse.

Un coche negro aparca junto a la alambrada, a cinco metros de donde ella está de pie. Del lado del conductor baja el doctor Amstelheim y del lado del acompañante su mujer. Ulva acelera el paso y se reúne con su marido en el morro del coche, le apoya una mano en la nuca y el médico se encorva.

Él camina mirando al suelo, sin hablar con nadie, sin responder a los saludos de los curiosos. La señora Amstelheim es la que saluda a la gente, es la que se interesa por los familiares enfermos de cada uno de ellos, es la que con un cariño distante les toca el brazo o les coge de las manos. Y es la que los aparta de su marido con un educado mohín de autoridad y pocas palabras:

—Ahora no, disculpe, el doctor está ocupado.

Cuando pasan junto a ella, la señora Amstelheim se detiene y, aferrada al brazo de su marido, le obliga a hacerlo también.

—Eleonora, ¿qué haces aquí?

—Voy a probarle un vestido a una clienta aquí cerca, en Knieperwall.

Ella intenta señalar en dirección de Knieperwall, pero se desorienta y prefiere callar.

—Te queda muy bien el sombrero, pareces un clérigo protestante.

Se sonroja, el calor se le sube a las mejillas, se siente ridícula, pero es el único sombrero de verano que tiene. Levanta la mirada y observa el reborde del ala, de un ala muy negra y ancha, y se da cuenta de que la mujer del médico tiene razón, que se parece a un evangelizador calvinista.

—Me lo quedo —dice Ulva sonriendo y cogiéndole un hilillo naranja que resalta sobre el fondo negro de la solapa del vestido.

Ella se mira la falda y las mangas, siempre tiene hilos colgando, después de todo es costurera.

La señora y el señor Amstelheim reemprenden la marcha rumbo al cadáver. Los policías continúan en sus sitios, sin moverse, cuando los Amstelheim se detienen delante del cuerpo cubierto con la sábana blanca. Ulva da indicaciones con una mano para que los agentes se aparten un poco y ellos lo hacen.

El doctor mira a su mujer y luego al suelo.

—Quítenle la sábana a la señorita Müller, por favor —les pide la señora Amstelheim.

Miran al médico y se agachan. Tiran de la sábana, uno de cada extremo, y la dejan a un costado del cuerpo muerto.

Ella se lleva una mano a la boca en cuanto ve que la niña está desnuda, tan sólo le han dejado puestos los calcetines marrones con puntilla blanca y los zapatos de presilla y botón, como los que Annette usa los domingos, el día de su cumpleaños y

en Año Nuevo.

La señora Amstelheim obliga a su marido a que se dé la vuelta, a que se ponga de espaldas a la muerta.

—Es una niña... —dice consternada una mujer de labios mal pintados a su lado.

Desde donde está, alcanza a verle las manitas blancas y pequeñas con las falanges replegadas...

Los curiosos bisbisean e intentan acercarse, pero los dos policías se ponen en guardia.

Estira el cuello para verle mejor la cara: tiene los ojos cerrados y la frente ancha, manchada de barro. No la reconoce, no sabe quién es.

—Sus padres tienen que estar destrozados... —dice la misma mujer de labios mal pintados y señala con la cabeza hacia un coche que está aparcado casi donde acaba el descampado.

En el asiento trasero del coche, hay una mujer que no para de llorar y se cubre la cara con algo; a su lado hay un hombre que fuma e intercambia palabras con otro policía que se ha sentado en el asiento del copiloto. Y, apoyada en el parachoques trasero, ve a una chica de cabellos rubios y rizados que se coge ambas rodillas y mira inexpresiva a la multitud agolpada junto al cadáver de su hermana pequeña. A ella le suena la cara de Sibylle Müller, pero no sabe de qué la conoce.

—No es para menos —confirma otra mujer, exhalando el humo del tabaco por la boca y la nariz—, mírela, pobrecilla, le tienen que haber hecho de todo.

Se vuelve hacia la niña asesinada y le ve las piernas amoratadas y manchadas de barro y de sangre.

—Sí, seguro que la han golpeado y que la han torturado con el filo de una navaja antes de violarla...

Ella piensa en Annette...

—Para luego matarla...

—Y esos pobres padres que han tenido que reconocerla cuando vino el juez...

—Sí, yo estaba aquí cuando vino el juez. Ha sido horrible, no quisiera estar en su piel y ojalá no hubiera estado aquí para verlo.

—Es verdad, ojalá no estuviéramos viendo todo esto.

La chica tiene el cabello embarrado, es muy joven y se parece bastante a su hermana mayor, ambas son rubias.

—Y pobrecilla la hermana, mírela —le dice una mujer a un hombre—, no se ha movido del parachoques desde que han llegado, no quiso acercarse a ver a su hermana muerta... Lo sé porque llevo aquí desde primera hora de la mañana.

—A mí me avisaron hacia las ocho...

—La asesinaron antes de esa hora, lo sé porque todavía no había amanecido, aunque se veía un poco con el resplandor de la aurora boreal.

—Estoy seguro de que esto ha sido el trabajo de los ossis...

Ella los mira con los ojos bien abiertos y les clava las uñas en las caras, les

despelleja los pómulos y les hace brotar la sangre y gritar de dolor... Observa los labios de la mujer que se mueven sin cesar porque no para de hablar. Le ve el lunar prendido del labio inferior y, de repente, empieza a sangrar abundantemente y el lunar ya no existe, ella lo tiene entre sus dedos y ve que la mujer se tapa la boca y se aleja espantada... Ella se siente mejor, ha descargado su furia, les ha cerrado la boca.

El hombre y la mujer del lunar siguen charlando animadamente, dando versiones del caso, posibles confabulaciones, ataques capitalistas y a ella la ignoran cuando ven que los escudriña con los ojos casi salidos de sus órbitas.

El doctor Amstelheim mira a su mujer y Ulva se acerca al cuerpo blanco. Los tacones se le hunden en la tierra blanda y le dificultan un poco el moverse en el descampado; de su brazo derecho cuelga un bolso marrón pequeño a juego con el abrigo; con la mano enguantada aparta un mechón de pelo que cae entre los ojos de la niña muerta y que se le ha adherido a la frente con el barro reseco.

Ella ve el gesto de la mujer del médico y se sobresalta. Se le cruza la cara de Annette, los ojos de Annette que solamente ella ve, el cuerpo pálido y débil de Annette... Aún está conmocionada por lo que acaba de vivir y se mira los dedos, las manos le tiemblan, busca el lunar que le ha arrancado a la mujer que sigue a su lado hablando y no lo encuentra, ni rastro de la sangre que tenía entre los dedos... El hombre tampoco tiene heridas en la cara... No se explica cómo es posible, está segura de que los ha arañado, que la mujer ha salido despavorida...

—Sí, tiene sangre... —dice la señora Amstelheim.

Ella se gira hacia donde ha oído la voz. Ha escuchado que ha dicho que tiene sangre y se vuelve a ver las manos.

El médico mira hacia el coche de los Müller y se cruza con los ojos desconcertados de ella y asiente con la cabeza a las descripciones que Ulva le hace acerca del estado del cuerpo de la víctima.

—Un moratón en el cuello y otro debajo del ombligo...

El médico endereza un poco la columna, intenta erguirse, pero su espalda choca con la mano de su mujer que le recuerda cuál es la postura correcta estando en público.

—Tiene algunas marcas en los muslos y en las muñecas.

—La han sujetado y no ha podido ser una sola persona —dice el doctor—. ¿No hay otros signos? ¿Puñalada o disparo de revólver?

—No. Debajo de la chica, el suelo está húmedo, ensangrentado...

Los murciélagos salen a cazar todas las noches, son dañinos y matan. Esos moratones son producto de los murciélagos. Ella mira hacia arriba, hacia el cielo, por si hubiera quedado alguno rezagado y perdido, pero la mañana es clara y suave. Entonces, se acerca hasta donde están los Amstelheim y se detiene unos pasos por detrás de ellos. Ve el cuerpo de la chica, le llama la atención el ombligo manchado de barro. Es una niña, efectivamente, ni siquiera tiene los pechos desarrollados, y en el rostro tiene las señales del dolor. Ella sabe cuáles son esos rostros, los podría

reconocer en cualquier mujer, aunque esta intentase ocultarlo bajo capas de maquillaje.

Ulva, dirigiéndose a los dos policías, les ordena que le den la vuelta a la niña. Los dos hombres se miran un tanto alterados hasta que uno de ellos se adelanta y coge el cuerpo por los hombros azulados por el frío. Ella observa de reojo a la chica rubia que sigue sentada en el parachoques, que se muerde las uñas de una mano y que está con la mirada clavada en el suelo.

—Mírela cómo la han dejado, pobre niña... —exclama la mujer del lunar en el labio.

La niña tiene la espalda embarrada y se le han pegado hojas amarillas. El otoño, ella recuerda que no falta nada para que llegue el otoño, para que los murciélagos hibernen, si es que hibernan, y toda la ciudad de Stralsund vuelva a la normalidad.

—Tápenla —ordena la señora Amstelheim a los policías y ellos le obedecen.

—¿Qué le han hecho? —pregunta uno de los hombres mayores con las manos en los bolsillos.

—Mi marido le entregará un informe al jefe de la Volkspolizei y al juez —dice Ulva—. Tengan ustedes un buen día.

La señora Amstelheim se aferra al brazo de su marido y mira al frente, con la barbilla alzada, con los pómulos rojizos y sobresalientes, mientras que él se pone en marcha a su lado, mirando al suelo y portando el maletín negro que lleva a todas partes.

¿La han matado los murciélagos? Se pregunta ella. ¿Acaso los moratones que ha mencionado Ulva Amstelheim se lo han hecho los murciélagos? Vuelve a plantearse. Y está casi segura de que sí. Aunque no se le va de la cabeza el ruido de las ametralladoras. Se mira las manos que le siguen temblando y se quita un par de hilos blancos junto a la bocamanga del vestido.

Sigue ensimismada en sus pensamientos cuando el doctor y su mujer pasan a su lado y la saludan. No contesta y mira a los policías que están cubriendo otra vez el cuerpo vejado y muerto de la niña.

Se oyen los portazos y el coche negro arranca. Los Amstelheim desaparecen.

Ahora, ella oye el llanto de la madre, el dolor de la mujer se escapa por la puerta abierta del coche. La quieren consolar, incluso pretenden que olvide lo sucedido, el llanto de una madre es muy molesto, se queda enganchado en la memoria de quien lo oye.

Ella vuelve a sentir el desplazamiento lento del murciélago dentro de su cuerpo. Mira a la chica rubia, a la hermana mayor, que se cubre las orejas intentando impedir que entre el sonido desagradable del llanto de su madre. Ella echa a correr olvidándose de que tiene que hacer una prueba de ropa en Knieperwall. Corre sin detenerse hasta la cerca de su casa. Cuando llega, no puede respirar. Entonces, se lleva la mano al pecho y toma bocanadas de aire.

En la esquina está el coche de siempre con un hombre que la observa al volante.

Delante de la puerta de los Amstelheim hay un coche negro y ella juraría que lo ha visto antes, hace nada, en algún otro lugar de la ciudad, pero no recuerda dónde pudo haber sido.

Entra al salón. Ella está casi segura de que había salido antes hacia Knieperwall, pero no se acuerda por qué ha regresado a su casa. Vuelve a salir otra vez con la maleta de las pruebas de ropa.

Si coge por Heilgeistrasse llega antes donde la clienta que tiene en Knieperwall.

Se ajusta el sombrero de pastor protestante y se echa a andar deprisa, tiene que estar de regreso antes de que se largue a llover con fuerza, lo han anunciado por Radio Berlín Internacional.

TRES

Ella le desenrolla cuidadosamente la venda de los ojos.

Nueve vueltas de tiras de lienzo rodean la cabeza de la niña, una por cada año que ha cumplido, según las cuentas de ella.

Mientras deslía la venda, ella le narra historias y la besa. Annette canta, casi siempre canta.

—Eres feliz, aquí nadie te hará daño, pero fuera es todo diferente, Annette, la gente allí fuera es mala, te están esperando para hacerte cosas malas. Los Amstelheim siempre me preguntan por ti —con el pulgar le limpia un hilo de baba que se desliza por el mentón—, pero no les dejo que te vean, aunque la mujer del médico insiste una y otra vez.

Antes de quitarle la venda se asegura de que la luz no le dé de lleno en los ojos. Las celosías están bien cerradas y echadas las cortinas gruesas y oscuras. Sólo enciende una vela, que mete en el armario, y deja entreabierta la puerta que tiene el espejo rectangular en la cara externa; la niña no debe verse reflejada, porque lo mejor es que no se recuerde a sí misma una vez que vuelva a quedar atrapada por las vueltas de la venda. Quiere que sólo la recuerde a ella, que en su mundo sin luz Annette sólo le vea la cara a ella, que recuerde su sonrisa, sus ojos, su boca e, incluso, su calva y que sepa, que quede bien claro, que más allá de las paredes de esa casa acechan los peligros...

Una delgadísima cuerda de luz, que proyecta la vela, une el armario con los pies de Annette, que cuelgan de la cama sin llegar a tocar el suelo.

Junto a la cama, ella siempre coloca un barreño de latón pintado de amarillo con agua tibia hasta casi la mitad. Lo sube a duras penas desde la cocina hasta la planta alta.

Despacio, como si se tratase de un ritual, mete la mano y remoja un trozo de tela de lino. Lo escurre. Con mucha delicadeza, ella toca los ojos cerrados de la niña con la tela humedecida; presiona levemente primero en un ojo y después en el otro, le quita las legañas...

—Hoy vamos a tardar un poco más, Annette, porque tengo que hacer todo con la mano izquierda, en la derecha tengo un agujero... Ya sabes, los murciélagos están cada día más agresivos, pero no tengas miedo porque estando yo aquí no irán a por ti.

Ella vuelve a hundir el trozo de tela de lino en el agua tibia, remueve los dedos y escurre otra vez. La tela de lino se desliza por los pómulos y las mejillas de la niña y los hilos de agua se aceleran por el brazo de ella hasta el codo. Annette sonrío, el contacto suave y afectivo le produce una sensación de placer y entonces canta.

—Algunas clientas me suelen preguntar por ti, aunque cada vez menos. Quieren

saber si ya te he encontrado, pero yo siempre les respondo lo mismo: aún no, pero estoy segura de que esté donde esté es la pequeña más hermosa de toda Alemania y de Europa entera. ¿Verdad que sí?

Ella le observa una mancha de nacimiento que Annette tiene en el centro de la rodilla izquierda y la raspa delicadamente con la uña, siempre lo hace pensando que se la puede quitar.

—Si supieran que estás aquí... Que estamos juntas y que jamás nos volveremos a separar... Jamás Annette, te lo prometo, nunca más volverán a apartarte de mí...

Ella le besa primero la mancha de la rodilla y después le apoya los labios en los pómulos y en las mejillas. La acaricia y la mira con una media sonrisa.

—¡Qué alivio, qué calma saber que estás en casa!

Con el puño de la mano herida cerrado, ella le toca la espalda y la niña entiende que debe descender de la cama. Ella le desabrocha un par de botones del camisón y tira de la prenda hacia arriba. La niña levanta los brazos, conoce todos y cada uno de los pasos del ceremonial. Annette se queda sólo con una braguita que ella no le quita.

Ella es consciente de que nadie la puede ver desde fuera, pero le preocupa la oscuridad que arrecia en la habitación, los murciélagos podrían llegar a confundir el día con la noche. Lo mejor es no tentarlos, no provocarlos estúpidamente. Entonces, del bolsillo del mandil, extrae una caja con cerillas y enciende una. El chasquido de la cabeza de la cerilla al rasparla y brotar en fuego atrapa la atención de la niña, que deja de cantar y estira la mano con curiosidad para tocarla.

—No, Annette, esto quema.

Ella acerca la cerilla encendida a la vela que hay en la mesilla junto a la cama y la habitación se esclarece un poco más.

—Así está mejor.

Al menos ahora, los murciélagos creerán que es el atardecer y se esperarán un poco más en la guarida antes de salir a hacer la ronda nocturna.

Ella la besa otra vez en la rodilla izquierda, le coge la pierna y la ayuda a que la meta dentro del barreño. Lo mismo hace con la pierna derecha. Ella coge una esponja, la hunde en el agua, la eleva hasta los hombros de la niña y la deja caer apretando con suavidad.

Annette presiona los ojos cerrados y pone la boca con forma de un beso que no dirige a nadie, encoge un poco el cuerpo y ella la ve tiritar de frío.

—Ya terminamos, es sólo un momento.

Con el dorso de la mano mala, acaricia la espalda suave de la niña, mientras derrama el agua de la esponja desde el otro hombro.

—Tengo que acabar dos vestidos, Annette, y con el dinero que gane te compraré una tela bonita, de color rojo, de esas que venden del otro lado donde compra la señora Groß, y te haré un traje precioso.

Le pasa la esponja por el cuello y las orejas. Annette sacude la cabeza y hace un gesto de desagrado.

—Falta poco para tu cumpleaños, tenemos que celebrarlo. Nunca se sabe cuánto tiempo más podremos hacerlo, las cosas se están poniendo cada día peores. Parece ser que en Berlín están sucediendo cosas extrañas. Yo me entero cuando voy a casa de las clientas, sobre todo donde la señora Groß, ya sabes que su marido viaja muy seguido a Berlín. Y también me entero cuando los chicos Amstelheim escuchan la radio aquí fuera, en el Trabant de Albert Groß.

Ella coge una toalla de encima de la cama y envuelve el cuerpo aterido de Annette. Es un cuerpo más pequeño que el de una niña de su edad.

—Me dan miedo esos chicos, siempre en ese coche o charlando con los que están sentados en el coche de la esquina, que también me miran, aunque pareciera que duermen la mayor parte del día y la noche. De noche también están allí, los veo desde este balcón.

Ella la abraza y la aprieta contra sí en cuanto ve el primer estallido de luz y se queda a la espera de que reviente el sonido, que sólo tarda un par de segundos, nada más. La casa tiembla, los cristales de las ventanas se sacuden, la lámpara con tulipas se mueve y la lumbre de las velas se balancea como si entrara un vendaval en la habitación.

Algo más tarde retorna el silencio y ella se encuentra aferrada a las piernas de la niña, con la cara apoyada en los muslos fríos y flacuchos. La pequeña permanece rígida, con los bracitos colgando a los lados y la cabeza gacha, como si observara la cabeza calva de ella.

—Ya ha pasado el peligro, Annette —le dice con voz de duda, levantando la mirada a los ojos entornados de la niña—. Vamos, métete en la cama.

Envuelta en la toalla, la acuesta y la cubre con el edredón para que entre en calor. La niña chillaba y ella intenta calmarla, teme que atraiga a los murciélagos, porque está segura de que la explosión de la bomba los ha desprendido de donde dormían. Ahora reptan a tientas, ella los ve, temerosos de que los alcance un haz de luz.

¿Y si se cuelan dentro de la habitación creyendo que allí sí es de noche?

Ella se pone nerviosa y coge la bobina de tira de lienzo que tiene preparada encima de la mesilla de noche. Sienta a la niña en la cama sin que deje de chillar y le cubre los ojos con las nueve vueltas de venda alrededor de la cabeza y corta con la tijera. Corre a las ventanas y abre cortinas y persianas y apaga las velas que se consumen dentro del armario y encima de la mesilla de noche.

—Ya está, Annette, nadie te va a hacer daño, nadie, vida mía.

Ella se recuesta en la cama de la niña, mientras que la pequeña permanece sentada, palpándose la venda, centímetro a centímetro, con sus dedos finitos, desde la frente hasta que los dedos se vuelven a encontrar en la nuca. Lo hace con habilidad, como siempre.

—Sí, la tienes bien ajustada, no se te caerá.

La niña se recuesta. Ambas están boca arriba, una con los ojos abiertos y la otra con los ojos vendados. Ambas miran a sus respectivos interiores.

Buenas tardes, / buena noche, / cubierta de rosas, / rodeada de claveles, / deslízate bajo la colcha: / ¡Mañana temprano, si Dios quiere, de nuevo despertarás, / mañana temprano, si Dios quiere, de nuevo despertarás! / Buenas tardes, / buena noche, / protegida por ángeles, / que te mostrarán en sueños / el árbol de Navidad: / ¡Sueña ahora feliz y dulce, / contempla en tus sueños / el Paraíso! / ¡Sueña ahora feliz y dulce, / contempla en tus sueños / el Paraíso!

Ella mira de reojo a la niña que está quieta. Tiene la esperanza de que se haya dormido.

Silencio.

Ella se apoya la mano en el pecho y siente la rugosidad de la tela del vestido, coge el extremo del cuello y se lo lleva a la nariz. Le gusta el aroma del detergente Spee. Las aletas del murciélago se mueven y el animal se arrastra en dirección al corazón. Primero ella se aprieta el pecho con el puño y después golpea, golpea y golpea.

CUATRO

Anda rápido por la Filterstrasse. Mira su propia sombra que la antecede, una mancha oscura que se extiende en las baldosas de las aceras, se desliza en los bordillos y penetra en las calles. Se mira la redondez impúdica de su cabeza y se lamenta de haberse olvidado el sombrero colgado en la empuñadura de un paraguas, junto a la puerta de la calle. Bajo la calva, un hombro está un poco más vencido que el otro, por la desviación de columna y el peso de la maleta. Sigue mirándose en el suelo al tiempo que se masajea el pecho. De vez en cuando, y como una autómatas, devuelve las cortesías a las voces que la saludan, sin saber quiénes son sus dueños.

Se escabulle de los soldados soviéticos cuando presiente que se acercan por la misma acera por la que ella va. Es entonces cuando cruza la calle siguiendo su propia sombra, se trata de una ida y vuelta que se repite cuantas veces ve las gorras con la estrella roja. Les tiene pánico, no puede oír sus voces, no puede abrir los ojos cuando se cruza con un cartel en caracteres cirílicos o cuando va a comprar el periódico y junto al *Neues Deutschland* han puesto los ejemplares de *Pravda*. Muchas veces se ha preguntado el porqué de esa fobia. Una vez, en voz baja, una clienta le comentó que sentía lo mismo y que creía que se debía al resentimiento acumulado durante los quince años que los rusos llevaban ocupando el país, los mismos quince años que llevaba sin ver a su hermana que había quedado del otro lado, en Fulda, en la República Federal Alemana.

Ella tiene claro que su razón no es la misma. Desde tiempos inmemoriales toda su familia ha vivido en Pomerania y nunca han tenido la necesidad de cruzar al territorio de los ossis, ni siquiera de descender al de otros wessis.

La sombra que la antecede se alarga cuando vuelve a subirse a la acera. ¿Y si la señora Groß la hace regresar a casa a que rehaga el vestido? Casi siempre le pasa. Sólo faltan dos días para el fin de semana y la gruesa señora Groß nunca está conforme con el trabajo que ella le hace.

Está a unos metros de la casa de los Groß cuando escucha las campanas de la iglesia de San Nicolás. Diez campanadas... Llega tarde. El rictus de enfado de la señora Groß se instala ante sus ojos y la acompaña hasta el portal. Indecisa, ella no sabe si golpear o retroceder y salir corriendo de vuelta a su casa.

Golpea y espera.

La señora Groß tiene la cara redonda (ella se la ve sebosa aunque nunca se lo ha dicho) y muy blanca, las caderas anchas y unas movedizas manos regordetas llenas de anillos lujosos.

La señora Groß está entre los cincuenta y los sesenta años, a finales de la guerra perdió el carné de identidad en algún cajón de su casa, después de escuchar por la

radio que los soviéticos avanzaban hacia el oeste. Desde entonces, ha decidido no volver a encontrarlo. Tampoco lo echa en falta, ya que, por matrimonio, es uno de los miembros eminentes del Partido Socialista Unificado.

Ella se arrepiente de haber hecho el viaje hasta el centro de la ciudad en cuanto la puerta se abre y el rostro de la señora Groß aparece serio, rígido. Ella le mira las comisuras de los labios un tanto caídas y el rojo del carmín que se inyecta de la luz de la mañana.

—Pensé que no vendrías, Eleonora.

—¿Por qué no iba a venir?

La señora Groß se gira y anda con paso cansado pero decidido hacia el interior de la casa. Ella la observa, cierra la puerta y luego la sigue hasta el salón. Se siente pequeña a su lado y no es por una cuestión de volumen, sino de personalidad, de carácter.

—Lleva dos días sin llamarme, no entiendo nada...

La señora Groß se sienta en un sillón y otea la calle a través de la ventana. Ella la sigue observando como lo haría una niña temerosa, no sabe qué hacer ni por qué la acusa de no haberla llamado.

—¿Le has visto merodear por tu barrio, por un casual?

La señora Groß se cuenta las perlas que le adornan el cuello con dos dedos. Ella la ve, pero está atenta a los movimientos del murciélago. Lo oye aletear en una charca de sangre, una serie de golpes y vuelve el silencio. Por un instante, para sobrellevar la carga, piensa en contárselo a la señora Groß, pero recapacita y contiene la respiración. Apoya la maleta en el suelo, la abre y del costurero extrae una almohadilla agujoneada de alfileres y adherida a un brazalete de metal. Mete la mano por el brazalete y empuja hasta que siente que la almohadilla con los alfileres queda bien sujeta en el antebrazo.

—Se fue el martes, temprano por la mañana.

—¿Adónde?

—Al Congreso del Partido. ¿Tú crees posible que todavía no haya dado señales de vida?

Ella no la mira, pero se siente aliviada, desconoce de quién habla su clienta y de por qué debería merodear por su barrio, pero ahora está segura de que la cosa no va con ella. Coge un metro amarillo enrollado y lo deja encima de la mesilla que separa a ambas mujeres. Después, con mucho cuidado, como si estuviera levantando un bebé de su cuna, coge el vestido envuelto en fino papel de estraza. De repente, sus movimientos se tornan más ágiles, más nerviosos. Deja el vestido encima del sofá, sin desenvolverlo, y empieza a darse golpes en el pecho. La señora Groß abandona el interés por la ventana y la mira a sin entender qué es lo que está haciendo.

Ella se detiene y oye su propia respiración acelerada. Ella vuelve al vestido y la señora Groß a mirar por la ventana con los dos dedos andando por las cuentas del collar.

—Yo sé que mi marido es un hombre muy importante en Stralsund y que va a llegar muy lejos en la política, pero soy su mujer y él tiene el deber de llamarme. Puede que haya conocido a alguien... ¿Y si ha conocido a alguien en Berlín, Eleonora? Allí no son como aquí. Dicen que las mujeres, después de la guerra, se han vuelto peores que nunca, que hasta hacen las mismas cosas que los hombres... No lo entiendo... No entiendo nada... ¿Tú lo entiendes, Eleonora?

La señora Groß se echa a llorar desconsoladamente. Ella espera a su lado, en silencio, sin moverse, cogiendo la percha de la que cuelga el vestido. No sabe qué hacer. No se atreve a consolarla, porque tampoco entiende qué es lo que le ocurre. Ve que el enorme cuerpo de la mujer se agita en espasmos y las lágrimas le caen a borbotones por las mejillas rosadas.

—¡Es un hijo de puta!

Ella se sobresalta cuando la señora Groß da tres puñetazos seguidos en el brazo mullido del sillón, no espera esa reacción por su parte, siempre le ha parecido una persona muy correcta en su manera de hablar y, si bien es amante de ademanes ampulosos, nunca se los había visto violentos.

—Muchas veces pienso en que lo mejor sería que nos divorciásemos, pero él no lo aceptaría y yo no tengo derecho a arruinarle la carrera en el Partido.

Maria Groß le echa vaho a las gafas y las limpia con el reborde del vestido.

—Es un golfo y mi hijo ha salido a él.

Se levanta de golpe y suelta la pregunta:

—¿Tú has oído o visto algo? Desde tu casa ves la de los Müller, ¿verdad?

—No sé qué me quiere decir. No suelo salir de mi casa.

—Ya lo sé, vives encerrada todo el día. Pero... quizás alguna de tus clientas te ha comentado algo acerca de mi marido o de mi hijo.

—No, ninguna. Jamás hablo de política.

—Esto no es política, Eleonora —le dice divertida, riéndose con los ojos entornados y la boca bien abierta—. Ven, siéntate aquí, deja ese vestido por ahí.

Ella extiende cuidadosamente su obra de arte en el sofá y se sienta junto a la señora Groß. El corazón le palpita aceleradamente y no sabe si es que el murciélago se está acercando a la aurícula a través del torrente sanguíneo o es que la mujer la aterra. Se apoya la mano en el pecho, el animal se desplaza lentamente con los ojos cerrados y con el cuerpo lamido por la sangre. Se detiene, entorpeciendo la circulación, y escarba las paredes de la vena con las patas. Ella se levanta de un salto y contiene la respiración, está lívida.

—¿Qué te ocurre, Eleonora? Estás muy rara, eres un poco extraña, pero hoy estás peor que nunca. ¿Quieres una taza de té o prefieres un vaso de agua? También tengo un espumante Rotkäppchen...

Ella niega con la cabeza.

—Siéntate entonces y hablemos. ¿Qué piensas acerca de esa cosa tan horrible que les ha pasado a los Müller?

Ella la mira, escucha la mitad de las palabras, su cabeza está atolondrada.

—Si mi marido me hubiera llamado por teléfono, se lo podría haber contado, menos mal que has venido tú que, si no, reviento con la noticia dentro.

Ella sacude la cabeza. Piensa en los Müller, aunque no sabe exactamente de cuál de todas las familias Müller le está hablando la señora Groß, ni siquiera qué cosa tan horrible les ha sucedido a cualquiera de los Müller que viven en Stralsund.

—Sigo sin entender para qué se ha llevado a nuestro hijo a un Congreso del Partido en Berlín, nunca antes lo había hecho...

—¿Quién? ¿Müller?

—No, no, mi marido.

La señora Groß se queda pensativa, un tanto ida del salón, jugueteando con el cordón de las gafas.

—Mi marido me dijo que lo habían llamado de Berlín y sin esperar mi opinión se fue...

Ella la mira con los ojos bien abiertos, tratando de entender adónde quiere llegar la señora Groß.

—¿Qué es lo que tiene que hacer un adolescente allí?

—Dicen que en Berlín hay muchos museos, teatros...

—No seas ingenua, Eleonora, ¿tú crees que mi marido va a llevar al chico a un museo? —le dice riéndose estruendosamente y moviéndosele la papada.

Otro silencio largo y ella se vuelve a sentir muy incómoda.

—Ten mucho cuidado con Annette —la alerta la mujer—, que en nuestra ciudad están sucediendo cosas muy extrañas y el tema no se va a quedar en lo que les ha pasado a los Müller.

Ella siente un mordisco del murciélago en pleno pecho y el dolor le recorre todo el cuerpo. Annette tiene que estar bien, nadie le hará daño. Se tranquiliza un poco pensando en que ha echado la llave a la puerta de su casa y ha dejado las celosías cerradas, aunque no lo suficiente. Quizá, la luz se filtra. La niña se da cuenta cuando ella sale de la casa. Ella la oye gritar como un animalillo una vez que cruza la verja de la calle. Annette nunca quiere quedarse sola.

—¿Eleonora, dónde estás?

—¿Qué le ha pasado a la pequeña de los Müller?

—Eleonora, por Dios, ¿dónde vives? Si son tus vecinos...

—No salgo mucho, vivo sentada delante de la máquina de coser. Sólo de vez en cuando salgo a la calle para probarle ropa a las clientas o para venir al Mercado Antiguo.

—No existe una única versión. Lo que se sabe es que la encontraron desnuda y ensangrentada en un descampado, poco antes de llegar a la laguna de Knieper.

—¡Oh! en Knieperwall tengo una clienta...

—Algunos dicen que fue violada y otros lo niegan. Ya sabes cómo son estas cosas, encierran muchas mentiras, hay gente muy envidiosa que aprovecha para hacer

daño, mucha gente quiere dañar la reputación de mi marido...

Ella piensa en el marido de la señora Groß. Infructuosamente, intenta recordar la cara que tiene o cuándo fue la última vez que lo vio.

—Dicen que el juez está esperando a que le llegue el informe médico del doctor Amstelheim. —Hace un gesto con la mano, como si se espantara una mosca—. Tú me entiendes, Eleonora, el asesino puede quedarse tranquilo, Amstelheim se tomará todo el tiempo del mundo para elaborar ese informe, que luego tendrá que supervisar su mujer. Lo que sí es verdad es que la asesinaron porque no dejaba de gritar... Creo yo.

Ella se estremece y se retuerce las manos mirando a los costados. No sabe si ponerse de pie y salir corriendo o quedarse donde está.

—¿La asesinaron porque gritaba?

—Como bien sabes, los Müller no son muy discretos, siempre les ha gustado llamar la atención, desde tu casa se ve la de ellos...

—No los conozco.

—Sí los conoces, Eleonora, viven enfrente de tu casa.

Ella trata de recordar quiénes viven enfrente de su casa y se le vienen a la memoria dos niñas con rizos rubios que suelen jugar en medio de la calle, pero desconoce el apellido que tienen.

—Y claro, ahora nadie habla de otra cosa en toda Stralsund. Los bocazas de los padres de la niña dicen que mi marido ha impedido que venga un investigador desde Rostock, cuando han sido ellos quienes se han negado. Eso es porque tienen algo que ocultar, ¿no lo crees, Eleonora?

—¿Su marido es el mismo que ahora está en Berlín?

—Por supuesto, el único que tengo. Lo quieren difamar, la envidia en estos pueblos es muy mala, Eleonora. Desde que es el jefe del Partido Socialista Unificado en la ciudad no lo dejan en paz, lo acusan de trabajar para los soviéticos y de hacer lo imposible para que no se sepa lo que pasa en nuestra Alemania, la verdadera, la socialista. Me encantaría poder irme a Berlín y dejar atrás todo esto que me resulta tan deprimente...

Ella sacude la cabeza, necesita alejar algunos pensamientos.

—Era una niña tan guapa... Y tan simpática... Su hermana mayor, Sibylle, es la novia de mi Albert, bueno, no sé si novia es la palabra, pero pasan mucho tiempo juntos, aunque él me dice que en realidad va a visitar a los chicos Amstelheim... El mayor de los Amstelheim no me gusta nada, Eleonora, pero claro, Albert me dice que es como su hermano mayor... ¿Quieres una taza de té?

Ella intenta seguirla poniéndole cara al baile de nombres de la señora Groß a la vez que esta los va mencionando, pero su cabeza sale disparada y se centra en el color de la tela del vestido y en quitarse partículas de hebras blancas adheridas a su ropa oscura.

—¿Quién puede haber cometido semejante locura? ¿De quién sospechas,

Eleonora?

—¿Yo? —Un escalofrío le recorre la espalda.

—Ya que no quieres té, coge un chocolate. —Le señala una caja verde con tapa roja que hay encima de la mesa.

—No, gracias.

—¿Tú quién crees que la puede haber matado?

—Cualquiera, incluso alguien de fuera de la ciudad, alguien que pasaba por aquí... Un viajante, por ejemplo.

—Llevo dos noches durmiendo a base de somníferos y, así y todo, no puedo pegar ojo; creo que la cabeza me va a explotar, necesitaba tanto contárselo a alguien, por favor no se lo digas a nadie, que no salga de ti, prométemelo...

—Lo prometo, lo prometo. ¿Le pruebo el vestido? Annette está sola y tengo que regresar pronto a casa.

—Sí, claro, te he hecho perder tu tiempo. ¿Tienes muchas clientas, Eleonora?

—Algunas.

—Pensar que gracias a mí te empezaron a llegar otras mujeres para que les cosieras, me alegro mucho por haberte podido ayudar... Me lo pruebo aquí mismo, no vendrá nadie a molestarnos, mi marido y mi hijo están en Berlín...

—Sí, me lo había dicho.

Ella le quita la percha al vestido y abre la cremallera que recorre todo lo largo de la columna vertebral. La señora Groß se desnuda a toda prisa. Ella le observa las piernas, los muslos gordos que terminan en unos tobillos finísimos y en pies muy pequeños.

—Por cierto, Eleonora, ¿qué te has hecho en la cabeza?

—Pruébeselo, quiero ver si le va bien de sisa.

Ella la ayuda a ponerse el vestido de abajo hacia arriba y le sube la cremallera. El color verde no la favorece, ella lo sabe desde el primer día, pero la señora Groß se empeñó en que fuera verde, muy verde. Con las puntas de los dedos, ella coge la tela de los costados, la ajusta al cuerpo e hilvana. Repite la acción del otro costado.

—Te has quitado la melena.

Una vez terminado de hilvanar, ella conduce a la dueña de la casa por los hombros hasta un espejo. Siente unos sudores que parten del cuello y las axilas. El vestido no le va a gustar, en su cabeza se repite una y más veces que no debió haber aceptado coser para la señora Groß...

—¡Precioso, Eleonora!

... dicen que es la mujer más importante de Stralsund porque su marido ha sido nombrado líder regional del Partido, y coser para ella es un honor, pero también es demasiada responsabilidad...

—El cabello así te queda muy bien, aunque quizás te quedase mejor si te hubieras dejado un poco de pelo.

Ella le coge de la cremallera y tira hacia abajo con fuerza, la mujer siente el roce

metálico en su espalda...

—¡Eleonora!

... no debió haber aceptado el encargo de la señora Groß aquella tarde que se presentó en su casa, dos semanas después de que el Ejército Rojo se hiciera con el control de Stralsund y de toda Pomerania Occidental, ella sabe que no debió haberle abierto la puerta. Si se hubiera limitado a espiarla a través de la cortina, ahora estaría tranquilamente en su casa con Annette.

—Eleonora, me gusta así, el sábado seré la más elegante gracias a ti...

Ella le quita el vestido a toda velocidad, la señora Groß está sorprendida. Ella lo envuelve otra vez en el papel de estraza y lo guarda en la maleta...

—¿Por qué te lo llevas?

—Lo siento, señora Groß, se lo traeré por la tarde.

—No hace falta, me gusta como está.

—¿Está segura de que lo sigue queriendo en verde?

—Lo quiero como está, Eleonora.

—Muy bien. Adiós.

Ella cierra de un golpe seco la puerta de los Groß y corre calle arriba. Corre hasta que las piernas no le dan más. Annette araña la puerta de la habitación y ella sabe que se acabará haciendo sangre en los dedos, no es la primera vez que le ocurre. Si ella estuviera en casa podría evitar que se hiciese daño. Busca su propia sombra pero no la encuentra. Se detiene y gira sobre una baldosa, buscándose, y es cuando escucha los gruñidos de Annette y vuelve a emprender la carrera. Siente el mismo dolor que siente la niña en sus dedos lastimados. Corre y el sudor se desliza por la frente y por la espalda.

—¡Te vas a hacer daño, Annette, no rasques la puerta, por favor!

Ella conserva los suficientes reflejos como para otear los coches en los cruces de calles o si se acercan soldados soviéticos por las mismas aceras. Se detiene, avanza o cruza por los pasos de peatones, según el caso.

Gira en la esquina de Filterstrasse con Papenstrasse y ve la casa.

Como una exhalación pasa delante del portal azul de los Amstelheim, atraviesa la calle en diagonal y llega a su portal.

CINCO

Peter Amstelheim y Albert Groß están sentados en el Trabant blanco de Albert, unos cuantos metros más allá del portal azul de los Amstelheim, delante de la casa de los Müller.

La ven aparecer por la esquina y, al principio, no la reconocen. La observan avanzar. Calva, casi rozando el suelo con la maleta donde lleva los trajes que les prueba a las clientas, mira al frente y gesticula. Ella no los mira, pero ellos no la pierden de vista.

Antes de llegar adonde están los muchachos, ella se cambia de acera delante del Trabant blanco, como hace cuando ve a los soldados rusos.

—¿Quién es? —escucha que Albert le pregunta a Peter cuando ella pasa junto a la ventanilla abierta del coche.

—Eleonora Maler... —responde Peter que está con la camisa desabrochada y fumando—. Mírala. La pobre está loca perdida.

Ella lo oye, pero le importan más los rasguños de Annette en la madera de la puerta.

—¡Eh! ¡Eleonora! ¡Qué guapa eres!

—Sí, ven aquí, vamos a dar un paseo.

—Tengo algo que te va a gustar.

El sol pega fuerte y la calle se queda muda después de las carcajadas de Albert y Peter.

Ella se mete en el jardín de su casa en el momento en que resuena la voz del locutor de Radio Berlín Internacional hablando con una cierta emoción impostada acerca de la buena salud del Presidente Pieck. Ella se detiene junto al limonero, la voz del locutor la paraliza y se olvida de Annette. Ella se asoma a la calle, a espiarlos, entreabriendo las ramas de la ligustrina.

—A este tipo no le queda mucho —dice Albert alcanzándole la cajetilla de cigarrillos a Peter—. Coge uno. Estos son de los buenos, se los trajeron a mi padre de Francia.

Peter Amstelheim enciende un Gitanes.

—Si Pieck se muere, los soviéticos pondrán en Berlín a cualquier otra marioneta.

—Mi padre dice que apuesta lo que sea a que Ulbricht se va a hacer con el mando —dice Albert.

Albert Groß bebe cerveza del gollete, se limpia la espuma que le queda en los labios con la manga de la camisa y se lleva el cigarrillo a la boca.

—Quita a ese muerto de la radio —dice Peter y Albert obedece—. El mando de verdad lo tienen en Moscú, a este pelele si acaso lo van a dejar que figure siempre

que le chupe la polla a Kruschev...

Albert Groß exhala el humo y hace una mueca de desagrado.

—¿Te los imaginas?

—Sí —Peter Amstelheim ríe—. Ulbricht quitándose las gafas y bajándole la cremallera al ruso...

—¡Basta ya, Peter, eso es asqueroso!

—Y el ruso abriendo la boca, loco de placer y acariciándose la cabeza de huevo mientras que el otro traga hambriento intentando salvar su cabeza...

Ambos gritan a la vez simulando un orgasmo que termina en una carcajada larga y sonora que retumba en toda la calle vacía. Ella cierra los ojos, se le revuelve el estómago y le dan ganas de vomitar. Escupe en el suelo, el hilo de baba cae encima de una hoja seca del limonero. Después sobreviene el silencio y ella se oye su propia respiración acelerada.

—Esta es una ciudad de mierda.

—Sí, aquí no pasa nada, no existe diversión ninguna.

Ella siente la humedad de la saliva y se pasa dos dedos por los labios. Vuelve a apartar las ramas y mete la cabeza.

Los muchachos abren otras dos botellas de Radeberger, brindan y beben.

—Exportan casi toda la producción de esta cerveza, ¿de dónde las sacas?

—Beneficios de tener un padre miembro del Partido.

Albert recuesta la cabeza en el asiento del Trabant. Mientras que Peter persigue con la mirada a una mosca que gira por el círculo del volante una y otra vez. Ella no se da cuenta de los detalles, observa todo con cierto temor.

—¿Cuántos metros crees que ha hecho andando? —pregunta Peter.

—¿Quién?

—Esta mosca.

—Y yo qué sé.

—Algo así como los que hizo la chica Müller internándose en el descampado, ¿no crees?

Ella se extraña del silencio largo que continúa a la afirmación de Peter Amstelheim.

—Está muerta, Peter, está jodidamente muerta...

—Se ve que no tenía el coño preparado para recibir tanto... —responde Peter mirando al frente.

—¿Quieres hablar más bajo que van a oírte?

—Tu padre nos defenderá.

Ella ve que Peter levanta la mano muy despacio y la deja caer a toda velocidad dando un golpe seco en el volante del coche.

—¡Le he dado! ¿Has visto eso? ¡Le he dado a la puta mosca!

—Sí, Peter, he visto que eres muy ágil.

—¿Qué te pasa? ¿Estás de mal humor, muchachito?

—No.

—¿Es por tu cuñada? Pobre niña rubita, pero si tenía ahí todo calentito y tierno...

—¡Ya basta, quieres!

Ella retira la cara de entre las ramas del ligustro en cuanto que ve enrojecer, transformada en rabia, la cara del hijo mayor del doctor Amstelheim.

Silencio.

Hasta que empieza a oír golpes repetidos y mete otra vez la cabeza en las ramas. Peter palmea el volante rítmicamente...

—¿Nos largamos a Rostock?

Albert Groß duda y mira por la ventana hacia la calle.

—Conozco muy bien Rostock y allí podremos echar unos polvos sin que mañana todos hablen de nosotros —le anima Peter Amstelheim—. ¡Vamos! Tu padre está en Berlín y no va a necesitar el coche.

—Sí, pero Sibylle y mi madre...

—Sibylle va a estar llorando la muerte de su hermanita un par de días más y a tu madre déjala que chille un poco cuando estés de vuelta. Yo siempre hago lo mismo con la mía, ella me grita un rato, cree coger el mando de la situación y después se relaja, verás que la tuya también se calma.

—¿Y con tu padre usas la misma técnica?

—¿Mi padre? En mi casa él no cuenta para nada. ¡Vámonos! Estoy al volante, así que no puedes hacer nada para impedirme que lo arranque.

El sonido del motor del Trabant astilla el silencio y ella se lleva las manos a las orejas y mira al suelo, a la hoja seca de limonero cargada de saliva y rodeada de hormigas que trabajan a toda carrera antes de la lluvia.

El silencio se recompone y ella se aleja de la ligustrina. Anda despacio hasta la puerta de la casa y siente la humedad tibia en todo lo largo de las piernas, desde los muslos hasta los pies. Se toca la piel mojada con la punta de un dedo y se lo lleva a la nariz. El olor es fuerte, más de lo habitual. Se mira los botines, se agacha y les desanuda los cordones.

SEIS

Ella está tendida en la cama, boca arriba, mirando las burbujas del papel de la pared y las juntas despegadas en una esquina de la habitación, entre el armario y la puerta del pasillo.

La habitación apesta a Krasnaya Moskva, el codiciado aroma ruso a cilantro, bergamota y madera.

A medianoche, antes de dormirse, recuerda que un año antes, aproximadamente, el doctor Amstelheim se había dejado olvidada una jeringuilla y decide levantarse a buscarla.

Un año atrás, ella se había negado a devolvérsela a la señora Amstelheim cuando, al día siguiente, esta tocó a la puerta para reclamarla. En aquel momento, ella le cerró la puerta en la cara y después se tapó los oídos para no tener que escuchar la retahíla de palabras de la mujer del médico. Para evitarla, permaneció varios días con las celosías cerradas y sin salir a la calle.

Una mañana, pasada una semana desde el incidente con la señora Amstelheim, la despiertan los gritos desaforados de Annette, más altos y persistentes que de ordinario. Corre a la habitación de la niña y la encuentra sentada en el suelo, desnuda, con las manos, brazos, piernas y pecho llenos de excrementos. La niña se golpea la cabeza intentando quitarse la venda. Ella le toca la frente caliente y la abraza, le acaricia el cuello otra vez rígido y la niña, poco a poco, se calma.

—No te quites la venda, Annette, lo que puedas llegar a ver no te va a gustar, te va a hacer daño. Yo te limpiaré.

Y así lo hace.

Después, ella rebusca por toda la casa hasta que encuentra una botella de leche y un trozo de pan reseco y obliga a la niña a que desayune y a que se tome la dosis de isoniazida.

Por la tarde, la niña vuelve a rabiarse, la diarrea no se corta y ella ve que tiene los labios blanquecinos.

Ella corre a casa del doctor Amstelheim y le cuenta, delante de Ulva, lo que le pasa a Annette.

—Hay que interrumpir la diarrea —dice la mujer del doctor—, de momento que beba sólo agua con azúcar para que se hidrate y, si ves que la tolera, poco a poco le empiezas a dar arroz hervido, pero no mucho.

El médico está de acuerdo con el diagnóstico de su esposa, ella lo ve que asiente por encima del hombro de Ulva.

Ella se da la vuelta y corre de regreso a su casa.

Después de la cena, llaman a su puerta. Ella abre y ve resplandecer la sonrisa de

la señora Amstelheim bajo el ala de un sombrero negro y ataviada con un abrigo de pieles, mientras que a él, por la inclinación del cuerpo en una constante reverencia, le destaca el redondel sin cabellos en la testa y la mano de su mujer presionándole en la espalda.

—¿Cómo está la niña? —pregunta Ulva Amstelheim.

—Mejor, gracias, ahora duerme.

—El doctor quiere verla —afirma la mujer.

—No hace falta, Ulva, Eleonora ya nos ha dicho que está mejor —dice él retrocediendo unos centímetros, sólo los que su mujer le permite.

—Sí, hace falta —responde Ulva Amstelheim—, tú quieres ver a la niña, ¿verdad, Wilhelm?

Ella se niega a dejarlos pasar, insiste en que la pequeña duerme y que la diarrea se ha cortado. Les comunica que ya tolera el agua siempre que la beba a sorbos de una cucharilla de té.

—Eleonora, la niña no puede permanecer en tus manos...

Ella siente un cosquilleo, siente que los nervios se le agarrotan en los hombros y en las manos y se empieza a chupar el labio inferior con mucha fuerza. Las palabras de Ulva penetran y le rebotan en la cabeza: *la niña no puede permanecer en tus manos...* La mira a los ojos y se da cuenta de que los tiene bonitos, pero fríos. Y otra vez: *la niña no puede permanecer en tus manos...*

—¿Me has oído, Eleonora? Esa niña necesita que la vea un médico, no la puedes tener encerrada todo el tiempo como si fuera un pájaro.

... *la niña no puede permanecer en tus manos...* La boca de Ulva se mueve, ella sabe que le está hablando, que algo le está diciendo, pero no la escucha, no le entiende ni una sola palabra, ya tiene suficiente con lo que le ha dicho: *la niña no puede quedar en tus manos...*

Ella les cierra la puerta de un golpe y se queda restregándose las manos y mirándose la cara en el espejo oval que hay entre las dos ventanas grandes del salón.

—¡Eleonora!

La señora Amstelheim grita y golpea el vidrio con los nudillos, pero ella no deja de mirarse al espejo y de repetirse: *la niña no puede quedar en tus manos...*

—Le debes al doctor esta consulta y la de hoy por la mañana, que no se te olvide pagarlas.

Ella baja la cabeza y resopla. Ve las sombras de los Amstelheim a través del visillo.

—Esperen ahí, detrás de la puerta.

Ella es consciente de que hace mucho frío, pero no quiere que entren a su casa.

... *la niña no puede quedar en tus manos...*

Ella va hasta el monedero que guarda en el tercer cajón de la cocina, disimulado

por los manteles. Coge el dinero, vuelve al portal y abre un resquicio. Se topa con la mirada severa de Ulva y le observa el lunar en el pómulo, debajo del ojo izquierdo.

La señora Amstelheim, mientras dobla meticulosamente y guarda los marcos en el bolso, aprovecha para reclamarle la jeringuilla. Ella se pone nerviosa, siente una punzada de ardor en la boca del estómago y vuelve a cerrar la puerta con otro golpe seco.

No sabe para qué puede necesitar esa jeringuilla, pero está segura de que no se la va a devolver.

A través de las rendijas de la celosía, los ve salir de su jardín y cruzar la calle. La mujer anda erguida y el marido encorvado.

Desde aquel día, ella guarda la jeringuilla en un estante del armario del baño, dentro de un bote de pepinillos Spreewald con el verde y amarillo descoloridos de la etiqueta, y de allí la ha vuelto a rescatar.

Apoyada en el marco de la puerta del baño, ella observa el tubo de cristal de la jeringuilla y los extremos de metal donde se ve parcialmente reflejada. Sabe que los murciélagos volverán a dormir al cajón de la persiana, encima de la ventana de su habitación, en cuanto vean las primeras partículas de luz en el horizonte oriental, pinchando el lomo del Báltico.

Observa cómo el líquido color ámbar del perfume colma el tubo de cristal de la jeringuilla. Y la vacía en el hueco que queda entre las junturas más desunidas de la madera, encima de la ventana.

Repite la operación varias veces más, hasta que el frasco de Krasnaya Moskva se acaba.

Duerme poco y siempre sobresaltada, a la expectativa, atenta a los peligros, lista para saltar de la cama y salir corriendo. Porque está segura de que volverán a molestarla, a ella y a Annette, de que intentarán franquear las ventanas o la puerta, lo presiente. Se acurruca en la cama, debajo del edredón lleva las rodillas hasta la altura de la cintura y se duerme con los puños apretados tapándose la boca.

Escucha el primer golpe seco en la madera de la ventana hacia las tres y media de la madrugada. Se palpa suavemente la cabeza con las yemas de los dedos para cerciorarse de que el gorro tejido no se le ha movido de lugar mientras dormía. Siente calor y le pica la cabeza por el contacto directo de la piel con la lana. Tiene el pecho mojado. No sabe si de sudor o sangre, pero prefiere no verlo. Si es sangre ya no puede hacer nada, porque eso quiere decir que el murciélago ha llegado al corazón y que este le ha estallado. Si es sudor tampoco puede hacer nada, ni piensa en quitarse el edredón para que los animales se aferren a su cuerpo. Se palpa el pecho y toca la humedad que ya ha calado la tela del camisón.

Otro golpe seco, seguido de otro y varios más. Allí están. Han vuelto, siempre regresan y en cuanto que lo hacen empiezan a oír los chillidos inmundos. Esta vez son más estridentes. Ella se entusiasma y se muere de miedo por partes iguales. Es posible que decidan irse, que no soporten el aroma penetrante del perfume soviético,

aunque no deja de temer alguna incursión de los animalitos dentro del dormitorio. De fondo, oye la eterna queja metálica de las cadenas que sostienen el balancín del viejo columpio...

No te pasará nada, Annette, aquí estoy para protegerte. No se atreve a expresarlo en voz alta, no quiere que la oigan, que sepan que está allí, agazapada, pero desea que Annette lo sepa. ¿Cómo se consiguen ambas cosas?

Las cuencas de los ojos se le vuelven muy pequeñas y se esfuerza por transmitirle valor y serenidad. La pequeña duerme, aunque ella no lo sabe. Siempre la tranquiliza el hecho de que no vea a los murciélagos, de que ignore el peligro que la acecha.

Está amaneciendo y ve el resplandor de las luces de un coche que se arroja sobre los globos del papel de la pared en una esquina de la habitación. El coche se detiene debajo de la ventana de su dormitorio. Escucha una puerta que se cierra, unas carcajadas estridentes y la voz de un hombre despidiéndose. Reconoce al hijo mayor de los Amstelheim, al mismo que la tarde anterior bebía cerveza Radeberger, mataba una mosca y hablaba en el coche con su amigo. El coche se aleja y ella se queda atenta a los pasos del hombre que se pierden en el silencio de la madrugada.

Sus ojos giran en redondo, ella permanece atenta al más ínfimo sonido. Cuando es consciente de que está escuchando su propia respiración, aprieta los labios e inspira y espira con pequeños golpecitos de pulmón, sólo con el aire necesario como para no morir ahogada.

Annette exhala un quejido reiterado. Ella, amodorrada, no sabe si la niña está soñando o si sus ruidos se deben a los problemas respiratorios crónicos que la aquejan.

SIETE

La cocina huele a café recién hecho y a tostadas todavía calientes.

Annette está atenta a los sonidos y olisquea moviendo las aletas de la nariz, mientras que ella unta la mantequilla en el pan. El sonido que desprende el cuchillo raspando sobre la tostada es dulce, tanto que a la niña le hace abrir la boca en una sonrisa.

—No he podido dormir, Annette.

La niña, sin borrar la sonrisa, parece escuchar lo que ella le cuenta.

—Toma, cógela, la tienes junto a tu mano derecha —le dice entregándole la tostada.

Annette se pasa la lengua por los labios y traga saliva. Agarra la rebanada de pan crocante y lo primero que hace es clavar el dedo en la mantequilla desparramada por encima. Rasca con la uña y se chupa el dedo. Rasca otra vez y empieza a exhalar ese sonido tan particular al que ambas le han dado el nombre de canto. Annette canta de alegría, es una niña feliz. Pero, a pesar de todo, la melodía que sale de su garganta no deja de ser inquietante.

—Annette, vas a pringar la venda si te la tocas con el dedo lleno de mantequilla.

La niña deja de cantar y de sonreír.

—No, Annette, por favor, no te enfades.

Ella se pone nerviosa y se toca el pecho, siente que el dolor se le agudiza y coge la mano de la niña, la que sostiene la tostada con mantequilla, y se la arrastra hasta la altura de la boca venciendo la resistencia de la pequeña.

—Come, Annette, por favor, come.

En un arranque violento, la cuchara que la niña sostiene en la otra mano sale despedida hacia adelante y choca contra la cortina que cubre el cristal de la puerta de la cocina. Ella siente que por su culpa la niña ha dejado la tostada a un lado y sin comer. Que por su culpa, la niña ha dejado de sonreír. Que por su culpa, ahora Annette sufre.

Pasan los segundos que son como minutos que se parecen a horas. Ella se restriega las manos y se las lleva a los muslos y se seca el sudor en la falda.

—Te ayudo con la leche, mira, le he echado un terrón de azúcar moreno como a ti te gusta. Está muy buena, pruébala...

La niña abre la boca y espera la llegada del vaso con la leche. Ella sonríe y el angustioso dolor en el pecho se esfuma lentamente.

—Los oigo todas las noches, ¿sabes, Annette?, aparcan el coche en nuestro portal y gritan y beben, mientras que a lo lejos resuenan los tiros de metralas y el suelo tiembla como un pollo bajo los pies firmes de los tanques rusos.

Annette deja de tragar la leche que se le escurre por la barbilla y el cuello, pero ella no se da cuenta.

—No sé, hay veces en que creo que están afuera, en la calle, celebrando que la guerra se ha terminado y otras veces pienso que siempre están ahí para asustarnos, para hacernos daño...

La niña infla los carrillos y le lanza una lluvia blanca a la cara.

Ella cierra los ojos y siente una tremenda rabia que refrena encogiendo los dedos de las manos y de los pies.

—Lo siento, pequeña, no me he dado cuenta de que no querías beber más.

Ella aparta el vaso hacia el centro de la mesa y se seca la cara con el borde del mandil. Se restriega con fuerza para quitarse los restos de leche azucarada y nota el relieve áspero de las flores bordadas en la tela del mandil. Observa las flores, son chiquitas y, en otro tiempo, han lucido colores vivos que los sucesivos lavados han ido apagando.

La niña abre la boca y saca la punta de la lengua tratando de apuntarle a ella. Arruga la nariz y vuelve a sacar la lengua.

—¿Te ha gustado la leche, verdad?

La sangre se le acumula debajo de las uñas cuando ella presiona el borde de la mesa con fuerza, como si quisiera quebrarlo con los dedos, y los pómulos se le enrojecen. La niña tantea encima de la mesa hasta alcanzar el vaso. Ella la mira sin hacer nada. La niña acerca el vaso con las dos manos a la boca y bebe con sorbos sonoros. Ella pasa de la ira a la ternura más absoluta. Le ve el cuerpo menudito, sus manos pequeñas de dedos insignificantes, la necesaria venda en los ojos... Ella no quiere que vea absolutamente nada, ni siquiera dentro de la casa. No está dispuesta a que Annette vuelva a sufrir, a que vuelva a toparse con el peligro de frente. ¿Quién ha dicho que para ser feliz hay que verlo todo? ¿Qué ofrece la vida que no sea dolor? Ella se cuestiona una y otra vez, su cabeza sólo suele apartarse a la calma del remanso cuando pedalea sentada a la Veritas.

—Las risas, las risas, las risas... —Y se lleva las manos a la cabeza—. Esas risas asquerosas y blasfemas. Y, de repente, el silencio. ¡Qué alivio!, pienso desde la cama. ¿Tú también lo piensas, Annette?

El silencio dura unos segundos y, entonces, ella oye un ruido estrepitoso contra las ventanas del salón, primero una vez y después otra. La andanada de piedras cae con toda la furia y los vidrios se rompen.

—¿Tú también te das cuenta de que nos apedrean las ventanas? ¿O lo estoy soñando? Dímelo, Annette, dime algo...

Ella se lleva las manos a la boca y estira el cuello para alcanzar a ver el salón desde donde está sentada. Las ventanas están protegidas por las celosías cerradas y la luz mortecina suaviza el mobiliario de pre-guerra.

—Mis piernas... Las piernas se me paralizan, casi todas las noches me pasa lo mismo, porque sé que luego van a subir las escaleras...

Ella gira levemente el cuerpo y señala en dirección a donde están las escaleras que conducen a los dormitorios.

—Esas escaleras que hay en el salón... Esas escaleras...

La niña la observa con el bigote blanco de leche que le ha quedado encima del labio superior.

—Una y otra vez me digo a mí misma que debo dar gracias porque, a pesar de todo, te he encontrado, pero el terror no me deja en paz, no sé cómo apartarlo.

Ella mira el reloj que cuelga de la pared de la cocina: son las nueve de la mañana. A las diez tiene que estar en casa de la señora Groß, acaba de recordarlo y el corazón le da un salto. Tiene que llevarle el vestido y ayudarla a ponérselo.

Antes de la medianoche pasada, el vestido verde deja de existir, ella lo desgarró en tiras a todo lo largo de la prenda. En realidad, ella no está muy segura de que fuese exactamente eso lo que la mujer quería que le cambiara, pero si se trajo el vestido de vuelta a casa es porque a la señora Groß no le gustó cómo había quedado. ¿No le gustó el color? ¿Le quedaba demasiado estrecho de caderas?

—No lo recuerdo, Annette. Estoy segura de que tendré que regresar con el vestido a cuestas, ya lo verás. A la señora Groß nunca le convence la ropa que le hago, se dice que es muy exigente, pero yo creo que es muy variable e indecisa.

Ahora, después de una noche frenética y agotadora de trabajo, el vestido es amarillo con flores de colores, mucho más apropiado para el verano que ya está acabando.

Ella se sirve otro café, guarda el cartón de leche en la fresquera nada más cruzar la puerta que da al patio trasero de la casa, regresa y se sienta de nuevo junto a la niña. Coge la taza con la mano izquierda, el calor le punza placenteramente la palma áspera de tanto meterla en agua fría, y hace girar un dedo de la otra mano por el reborde de la taza hasta que se detiene en la pequeña muesca rugosa, donde falta un trocito de cerámica blanca que el tiempo ha cubierto de impurezas.

—Yo no te cuento estas cosas para que tengas miedo, Annette, lo hago porque me gusta hablar contigo y para que estés prevenida. Pero no debes preocuparte de nada... Hoy hace un día precioso, aunque es probable que llueva por la tarde, lo he oído en la radio de Berlín.

Ella deja la taza sobre la mesa y le acaricia el brazo. Annette direcciona la cabeza a su izquierda, como si realmente la pudiera ver.

—Eres tan hermosa...

La niña la mira refugiada en la ceguera que le produce la venda y con la cabeza un poco inclinada hacia un lado. Ella acerca la mano a la cara de la niña, con cuidado, con temor a sobresaltarla. Apoya la yema de un dedo sobre la piel de Annette, quien se echa hacia atrás haciendo un suave movimiento de hombros y regresa a la posición inicial. Otra vez, ella le apoya un dedo en el centro del pómulo y lo hace girar en espiral hasta que la caricia recorre todo el moflete. Annette sonrío, le gusta el contacto de sus pieles. Ella le toca la punta de la nariz y de allí el dedo vuela hasta la

venda.

—No sé si lo hago bien, Annette, ¿y si lo estoy haciendo muy mal? Tú me lo dirías, ¿verdad? Intento acordarme de cuando yo era niña y... no lo consigo. Por las noches, cuando te acuestas, intento concentrarme para que me venga a la cabeza alguna historia bonita que contarte acerca de mi niñez... Ni siquiera estoy segura de haber nacido en Stralsund, aunque no tengo recuerdos de ningún otro sitio.

Ella frunce la boca y los ojos se tornan en dos cristales brillantes. Con las palmas de las manos se seca las lágrimas, mira a los lados primero y hacia abajo después, teme que la niña se dé cuenta de que flaquea.

—¿Quieres tocar el vestido de la señora Groß?

Annette vuelve a coger la tostada con mantequilla y la muerde. A ella le gusta oír cuando se parte el pan crocante y mirarle los pedacitos de miga que se le quedan adheridos al labio superior. Ella la observa comer hasta que acaba. La mira chuparse los dedos y lamerse los labios.

Ella se levanta y enciende la radio. Mueve el dial hasta encontrar la cadena clásica donde resuena la versión de Paul Dessau de *Madre coraje y sus hijos*. Los vecinos se quejan de que por la radio no informan qué es lo que está sucediendo en el país. Nadie sabe si la guerra ha terminado o no o, más bien, ella no lo sabe. La gente murmura que Alemania se enfrenta a una catástrofe y que las potencias aliadas se van a tirar en picado sobre el país como los buitres encima de la carroña. Por la radio se oye música solamente, nadie tiene nada que decir. Por las dudas, ella piensa, lo mejor será que acumule mercadería: latas, frascos, patatas, guisantes y garbanzos, algo de pan, unas onzas de arroz, harina y medicinas, sobre todo Isonizida para Annette. Porque todas esas cosas van a empezar a escasear en cuanto que Alemania firme la capitulación.

Annette tiene restos de mantequilla entre el labio superior y la nariz. Ella coge una servilleta y le limpia la boca.

—¿Quieres más leche?

Ella no espera respuesta, a la vez que le pregunta recoge el vaso y lo lleva al fregadero. Abre el grifo y deja caer el agua. Ella la mira de reojo. La niña gira la cabeza hacia donde ella está, atraída por el sonido del agua, le gusta el choque violento de esta contra el mármol del fregadero.

El murciélago se tiene que haber muerto, piensa ella, porque lleva muchas horas sin moverse. Ella tiene que tener la sangre espesa, lo cree de verdad, y eso ha impedido que el animal respirase. Lo malo, si se ha muerto dentro de su cuerpo, es que empezará a oler de un momento a otro. Ella cierra la llave del grifo y ahueca las manos delante de la boca. Exhala y, con las manos ahuecadas para conservar el aliento, se las lleva a la altura de la nariz y con alivio comprueba que huele a café.

—Ven, Annette, vayamos a la habitación.

La niña hace retranca y empieza a cantar, cada vez más alto y más alto.

—No hace falta que hagas eso, Annette, te vas a dañar la garganta.

Esta vez no es un canto de felicidad. La niña canta y se palmea la venda en todo el diámetro de la cabeza.

Ella se desespera e intenta calmarla.

—La venda no. La venda no, Annette.

Silencio. Hasta que escuchan que un coche aparca en la calle. Tiene que ser ese coche blanco de los Groß, piensa ella.

—No quiero que te vuelvan a hacer daño, por favor, no intentes quitarte la venda nunca más.

Ella la abraza con fuerza, con la clara intención de sujetarla a la vez de protegerla. La pequeña comienza a distenderse hasta que los brazos le cuelgan a ambos lados del cuerpo, brazos inertes, agotados por la batalla ciega.

—*Buenas tardes, / buena noche, / protegida por ángeles, / que te mostrarán en sueños / el árbol de Navidad: / ¡Sueña ahora feliz y dulce, / contempla en tus sueños / el Paraíso!*

En la calle aceleran el motor del Trabant, como si lo hubiesen dispuesto en la largada a punto para empezar la carrera. Ella se desconcentra y reinicia la canción:

—*Buenas tardes, / buena noche, / protegida por ángeles...*

Ella suelta a la niña y corre al salón y busca la calle entre las rendijas de la celosía y las ramas de los árboles. Albert Groß, con el torso desnudo, está echado sobre el motor del coche. Ella ve que, con una mano, sostiene una herramienta, entonces con la otra mano tiene que estar acelerándolo y por eso es que el coche brama. Ella no entiende para qué lo hace, por qué tiene que molestar haciendo tanto ruido. Lo ve salir de debajo del capó y dirigirse al asiento del conductor. La luz de la mañana brilla en la espalda desnuda de Albert y ella se aparta de la ventana y se gira hacia la escalera con los ojos bien abiertos, como si acabara de ver a un fantasma.

—Las escaleras, Dios, las escaleras...

Se cubre la boca y respira aceleradamente dejando escapar el aliento por entre los dedos. Las largas aceleradas del Trabant la aturden. La hiperventilación hace que acabe llorando. Un llanto controlado cuyo sonido nunca sobrepasa al de las ráfagas de las ametralladoras y menos al ruido de los aviones que vuelan rasantes. Todo en ella, ahora mismo, es ruido. Todo es miedo.

Ella está convencida de que nadie informa acerca de si la guerra ha terminado, de si esos aviones son alemanes o soviéticos o británicos... Y el motor del coche, del maldito coche que no deja de penetrar en su casa, de meterse sin permiso, de violentarla, de impedirle escuchar los últimos acordes de la música de Dessau.

Ella no se da cuenta, pero Annette está de pie frente a ella, como si la pudiera ver.

El motor del Trabant se silencia aunque en la cabeza de ella continúa resonando. Un avión vuela tan bajo que da la impresión de que va a arrancar el techo de la casa. Inconscientemente, ella se agacha y se acurruca pegada al armario pequeño que hay junto a la puerta de la entrada. Oye las voces de los vecinos que han salido a la calle, aterrados para no morir como ratas debajo de los escombros. Y otro avión. Nadie

informa de si pertenece a la Wehrmacht o al Ejército Rojo o a la Real Fuerza Aérea. Y el Trabant que vuelve a acelerar. Una retahíla de cañonazos. Los chillidos suaves de Annette. Los aviones. El Trabant. Las ametralladoras. Los chillidos de Annette. El suelo que se sacude por las orugas de los tanques, le cosquillean los pies y las nalgas. Otro avión. Annette que chilla como un animalito. Annette que canta. Annette que canta cada vez más alto...

Ella corre adonde está la niña de pie, debajo del marco de la puerta que hay entre la cocina y el salón, con las piernas flacuchas desnudas y una camiseta que no le llega a cubrir la braguita.

Ella la abraza.

—No pasa nada, pequeña, no pasa nada. Aquí estoy yo para protegerte.

OCHO

Ella está agachada, en la cocina, pasándole cera al trípode de madera del maniquí. Ella no le mira el cuerpo porque le angustia que no tenga brazos, ni piernas, ni cabeza. Es por eso que, cuando el maniquí no está vestido con un traje que le está cosiendo a alguna clienta, ella le coloca una bata azul, como las que usan las obreras de las fábricas de Zwickau. Le horroriza verlo sin nada. No es por pudor, sino porque experimenta una cierta sensación de ahogo seguida de un regusto amargo y ganas de vomitar. No lo sabe explicar, tampoco le importa a nadie, le ocurre y eso es todo.

Sibylle Müller tamborilea las extremidades de los dedos en el cristal de la cocina. A ella, esos golpecitos le recuerdan algo, no sabe qué exactamente, pero sí sabe que no son desagradables. Levanta la cabeza y deja de frotar en la madera clara del trípode.

Sibylle acaricia los arándanos que hay en los tiestos de la ventana y apoya la cara en el vidrio para ver hacia el interior. Ella se incorpora y se acerca a la ventana entornando los ojos, para adaptarlos al reflejo de la luz. Descubre los ojos claros y la sonrisa un tanto triste de la hija de los Müller, aunque ella no recuerda ni su nombre ni el apellido de la familia, sólo sabe que viven enfrente, junto a la casa de los Amstelheim.

Sibylle tiene gotas de sudor en la frente, ella se las ve al abrir la ventana.

—Eleonora, ¿me invitas a tomar un té?

Sibylle Müller siempre llama su atención de la misma manera: golpeando el vidrio de la ventana de la cocina. Después, gira en la esquina de la casa y entra, se sienta en la cabecera de la mesa y enciende un cigarrillo. Ella rebusca en el armario donde tiene el aparato de radio hasta que encuentra un cenicero de latón con el escudo de Alemania Oriental en el centro. Sibylle sabe que a ella no le hace gracia que fume dentro de la casa, que el humo del tabaco le molesta, pero lo que Sibylle desconoce es que ella teme por los frágiles pulmones de Annette.

Annette... Ella agradece en silencio que la niña esté dormida en la habitación. La vecina de enfrente, no la señora Amstelheim, sino la bella muchacha Müller, nunca ha visto a la niña.

—¿Te has fijado en que hay un coche aparcado en la esquina con un hombre dentro? Lleva varios días y varias noches allí, vigilan quiénes entran y quiénes salen de mi casa. Son tan torpes esos de la Stasi que ya ni siquiera se esfuerzan para que no les veamos... Allí están, plantificados para ver de primera mano con quién habla mi padre... Por suerte, en una semana empieza el curso en la universidad y voy a desaparecer de Stralsund.

La joven tiene la piel de un tono veraniego, gracias al sol y al aire libre, y viste el

traje de deportes de la Universidad de Greifswald, donde estudia desde el año anterior.

—Eleonora, a mi padre lo van a despedir del instituto, le acusan de querer desestabilizar al país y de leer revistas occidentales... Pobre mi padre, está destrozado por lo que le sucedió a Bettina... Y yo me siento un poco culpable...

Ella le sirve una taza de té humeante y rellena con café su taza astillada. Abre la ventana donde están los arándanos y la puerta que da al jardín para que se vaya el humo del cigarrillo.

—Viniendo de la esquina hacia aquí he pasado junto al coche de los de la Stasi y me he levantado la falda hasta aquí...

Ella observa los muslos blancos de la chica y el lunar que tiene junto a la rodilla izquierda, muy cerca de donde Annette tiene la mancha de nacimiento.

—Entonces le he lanzado un beso con la mano y él me ha sonreído.

—¿Por qué lo has hecho?

—No lo sé, por molestar, supongo.

Sibylle chupa el cigarrillo, cierra los párpados e hincha la boca con el humo aspirado. Ella la mira con curiosidad.

—El chico tiene la cara redonda y roja y lleva un bigotillo despeluchado. Sé que no me hará nada, Albert es amigo de Peter y él tiene contactos con la Stasi.

A ella, como siempre, le cuesta relacionar nombres con caras y esta vez no es la excepción. Piensa en Albert y piensa en Peter, pero su memoria está en blanco.

Con un gesto de timidez, Sibylle juguetea con el cigarrillo en el cenicero, apoya el extremo rojo en el vértice del compás del emblema nacional.

—Quería darte las gracias, Eleonora.

—Darme las gracias, ¿por qué?

Ella se pasa la mano por el mandil y se encorva un poco, la vergüenza y el miedo la apabullan. Lleva mucho tiempo sin que le digan nada bueno.

Sibylle abandona el cigarrillo en el cenicero, coge la taza de té con ambas manos y levanta su mirada azul a la verdosa de ella.

—Aquellas personas que había en el descampado donde encontraron a mi hermana no dejaban de hablar y de comentar cosas horribles. Para todos ellos se trataba de un espectáculo, para mi familia y para mí de una tragedia.

Ella la observa mover los labios y deja de escuchar lo que dice, se va con sus pensamientos, rebusca en la memoria las posibles personas de las que le habla y esa hermana que no sabe quién es.

—Te fuiste corriendo y no pude acercarme a darte las gracias, por eso he venido hoy...

Ella regresa de la abstracción de sus pensamientos a la cocina de su casa y clava la mirada en los ojos de Sibylle.

—¿Qué le pasó a tu hermana?

—La asesinaron, eso está claro. Mi padre estuvo hablando con la Volkspolizei

para que buscasen a los autores del crimen, pero ellos reciben órdenes de la Stasi que a su vez las recibe del Partido... Le tengo un afecto especial a Heinrich Groß... Después de todo, Heinrich es el padre de Albert...

Ella le ve los ojos que se le llenan de lágrimas y los pómulos que se le enrojecen.

Ella piensa en Heinrich y en Maria Groß y abre la boca. ¿Ella le hace vestidos a la mujer del jefe del Partido?

—Groß cree que mi padre quiere dañarlo en su carrera política, pero mi padre sólo quiere saber quién ha matado a Bettina y que quien haya sido pague yendo a la cárcel... Después de todo, mi hermana ya no volverá...

Ella ve que la chica se aparta unos rizos que le caen sobre la frente y se seca los ojos. Coge el cigarrillo y da otra larga calada. A ella, viéndola, le embarga una sensación extraña de ternura hacia esa persona. No recuerda exactamente quién es, aunque le resulta familiar. Se acerca a Sibylle y esta se pone de pie. Ella la abraza. La chica afloja los músculos y rompe a llorar con el mentón apoyado en el hombro de ella.

Le gusta el aroma que destila la chica: una dulce mezcla de jabón y tabaco que la embriaga de juventud. Mete la nariz entre los rizos rubios y aspira con fuerza. Un cabello suelto le hace cosquillas en lo alto del tabique nasal, entonces quita una mano de la espalda de la chica, se la pasa por su propia cara y luego la apoya en la nuca de la mayor de las Müller. El cabello es suave, nota la curvatura de los rizos en la palma de su mano y desea no salir nunca de allí...

—Calma, pequeña, cálmate.

—¡Cuánto tiempo sin volver a estar en esta cocina, Eleonora! No te puedes hacer a la idea de las veces que he llorado pensando en la vida que lleva Annette ahí arriba...

Ella se aparta de Sibylle como si su cuerpo despidiera fuego, se aferra al borde del mandil y camina hacia atrás hasta chocar con la pared. Se le tensan los músculos de la cara y el corazón le retumba a tanta velocidad que llega a tener ganas de vomitar.

—¿Qué ocurre, Eleonora?

—¡Vete!

—Lo siento, de verdad lo siento, no pensé que el mencionar a Annette te hiciera daño...

—¡Vete!

Sibylle Müller aplasta la colilla en el cenicero. Ella ve la melena rubia de la chica cayéndole por la espalda hasta que sale y cierra la puerta. La cortina de la puerta se balancea unos segundos y la luz que la atraviesa crea claros y sombras en el suelo.

Annette... No puede haber visto a Annette, nadie puede ver a Annette, sólo los Amstelheim saben de Annette, sólo los Amstelheim... ¿La señora Groß también?

Permanece un buen rato pensativa. Ella no entiende que desde 1945 hasta ahora hayan pasado quince años. Ni se acuerda de que Sibylle acostumbraba a frecuentar su

casa, a tamborilear los dedos en la ventana de la cocina subida en el borde de un tiesto o a golpear con los nudillos en el cristal de la puerta por donde acaba de marcharse.

¿Quién es esta chica que acaba de fumar en su cocina?

Ella se quita el mandil y lo deja en el respaldo de la silla donde ha estado sentada Sibylle. Se agacha y se hace los tres nudos en los cordones de los botines. Les falta betún, pero no tiene y en el mercado negro lo venden caro.

Se sienta, se aferra a la taza herida y bebe a sorbos el café templado...

NUEVE

Ella sacude rítmicamente el pedal de la Veritas en una carrera equilibrada con la lluvia que resuena al caer en tromba desde lo alto de los aleros. La aguja clavetea obsesivamente, siempre en el mismo punto, y ella se muerde el labio inferior mientras hace girar las telas para amarrarlas entre costuras.

Las escaleras crujen y Annette se descalza para que los zapatos en contacto con la madera no la descubran mientras baja sigilosamente. Ella piensa que el crujido de los escalones puede haber sido porque la niña anda por ahí, pero lo descarta maquinalmente de su cabeza. Ella dejó a Annette durmiendo.

Al llegar al último escalón de abajo, la niña gira la cabeza hacia la sala de costura, como si la pudiera ver a ella. La máquina de coser no se detiene ni un segundo. Sin dudar, Annette va hasta el portal y abre. El agua cae en el jardín y la niña eleva el mentón para absorber mejor el aire empapado. La puerta se cierra a su espalda con un suave sonido y la niña avanza, con pasos cortos, pasos miedosos.

Ella ni siquiera oye la puerta, pero percibe que el torrente de agua, durante el tiempo en que la puerta permanece abierta, se desploma con más nitidez y fuerza. Levanta la cabeza y detiene el pedaleo... La casa está en silencio. El compás de la lluvia es roto periódicamente por el agua acumulada en el desagadero del techo. Cada vez que este rebalsa, hace estallar el agua contra el suelo, junto a la pila de lavar la ropa. Ella se sube las gafas que se le deslizan lentamente por el tabique de la nariz y vuelve a pedalear.

Annette apoya un pie en el césped del jardín y siente el agua fría retenida en pequeños charcos que rodean los rosales y las hortensias. Ella siente un escalofrío y quita el pie del pedal de la Veritas. Por casualidad, la niña toca unas rosas llenas de gotas y se las lleva a la nariz. No huelen y están ahogadas. La niña las golpea y los rosales se desquitan hiriéndola en las manos y los brazos, pero no reacciona y sigue sacudiéndolas como si tuviera una gran tolerancia al dolor. En cambio, ella abre la boca para tomar bocanadas de aire cuando la angustia la ataca con mayor crueldad.

El agua cae torrencialmente, y empapa el cuerpecito de Annette. Se la ve feliz. La lluvia, poco a poco, se filtra a través de las nueve vueltas de venda sujetadas alrededor de la cabeza con un alfiler de gancho y la niña siente que el agua la besa en los párpados, siempre cerrados. Se toca suavemente, vendas por medio, se acaricia la frente y el cuello, se da golpecitos suaves en las mejillas enrojecidas por el agua helada... Y una sonrisa asoma entre los labios; levanta los brazos con las manos extendidas intentando atrapar gotas, que luego lame de las palmas...

Ella siente una punzada en las sienes. Se quita las gafas y las deja con cuidado junto a la rueda de la máquina de coser. Está inquieta, nerviosa. Se levanta y camina

hasta la cocina quitándose los filamentos de hilo blanco aferrados a la falda. Pone agua a calentar en un cazo renegrido y sin asa. Coge la taza, siempre la misma, la que tiene una muesca en la boca como si le hubieran dado un mordisco, y una vaca y un cisne pintados como por una mano infantil. Su taza siempre está junto al fregadero, nunca la lava, sólo la mete debajo del chorro de agua del grifo y la enjuaga, igual ceremonia lleva haciendo desde hace unos veinte años. Manipula la taza con cuidado, con la misma aprensión de siempre: teme rajarla si la golpea contra otro objeto. Mete el colador de té en la boca de la taza y le echa las hebras resacas que extrae en un puñado del fondo de una caja de galletas Dr. Quendt.

Se inclina sobre la encimera y se asoma por la ventana: los viejos árboles frondosos con las hojas brillantadas por la lluvia y el agua que cae estrepitosamente entre las ramas.

Se gira con brusquedad porque algo le recorre la espalda y se pasa el dorso de una mano a lo largo de toda la columna vertebral. ¿Es un insecto, un murciélago pequeño? La cabeza le empieza a bullir. Los malos pensamientos se suceden uno tras otro y otra vez se encuentra dominada por la recurrente espiral.

La niña choca contra la puerta de hierro de la cerca. Se da un golpe en el tobillo que le entrecorta la respiración y hace una mueca de dolor, leve, imperceptible. Se frota con fuerza el tobillo castigado y después abre la verja.

Ella vuelve a observar el jardín, cada vez más perpleja y con los ojos abiertos como platos.

Ella experimenta una incómoda sensación de desprotección en cuanto que Annette sale a la calle. Con la cadera apoyada en la piedra fría de la encimera, ella percibe el vacío de un espacio abierto sin haberse movido de su propia cocina. Y la niña alarga el brazo hacia atrás, donde sabe que ha quedado la casa, el refugio. Desconcertada, no sabe para dónde ir. Siente miedo y empieza a cantar. Ella no está y la niña no entiende porqué ella no está, si siempre está ahí, protegiéndola, si cada vez que siente el peligro ella la abraza y le dice que no se preocupe. Canta cada vez más alto, Annette está segura de que ella la escucha, de que ella está a punto de abrazarla.

El agua hierve y ella retira el cazo del fuego cogiéndolo por el borde con una manopla hecha con retazos de telas y vuelca el líquido en el colador. Le tiembla el pulso. Acerca la nariz y huele el aroma de las hierbas en contacto con el agua caliente. Las gotas del vapor en la cara le producen una picazón soportable y agradable.

Deja caer un terrón de azúcar moreno dentro del té y lo revuelve con la cucharilla mirando por la ventana. Entre los árboles, bajo el aguacero, ve pasar a Ulva Amstelheim corriendo por el medio de la calle con los brazos en alto. Le llama la atención que una mujer tan compuesta corra de esa manera.

Por alguna razón inexplicable, además de acabar de ver a Ulva por la ventana, percibe que Annette está en peligro y, en lugar de correr escaleras arriba a la habitación de la niña, instintivamente se dirige a la puerta de la calle.

Mira a través del visillo de la ventana y las piernas se le aflojan, no puede sostenerse en pie, la invade la parálisis y se aferra al armario que hay entre la ventana y la puerta. Grita hasta quedarse sin aire. Inclina la cabeza y apoya la frente en el cristal del cuadro donde está la foto de su boda con Georg Schmidt.

Y unos brazos mojados rodean el cuerpo pequeño y aterido de Annette. La niña siente el calor de un cuerpo más voluminoso que la cobija y eso la calma. ¿Ella ha llegado para protegerla?

—No temas, no temas.

Ulva Amstelheim se quita la casaca de lana mojada y cubre a la pequeña.

—¿Adónde quieres ir?

La señora Amstelheim le pasa las manos por las axilas y la levanta un poco para apartarla de en medio de la calle. La lleva a la acera, debajo de un árbol, donde la lluvia no cae con tanta virulencia.

—¿Qué haces en la calle con toda la lluvia que está cayendo? Tienes magulladuras en las manos y te sangran los brazos... ¿Qué te ha hecho, pequeña?

La niña no responde, ni tampoco reconoce la voz de la mujer que le habla.

Ella hace un esfuerzo inmenso por andar. Descorre el visillo y se asusta al ver la calle vacía y el aguacero. Alguien se ha llevado a Annette, le ha vuelto a suceder lo mismo y ella se desespera. Cree que va a enloquecer, que va a perder la cabeza completamente. Le da un manotazo al picaporte y abre. Una ráfaga de aire frío, a reventar de humedad, la abofetea y ella cierra los ojos. El agua la golpea con furia en la cabeza desnuda y en el cuello. Corre hasta la verja y grita:

—¡Annette! ¡Annette! ¡Por Dios, Annette! ¿Dónde estás?

La venda siempre le aprieta un poco en las sienes y en la nuca y, ahora, con el peso del agua acumulada la nota muy pesada. Pero la presión afloja de repente, la nota cada vez más liviana, más liviana, más liviana a medida que se desprende de las vueltas que le rodean la cabeza...

—¿Para qué te pone este trapo en los ojos? Está completamente trastornada...

A ella se le bloquea la mirada por la ira y se ciega. Ulva no la ve acercarse y sigue desenrollándole la venda a la pequeña.

—¡Hija de puta!

Ella le propina una patada tan fuerte en la mandíbula que de la boca de Ulva Amstelheim sale despedida una bocanada de sangre.

—Aquí estoy, Annette, ya estoy contigo, perdóname, me distraje y no vi cuando esta mujer te sacó de tu habitación.

Ella le acaricia la cara mientras sostiene la última vuelta y media de venda que la mujer de Amstelheim no ha alcanzado a quitarle.

—No temas, no se te va a caer de la cabeza, no seré cruel como para dejar que te queden los ojos al descubierto... ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta de que te estaban haciendo daño? Lo presentí, lo presentí...

Con los ojos inyectados en sangre, ella se vuelve hacia la señora Amstelheim que

permanece en el suelo sin moverse, debajo del árbol, tapándose la cara con ambas manos.

—¿Cómo pudiste llegar hasta la cama de Annette? ¿Cómo entraste a mi casa?

—¡Yo no llegué hasta su cama, Eleonora, la niña estaba sola en medio de la calle, muerta de miedo y mojándose bajo la lluvia!

—¡No mientas! ¡Y ni se te ocurra volver a tocarla! Te vi por la ventana, pasaste corriendo, pero no me imaginé que ibas a robármela...

Con mucho cariño, ella escurre el trozo suelto de venda y lo enrolla otra vez en torno del cráneo de la niña: tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez vueltas que sujeta con el alfiler de gancho que recoge del suelo cuando lo ve brillar caído en el agua.

Ella alza a la niña en brazos y ambas se vuelven a la casa.

Ulva Amstelheim no se levanta hasta que las ve desaparecer, detrás de las plantas que hay al otro lado de la cerca: una cabeza rapada y otra vendada.

Una vez dentro, ella mira a través del visillo cuando Ulva se pone de pie y se va andando hacia su casa.

Las lágrimas y la lluvia se mezclan en sus pómulos, en los de Ulva, y desde la esquina los agentes de la Stasi se muestran como espectadores divertidos.

DIEZ

La lluvia ha cesado. Stralsund rezuma frío y humedad.

Ella observa todos los movimientos de sus vecinos sentada en el balcón del dormitorio. Los Amstelheim se van a dormir, acaban de apagar las luces de la planta alta.

Ella lleva, por lo menos, un par de horas allí. Sabe que el Trabant blanco aparecerá de un momento a otro y no quiere despistarse. Ya ha pagado bastante caro lo sucedido por la tarde, no puede dejar de culparse y de sobresaltarse cada vez que piensa (y eso es algo que hace constantemente) que a Annette la sacaron de su habitación sin que ella hiciera nada por impedirlo.

Dos horas atrás, ella decide castigarse y se sienta en el balcón, donde es consciente de que los murciélagos pueden atacarla. Pero antes se ha cuidado de no dejarles pasar hacia el dormitorio de la niña. Coloca cinta aislante en las ventanas de la habitación de la pequeña por dentro y en la puerta del pasillo por fuera. No hay modo de que entren. Annette está protegida, bien protegida.

En el caso de que los animales lleguen al extremo de volver a morderla, se ha perjurado no hacer nada que los espante, está decidida a aguantar incluso aunque le deformen la cara y le abran surcos en la cabeza. Ella piensa que es eso lo que le van a hacer. Annette desapareció una vez por su culpa, hoy ha estado a punto de volver a ocurrir. Tanto en aquella ocasión de 1945 como en esta, ella es la culpable.

Los ve en el cielo azul cobalto. Son como pequeñas ánimas negras que planean hacia donde ella está sentada. Cierra los ojos y se pone de pie en una actitud que se condice con el respeto y el temor. Ella ha leído que en Papúa y Nueva Guinea hay tribus que salen a cazar murciélagos gigantes y que su carne es similar a la del pollo. Le viene una arcada y se tapa la boca. No se ve capaz de hacer lo que los papuanos.

Abre los ojos cuando oye al primer murciélago que choca en lo alto de la ventana y se cuele a través de la unión de las maderas. Y al segundo y al tercero y, finalmente, una bandada ebria y risueña que se agolpa en la entrada de la madriguera. Ella intenta contarlos, quiere saber cuántos son, con cuántos convive, pero es imposible, son demasiado rápidos y todos apiñados forman una mancha oscura, como una lengua negra que se escabulle en el cajón de la persiana.

Ella no los ve, pero sabe que se enseñan mutuamente los colmillos, los mismos con los que salen a asesinar cada noche. Sabe que se han comido algunos insectos, ella no piensa que se comen a personas, no cree en los vampiros de los libros y no le impresionó ni *Nosferatu* ni la película de Béla Lugosi que vio en el Babylon Mitte de Berlín antes de que estallara la guerra. Pero no tiene dudas de que ellos vuelven después de una noche de muerte.

Los siente encima de su cabeza y el cuerpo se le tensa de tal manera que le duelen las manos aferradas a la baranda del balcón, como si se sujetara para no caer al vacío. La están observando. Algunos de ellos han sacado las cabezas por las rendijas y le miran la calva. Ella les oye la risa insidiosa y hasta les ve las encías rosadas y se promete no dejarles la casa, no la van a echar de allí.

Se va a meter corriendo en la habitación cuando un pinchazo agudo en la cabeza le recuerda por qué lleva dos horas pasando frío en el balcón.

Annette ha empezado a cantar, pero ella no se puede mover de donde está. Ahora no, Annette, ahora no, piensa, y mueve los labios para que no la oigan, pero el canto de la pequeña se va alzando cada vez más angustioso, cada vez más inaguantable. Ella suelta las manos de la baranda y se cubre las oídos. Restriega las palmas contra las orejas para no escuchar a la niña, para no saber nada de los murciélagos.

El reflejo de una luz barre el jardín. Ella mira a la izquierda cuando el Trabant aparca delante de su casa. Un cosquilleo molesto le recorre la espalda. Se destapa las orejas y se abraza. Quiere protegerse. Los murciélagos se han quedado tranquilos, pero Annette sigue cantando una canción penetrante, lastimosa, es lo más parecido al llanto, pero ella sabe que es gutural, que es animalesco, pero esta vez, a causa de los nervios, le resulta muy fastidioso e irritante. Se gira para mirar hacia atrás, hacia la habitación y ve el pasillo y en él la puerta de la niña sellada con cinta aislante.

Los del Trabant hablan y ríen.

—Karl, baja del coche, niño... —Peter y Albert ríen y al rato se escucha el sonido de una puerta que se abre y se cierra.

—Estás temblando, muchacho. ¿Qué te pasa, gallina?

A ella, Peter Amstelheim le produce cierto resquemor, no lo ve de fiar y le teme. Lo mismo, aunque no tanto, le sucede con Albert Groß. De cualquier modo, ella tiene un presentimiento, un mal pálpito.

Los muchachos hablan y ella les escucha espantada desde la oscuridad del balcón.

—¿Tú no le viste los ojos, Karl? Eres un cagón, te asustas por nada.

—Yo no soy un cagón.

—Un poquito, sí, hermanito...

—Déjame en paz.

—¿Quién te enseñó en qué consiste la diversión, Karl? Tu hermano mayor, como siempre. Si no fuera por mí, aún no sabrías ni andar.

—Yo creo que se desmayó enseguida y que no sintió nada.

—¡Cómo que no sintió, Albert! Si no hubiera sentido no me habría puesto como me puso...

—Cállate de una vez, si a ti te pone lo que sea.

—¿Acaso a ti no te puso esa tripita blanca con su ombliguito lleno de sangre?

—No seas gilipollas, Peter, y deja de poner voz de zorrón —dice Karl.

—¡Qué espectáculo! —afirma Albert bajando la voz.

—¡Ya lo creo! Os dije que merecía la pena una excursión hasta allí —afirma Peter

satisfecho.

—¿Y si alguien nos ha visto?

—¡Qué va! No seas miedoso, Karl, en la estación, a esas horas, no anda gente. Además, él se lo buscó, por maricón.

Peter coge una piedra y la lanza entre los árboles. Ella se inquieta al oír los chasquidos quebradizos de hojas y ramas en su jardín.

—De última, siempre está el todopoderoso señor Groß para salvarnos... ¿O no? Tu padre nos salvaría si fuera necesario, ¿verdad Albert?

—Por supuesto... —responde con suficiencia—, después de todo, en Stralsund, mi padre es el Partido Socialista Unificado...

—¡Así se habla! ¡Brindemos por el Partido Socialista Unificado!

—¡Por el Partido Socialista Unificado!

—¡Por la República Democrática Alemana!

—¡Sí! ¡Y por el líder Groß!

—¡Viva!

Ella oye el sonido de las botellas al chocar entre sí, oye risas y más choques de botellas...

—¿Sabíais que con una pistola como esta se suicidó Hitler? —dice Albert.

—No. ¿Y esa de quién es?

—De mi padre. La compró en Bremen cuando tenía veinte años.

—Por cierto, tu padre va a ir a la Universidad de Greifswald a dar una charla en cuanto se reanude el ciclo lectivo —dice Peter.

—Lo sé, me lo ha dicho Sibylle.

—El maricón de Thomas, muy amigo de tu novia por cierto, era uno de los que se negaba a asistir.

—¿Qué tiene que ver que fuera amigo de Sibylle?

—Nada, pero a tu padre no le gustaría que a Sibylle le llenasen la cabeza con ideas antisocialistas.

Peter lanza una carcajada y Karl le sigue con timidez.

—El muy gilipollas de Thomas llegó a decirme que no iría a la charla porque no quería que le adoctrinaran. ¿Te lo puedes creer? El chico no tenía ni puta idea de con quién estaba hablando...

—Mi padre no adoctrina...

—Ya lo sé.

—Él trabaja para que seamos buenos ciudadanos de la RDA —asevera Albert con la misma convicción de siempre, mientras juega con el revólver.

—Esconde eso que no estamos en una película de vaqueros —dice Karl—. Nuestro padre opina lo mismo acerca del adoctrinamiento...

—Sí, con el cuento ese de que él es un hombre de ciencias piensa tonterías la mayor parte del día.

—Sí, un hombre de ciencias que sabe pensar por sí mismo y que dice que ningún

cagatintas del Partido le va a enseñar cómo hacerlo...

—¿El medicucho ese de tu padre le llama cagatintas a mi padre?

—¿Y por qué no? Heinrich Groß no es más que el delegado del Partido en una ciudad de provincias...

—Mejor que te calles, Karl, si no quieres acabar mal.

—Ya está bien —tercia Peter—. Karl, nuestro padre no sabe lo que dice. Ya hace muchos años, desde la bendita muerte de nuestra hermana, sólo sigue instrucciones... La muerte de nuestra hermana nos persigue...

Peter Amstelheim coge otra piedra de la calle y la lanza dentro del jardín. Ella se sobresalta y en la penumbra del amanecer busca con la mirada dónde puede haber caído.

Ella oye una tercera piedra que cae entre los brezales del jardín.

—¿Qué haces?

—Yo le llamo tirar piedras al jardín de una loca, hermanito —responde Peter riendo y lanza una cuarta piedra.

—Déjala en paz...

—No te preocupes que la solterona seguro que duerme a estas horas.

—¿Alguien se la habrá follado alguna vez? —pregunta Albert Groß.

—Los que la probaron, dicen que de joven no estaba nada mal, que tenía el cuerpo y la cabeza en su sitio...

—Sí, pero eso da igual ahora...

—¿No te gusta que volvamos a esa historia, Albert?

—Deberías dejar el tema, Peter.

Ella se acerca todo lo que puede a la barandilla del balcón para ver y escuchar mejor. Siente palpitations y está segura de que los ojos de los murciélagos siguen asomados en lo alto, escrutándola por entre las juntas de las maderas.

—¿De qué estáis hablando?

Ella oye la voz de Karl Amstelheim que entra en la conversación.

—De nada. ¿Y si le damos un susto?

—¿Qué quieres decir? —insiste Karl Amstelheim.

—Hay veces que pareces tonto, hermanito. Creo que has quedado un poco estúpido después de magrearle el culo al marica en la estación.

Peter le da un golpe amistoso en el hombro a su hermano.

—¿O te has enamorado del chico Berg? Sí, te lo veo en los ojos. Karl Amstelheim se siente viudo...

Karl le da un puñetazo a Peter en el pecho y ambos se ponen a luchar junto al Trabant, Peter apoyado de espaldas en la puerta del coche y Karl frente a él. Peter se ríe y esquiva los reveses. Karl lo coge de la solapa, Peter se zafa dándole un golpe en la boca del estómago y lo pone de espaldas contra el coche, invirtiendo las posiciones.

—Ya basta... —Albert intenta calmarlos.

El menor de los Amstelheim boquea buscando el aire. A ella le arde el estómago debido a lo que ve y oye. Peter acerca la cara a la de su hermano.

—No vuelvas a tocarme, Karl. ¿Lo has entendido, hijo de puta?

—Suficiente por hoy, parecéis dos niños.

Peter sigue mirando fijamente a Karl durante unos segundos más hasta que lo acaba soltando. Karl se dobla por la cintura y cae de rodillas junto al Trabant. En la noche serena y fría que ha seguido al aguacero, ella escucha la respiración entrecortada del menor y la agitación del mayor.

—Es verdad, Karl, Albert tiene razón —dice Peter algo inclinado para poder atusarse el flequillo en el espejo retrovisor del coche.

Karl Amstelheim escupe al suelo, las luces de la calle inyectan el cordón de baba y espuma que sale por su boca.

—Seguidme, metámonos a investigar el jardín de la loca... Hace unos años tenía un columpio en el jardín trasero, veamos si aún lo tiene...

Ella se da cuenta de que desliza suavemente sobre el suelo del balcón la silla de metal en la que ha estado sentada. El sonido se amplifica en el silencio. Los gamberros se detienen en seco y levantan la cabeza hacia donde ella está asomada. Peter y Albert la miran, Karl sigue viendo al suelo.

—Vamos, Peter, dejemos esto para otro día, ya es muy tarde —dice Albert Groß apuntándole a ella con el revólver.

Ella se mete dentro de la habitación y cierra las puertas del balcón. El corazón le palpita aceleradamente y tiene ganas de vomitar. Los murciélagos aletean con torpeza antes de llegar a colgarse en sus sitios y Annette sigue cantando. No ha cesado de cantar ni un segundo desde que los tres amigos aparcaron el Trabant.

Ella va hasta el pasillo apoyándose en los bordes de los muebles y se detiene delante de la puerta de Annette. La niña se está moviendo, ella lo sabe porque la cama no deja de crujir. Ella no entiende por qué no se está quieta, por qué la martiriza con canciones al alba y con esa respiración dificultosa que tanto la agobia, como si estuviera amordazada.

Nadie enciende la radio, pero ella escucha la voz del locutor pidiéndole a los alemanes que no salgan de sus casas y que cierren las ventanas para que la aviación enemiga no aviste los centros urbanos.

Annette se afana por despegar la cinta aislante de las ventanas, ella oye cómo rasga el ambiente por encima de la voz del locutor.

—¡Annette!

La palma de la mano derecha se le enrojece de tanto golpear la puerta. Apoya la oreja en el instante en que los ruidos desaparecen. Ella se queda quieta, expectante, hasta que la niña vuelve con el canto lamentoso.

—¡Ya basta, Annette! No me di cuenta de que te llevaban a la calle, me distraje, lo sé, y sé que te había jurado protegerte. Lo siento, Annette, lo siento...

Las rodillas se le aflojan y con el lado izquierdo del cuerpo apoyado en la puerta

se desliza hasta llegar al suelo. Annette continúa cantando.

—No es justo que me lo reproches así, pequeña. Te prometo que no volverá a ocurrirte nada...

Ella no consigue detener las lágrimas ni el ascendente ardor en la boca del estómago. Se acurruca delante de la puerta de la habitación de la pequeña y apoya la calva en la madera del suelo.

Al cabo de un rato, ella abre los ojos empañados por una lámina de agua y ve los listones de madera del suelo que se angostan a la distancia, delante de la puerta del cuarto de baño.

Un portazo y el Trabant que se aleja.

En el aire sigue suspendido el sonido monótono de la canción que canta Annette.

Ella se seca las lágrimas y descubre con nitidez los encerados festones marrones, con claroscuros, zigzagueando como culebras diminutas entre las heridas y surcos del suelo...

ONCE

Ella sube las escaleras con cuidado, los pies levemente hacia adentro y los cordones desanudados. Lleva la bandeja con el desayuno para Annette. Como cada domingo por la mañana, ya la ha bañado y le ha cambiado la venda de los ojos.

Primero se oyen las campanas de la iglesia de San Nicolás y, segundos más tarde, casi al unísono, las de Santa María y las del monasterio de San Jacobo. Aunque hace mucho tiempo ya que el Partido declaró que el Estado socialista es ateo, las campanadas son útiles para conocer la hora. Ella no entra a una iglesia desde el funeral de su padre, de esto hace treinta años. No volvió a entrar ni para casarse, ni para bautizar a Annette, entonces ya había estallado la guerra.

Al llegar arriba, se detiene y descansa, coge aire y sigue hasta la habitación de la niña. En el marco de la puerta se queda pensando y, como si hubiera retrocedido a otra época, mira a Annette:

—¿Te acuerdas de tu padre?

Ella sonríe. Es lo único que la hace sonreír, porque se libera del presente yéndose a un tiempo más feliz. La niña no emite sonido, ni siquiera se mueve. En el silencio, ella oye el pecho de Annette arrastrándose en su desierto y recuerda la moledora de granos que tenía su madre para darle de comer a las gallinas.

—Yo no me acuerdo de tu padre. Dudo que lo haya conocido alguna vez.

Abre el cajón de la mesilla de noche y saca un portarretratos con la foto de un hombre serio, de nariz recta, ojos muy azules y cabello claro.

—No puedes verlo, pero en esta foto está muy guapo, de hecho es el único hombre guapo que ha salido de esta ciudad.

Ella pasa la mano por el vidrio que protege la foto y le limpia el polvo con la esquina del mandil. Rebusca en su cabeza algo, alguna señal, un recuerdo, un olor que la conduzca hacia ese hombre, que la lleve hasta Georg... Efectivamente, el hombre más guapo que ha parido Stralsund, Pomerania y Alemania entera...

—Quieren hacerme creer que sigue en Checoslovaquia —ella suelta una risita burlona—. ¿Qué hace allí? Por momentos creo que la guerra ha concluido, pero no entiendo por qué los aviones siguen sobrevolando nuestra casa. ¿Tú los oyes, Annette? Las bombas siguen cayendo y matando gente...

Ella vuelve a meter la mano en el cajón y extrae un sobre con el sello oficial estampado en una esquina del anverso. No lo abre, ya lo ha hecho muchas veces, la noticia que contiene sabe que no ha cambiado, nadie le va a devolver al que dicen que fue el hombre de su vida. A Georg se lo tragó la guerra. Ella se lo calla, no piensa contárselo a Annette, lo mejor es que siga ignorando dónde está su padre, la muerte no es una noticia agradable para una niña tan pequeña.

—La guerra ha matado a una de las niñas de aquí enfrente, no me acuerdo cómo se llamaba...

Ella ve el cuerpo embarrado de Bettina Müller en el descampado. Rememora episodios de cuando estuvo en el descampado y de la charla que mantuvo en la cocina con la hermana mayor de Bettina, Sibylle, pero no consigue unir los sucesos y se da por vencida después de propinarse un par de golpes en la frente.

—La encontraron en un campo baldío, ensangrentada y llena de barro... Lo mejor es que te quedes aquí dentro, Annette, protegida, nunca se sabe en qué momento empezarán a sonar las sirenas y los aviones soviéticos se nos vendrán encima, son como los murciélagos, incluso tienen el mismo color gris sucio. Dicen que es el color que predomina en Rusia...

Annette está sentada en la cama, no se mueve, ni canta. Ella llega a creer que no respira y acerca la oreja a la boca de la niña. Después de un rato vuelve a sonreír, cuando le vuelven a dar a la manivela de la moledora de granos para los pollos.

—¿Por qué tratas de asustarme, Annette? Cada vez que juegas a no respirar, pienso que te ha pasado algo. Toca aquí, mira...

Ella coge la mano de la niña y la acerca a la bandeja.

—Te he traído galletas Dr. Quendt.

La niña retira la mano de un tirón y la esconde en la espalda.

—Son las galletas que te gustan... Y prueba la leche que está muy buena, la compré ayer, me aseguraron que la habían traído por la mañana recién ordeñada, pruébala. Sí, me contaron que los campesinos se levantan al alba, cuando la niebla aún está suspendida sobre sus cabezas, para ir a ordeñar las vacas. Se ponen unas katiuskas negras hasta las rodillas para no llenarse los pantalones de bosta y barro. Leche para Annette, calentita y con espuma...

Annette voltea la cara hacia ella y le lanza un grito. Ella se pone nerviosa y devuelve el vaso de leche a la bandeja. La niña se lleva una mano al cuello, que está cada vez más grueso, y abre la boca. A ella siempre la paralizan, aterrorizada, los frecuentes síntomas de insuficiencia respiratoria de la pequeña. Ella observa a Annette con la angustia dibujada en el rostro.

—Cálmate, ya está, no es necesario que bebas la leche...

Annette babea y ella le limpia la boca y la barbilla con una servilleta. Poco a poco, la niña retorna a su mudez y a esa abstracción desesperante...

Se oyen los pájaros y, más allá, también cree oír voces. En contraste con la tapiada ventana de la habitación de Annette, la puerta del balcón de su habitación está abierta, hace una mañana de primavera y el sol se ha metido casi hasta el pasillo arrancándole brillo al suelo de madera.

Las voces se repiten y ella va a su dormitorio y sale al balcón.

Ulva Amstelheim castiga a su marido en el patio de la casa.

—Annette, no te acerques, no salgas de tu habitación. La señora Amstelheim está golpeando al señor Amstelheim con un palo. No, no, no te asustes, a nosotras no nos

va a hacer daño.

Annette mueve la cabeza de un lado a otro, como uno de esos perritos articulados, mientras ella la observa desde el extremo opuesto de la habitación.

—¿Me estás haciendo caso? ¿Entiendes lo que te digo?

La niña no deja de balancear la cabeza y de mover las piernas en una descoordinación absoluta de su cuerpo.

—Pobre hombre, creo que lo está pasando muy mal. La señora Amstelheim ha dejado de pegarle, pero le amenaza con el puño en alto y le grita. No alcanzo a entender todo lo que le dice porque habla muy deprisa...

Ella mira el coche que hay en la esquina a las órdenes del Partido. Ve que en la luneta tienen un par de revistas y que el humo de un cigarrillo sale por la ventanilla abierta. El sol le está dando en el techo y hace brillar el metal del parachoques trasero. Desciende un hombre y levanta la mirada hasta donde ella está. Ella respira hondo y desvía los ojos al patio de los Amstelheim.

Ella escucha que la señora Amstelheim acusa a su marido. Hablan de un enfermo y del hospital de Rostock.

La señora Amstelheim no cesa de acusarle y menciona que él nunca quiso llevar al enfermo a que lo vieran los médicos especialistas en Berlín... Se da cuenta de que no hablan de un hombre, sino de una enferma. Se le cruza por la cabeza que puede tratarse de la vecina de enfrente, la muerta, y se acuerda que en el descampado donde la hallaron, cerca de Knieperwall, vio a los Amstelheim. Y también recuerda que después se marcharon en un coche negro... Relaciona hechos y extrae conclusiones: Wilhelm Amstelheim se negó a llevar a Bettina Müller a que la viera un médico en Berlín.

El hombre de la esquina deja de observarla y se mete nuevamente en el coche. Ella oye el golpe de la puerta al cerrarse y ve las revistas en la luneta, pero ya no sale humo por la ventanilla.

Ulva le acaba de dar con el palo en la rodilla a su marido. Él trastabilla y casi se cae al suelo. Se aferra a la mesa.

—Sí, en el patio tienen una mesa...

La señora Amstelheim vuelve a la carga, con la barbilla en alto, la palma de la mano bien abierta y, pegando su rostro al de su marido, le grita y lo amenaza:

—¡Pagarás hasta el final lo que me hiciste!

Por lo que le hizo... Ella piensa qué es lo que pudo haber hecho ese hombre un poco raro y dominado por su mujer. Él no habla, ni siquiera se queja cuando la mano de la mujer se estampa contra su mejilla, volviéndole la cara. La bofetada resuena casi cercana en la mañana límpida. Él ni siquiera se lleva una mano a la carne agraviada, tan sólo acepta la afrenta con resignación e inclina la cabeza.

Ella pill a Annette palpándose la venda con las yemas de los dedos.

—No, Annette, no te la toques, que acabas de estrenarla.

La niña no le hace caso y sigue adelante. Ella nunca sabe si la escucha o no

cuando le habla. La mayoría de las veces tiene la sensación de que habla sola y se oye a sí misma contándole sus sueños, sus pesadillas, lo que ha visto cuando ha ido al Mercado Antiguo o cuando visita a las clientas por la ciudad, pero la niña no reacciona de ninguna manera. ¿Y si lo que hace la niña es burlarse de ella? Porque ella ha notado las mofas de la gente cuando va por la calle; en el mercado le hablan de una manera que ella no entiende, no comprende el sentido de muchas de las palabras que utilizan los demás, no entiende por qué se ríen en cuanto ella se da la vuelta. Sabe que es así porque los ha visto intercambiándose miradas entre sí y también ha sufrido las risas socarronas. ¿Y si la niña hace lo mismo? ¿Acaso todos se ríen de ella?

—No, ¿verdad, Annette? Tú no te reirías de mí, Annette, ¿verdad que no?

La niña deja de tocarse la venda y empieza a cantar y sigue balanceando las piernas hacia adelante y hacia atrás...

Ella se tapa las orejas y se acoda en la barandilla del balcón.

Ulva está otra vez pegándole a su marido. Él está inclinado y con la camisa levantada hasta el cuello mientras que la mujer le azota en la espalda desnuda.

—Eso tiene que doler mucho.

¡Y el hijo mira la escena!

—Sí, Annette, el hijo está mirando lo que su madre le hace a su padre...

Ella se pregunta por qué la señora Amstelheim se ensaña de tal modo con su marido. ¿Y cómo es posible que Peter Amstelheim no defienda a su padre? Ella se pregunta qué es lo que ocurre en esa casa a la que jamás ha conseguido entrar.

Desde que los Amstelheim llegaron a Stralsund, que ella recuerde, casi nadie ha podido pisar el interior de la casa. Aunque los vecinos saben que los funcionarios de la Stasi sí han accedido mientras los Amstelheim han estado fuera. Desde que Ulva se enteró de que habían entrado a su casa para poner micrófonos, antes de salir de la casa extiende un hilo fino delante de cada ventana y de cada puerta por el lado de adentro. Alguna que otra vez, al regresar, los ha encontrado en el suelo y ha decidido que entren sin más.

—Annette, yo juraría que el doctor está llorando, porque se ha arrodillado y levanta la cabeza para mirarla, para implorarle...

Su mujer le da otra bofetada...

Ella se lleva la mano a la cara, se gira para mirar a Annette y se va corriendo del balcón. Entra en la habitación de la niña y la abraza.

La protege a la vez que se guarece de los horrores externos apoyando la cabeza en la tripa caliente de la pequeña. Después de un rato, le observa las manos, los dedos cortos y blancos y con nudillos deformes.

Annette está muy delgada, ella le ve consumirse. Annette suda y ella le pasa la mano por el pecho y la frente para secarle la humedad.

La niña canta más y más alto, los chillidos son agudos y penetrantes. Ella nota que Annette se pone muy nerviosa y se entristece porque le molesta que la abraze.

—Sólo intento protegerte, Annette, no sabes lo fuerte que le ha dado la bofetada en toda la cara...

La niña vuelve a pegar un alarido y le golpea la calva con el puño cerrado. Ella se aparta sorprendida y asustada. No le duele el golpe porque Annette no tiene fuerza suficiente como para hacerle daño, pero se le acaba de encoger aún más el corazón. Siente rencor, un sentimiento primario que no había tenido por la niña hasta ahora y siente un pellizco de rechazo, algo que tampoco había experimentado y que al mismo tiempo la hace padecer culpabilidad.

Ella se va de la habitación de Annette y regresa al balcón de su dormitorio. Aunque quiere hacerlo, no mira hacia atrás.

Uno de los hombres de la Stasi, ahora es el copiloto, se ha bajado del coche y le mira las ruedas. La señora Amstelheim ya no está en el patio de su casa. Wilhelm Amstelheim sigue en el suelo, con la cabeza apoyada en la pata de la mesa. El hijo lo mira de lejos, se ríe, bebe cerveza y juega con una vara de madera. El único que pareciera que se compadece un poco del médico es el perro, el pastor alemán, que se ha sentado a su lado y lo observa meneando el rabo. Ella alarga el cuello intentando no perderse detalle, intentando ver las expresiones del hombre.

En la casa de los Müller se abre la puerta. Sale Sibylle y va hacia la esquina. Al pasar junto al coche de la Stasi se detiene un momento y saluda al agente que está fuera y al que se ha quedado al volante.

Ella no sabe qué hace ese coche allí desde hace tantos días, suficiente tiene ya con el Trabant de los Groß.

Sibylle levanta la mano y se pierde al girar en la esquina.

Se queda solo. Wilhelm Amstelheim se queda solo cuando Peter se mete en la casa y el perro le sigue. Él continúa allí, sentado en el suelo, sin moverse y con la mirada perdida en los pensamientos.

Pasan los minutos y nada se mueve. Amstelheim está muerto. Ulva lo ha matado.

—¡Yo lo sabía, es una mujer muy mala, Annette! ¡Cuánto siento haberte descuidado el otro día! Me merezco que me hayas dado el golpe en la cabeza, ahora entiendo que estés enfadada conmigo... Cada vez que pienso en lo que ocurrió, el pecho me duele con gran intensidad y esta vez te aseguro que el murciélago no es el responsable. Creo que el murciélago también se ha muerto, como el médico, porque llevo un tiempo que no lo siento moverse...

La niña se echa de espaldas en la cama, con las piernas colgando y los brazos abiertos, bien extendidos a los lados, como una crucificada.

—¿Estás bien, Annette?

Ella vuelve a acercarse a la niña, pero con mucho cuidado y un poco de temor. Le toca un hombro con suavidad y entonces Annette mueve la boca y se humedece los labios. Ella se tranquiliza.

—Por un instante he llegado a pensar que a ti también te había ocurrido lo peor. ¿Pero estás bien, verdad?

Ella sufre, todo el tiempo sufre por lo que le pueda suceder a Annette, teme despistarse, dejar de estar atenta. No encuentra la manera de impedir que la Maldad vuelva a actuar.

Ella sufre. Ella se castiga...

DOCE

Ella llega puntual, pero cuando se detiene delante del portal de los Groß está sudando.

La señora Groß le abre, la saluda con una sonrisa y la hace pasar con esa amabilidad un tanto fingida. Ella se relaja un poco, sólo un poco.

—¡Qué flores más bonitas! —dice ella acercándose al jarrón desbordado de azucenas blancas.

—¿Verdad que son hermosas, Eleonora? ¡Tienen un aroma embriagador! Me las ha regalado Heinrich, se sentía culpable por haberse ido a Berlín y pasarse dos días sin llamarme.

Ella deja la funda con el vestido encima del sillón, como hace casi siempre.

—Será mejor que vengas conmigo, Eleonora, así de paso me ayudas a ponérmelo. ¿No le habrás cambiado nada, verdad? Porque estaba perfecto cuando me lo probaste la última vez.

Ella se paraliza antes de coger la percha de la funda con el vestido amarillo con flores de colores.

—Eleonora, vamos que mi marido se pondrá impaciente y después no hay quien lo aguante.

La señora Groß ríe con fuerza y todo su grueso cuerpo se bambolea.

Ella reacciona y la sigue con el vestido en la mano. Piensa pero no recuerda cuál es el vestido, es como si la mente se le hubiera impregnado del blanco de las azucenas.

Las ventanas están abiertas y el aire suave de la mañana y la luz de agosto clarean sobre los muebles y las alfombras. ¿Los Groß no tienen murciélagos? Ella se lo pregunta a la señora Groß.

—No. ¿Por qué íbamos a tenerlos?

—En mi casa sí los hay.

—Aquí no. Hace muchos años tuvimos una madriguera, pero les asfixiamos colocando una manguera desde el caño de escape del coche hasta la entrada de la cueva y no han vuelto a aparecer. Estaban en los aleros que rodean la casa y por las noches no nos dejaban dormir, se pasaban todo el tiempo copulando y aquello olía fatal...

—Los míos no copulan, sólo salen por las noches a matar...

Maria Groß vuelve a reírse con ganas, con muchas ganas, sobre algo a lo que ella no le encuentra la gracia.

—¡Querido! ¡Estamos aquí!

Heinrich Groß se asoma por la puerta, se quita el sombrero e inclina levemente la

cabeza. Ella lo mira con los ojos muy abiertos. No sabe por qué pero tiene una necesidad imperiosa de sentarse y lo hace sin esperar a que la inviten. No responde al saludo del hombre, aunque le mira fijamente el bigote a lo Hitler y las gafas a lo Trotsky.

—¿Te vas?

—Sí, tengo que salir...

—¿Cómo que te vas, Heinrich? En dos horas tenemos que estar en la Casa del Pueblo.

—Pasaré a recogerte en una hora y media, pero ahora tengo cosas que hacer.

—¿Qué tienes que hacer?

Heinrich Groß desaparece y la señora Groß le persigue por el pasillo.

—Heinrich, Heinrich...

Ella permanece sentada, con la mirada en el mantelillo de punto de cruz que hay sobre la mesa redonda. Se detiene en una fotografía, es obvio que se trata de los Groß, Heinrich y Maria, pero es una foto de hace muchos años, quizás de cuando se casaron. Él no lleva las gafas trotskistas ni el bigote hitleriano y la señora Groß es delgada y le cae una larga cabellera rubia por la espalda...

—Éramos demasiado jóvenes en esa foto. La tengo ahí para verla cuando hago mis labores, me transporta a un tiempo que realmente fue mejor. Aunque con los años me fui enterando de que no era así, me gusta creerlo.

La señora Groß se sienta junto a ella, con las manos recogidas en el regazo y las rodillas pegadas una con otra. De los ojos desprende un brillo de tristeza que ella percibe inmediatamente porque se parece al suyo.

Ella vuelve a mirar la foto. La coge y se la acerca a la cara, como si fuera miope. El murciélago se desplaza.

—¿Estás bien, Eleonora? —pregunta al cabo de varios segundos de silencio.

Esta mujer no hace más que preguntar y preguntar. ¿Qué quiere que le cuente? ¿Que lleva un murciélago metido en el cuerpo? ¿Debería enseñarle la herida que tiene en la palma de la mano?

—La foto tiene quince años, es de 1945, nos la hicimos en cuanto acabó la guerra. Recuerdo que el fotógrafo estaba aterrorizado. Cada tanto oíamos los golpes de mortero a lo lejos o los aviones que sobrevolaban Stralsund. Heinrich se reía y lo amenazaba con contarle al mariscal Zhukov las relaciones que había mantenido con los oficiales nazis y yo le decía que lo dejara en paz. Ellos se conocían desde que habían sido pequeños. Pobre hombre, ahora que lo pienso me da mucha pena... Se suicidó el mismo día en que Alemania firmó la capitulación. ¿No te parece increíble? Heinrich no quiso que volviera a pronunciar su nombre nunca más...

—¿La foto es de 1945?

—Sí, de comienzos de mayo.

—¿Estaban casados? Quiero decir, ¿usted y el señor Groß estaban casados cuando se hicieron esta foto?

—¡Por supuesto!

Maria Groß se ríe poderosamente y a ella la incomoda, le dan ganas de gritarle que pare, que no se ría de ese modo, que no hay nada de qué reírse.

—¡Y Albert ya tenía tres años! Como te comenté, nos la hicimos para celebrar el final de la guerra. Heinrich ya se había entrevistado en secreto con algunos de los dirigentes comunistas que regresaban de Suecia...

Ella vuelve a notar que el murciélago se desliza otro poco hacia el corazón. Que intenta aletear inútilmente. Ella deja el portarretratos con la fotografía encima de la mesa, teme que se le caiga en cuanto las manos empiezan a temblarle. Vuelve a observar la cara afilada de Heinrich y sus labios finos.

—¿Te traigo una taza de café?

—¿Adónde ha ido su marido ahora?

No es una pregunta que deba hacerse. Se arrepiente y no sabe cómo volver atrás. Ensimismada en lo que ha dicho ni siquiera oye las primeras palabras de la respuesta de Maria Groß.

—... muchos problemas, comentan por ahí que, por ser miembro del Partido, él debería hacer más de lo que hace, pero ya ves, no le dejan ni un sólo minuto libre. ¿Tú qué opinas?

—Yo...

—Los Müller no quieren entender que su hija está muerta y punto. ¡Qué más da que la hayan matado! Pero ahí están una y otra vez con lo mismo. Entre tú y yo, y no lo comentas con nadie, la Stasi los vigila muy de cerca. Heinrich ya está bastante harto de ellos porque resulta que se han cebado con él y eso no puede ser. No sé qué es lo que buscan, lo mejor es dejar siempre las cosas como están. ¿Para qué remover en los problemas? ¿No te parece, Eleonora?

La señora Groß se levanta sin esperar la respuesta, casi nunca la espera, se conforma con sus palabras. Ella lo agradece ya que no sabe cuál es su parecer al respecto.

—Y como no era suficiente con los Müller, ahora se han sumado los Berg.

—¿Los Berg?

—Sí, los padres de ese chico que era bastante raro...

—¿Rarito?

—Sí, Eleonora, ese chico que siempre han dicho que era un invertido. Tú me entiendes. —La señora Groß enarca las cejas y mira a un lado—. Un tambero encontró el cuerpo desnudo del joven Berg en una barraca abandonada junto a la estación de Grünhufe.

Los ojos de ella permanecen petrificados mirando al frente. ¿La señora Groß creerá que intenta recordar el rostro del muerto de quien le habla? A ella eso le da igual, no conoce de nada a Thomas Berg, jamás le ha visto y, ni siquiera, consigue ubicar dónde se halla Grünhufe.

—¿Empezamos? Que si seguimos charlando no estaré vestida para cuando

regrese Heinrich a recogerme.

—Sí, claro, empecemos.

TRECE

El Cuartel General del Führer da cuenta de que el Führer, Adolf Hitler, ha caído al servicio de Alemania en su puesto de mando de la Cancillería del Reich.

El 1 de mayo de 1945, alrededor de las diez y media de la noche, los alemanes nos consternamos al conocer la noticia de la muerte de Hitler. Es una cuestión de costumbre, hay que empezar a acostumbrarse a vivir sin su imagen, sin sus palabras.

Los camiones militares de la Wehrmacht patrullan las calles de la ciudad. Los veo pasar por mi calle cada vez que me asomo a través de las rendijas de las persianas cerradas. Llevamos más de cuatro días con las persianas cerradas. Van a requisar casa por casa, lo presiento, todos en el barrio suponemos lo mismo. Aunque estamos tan confusos que nadie sabe si primero lo harán los alemanes seguidos de los soviéticos o sólo los que triunfen.

El día anterior, el último día de abril, por la mañana, decido ir hasta el Mercado Antiguo, junto a la iglesia de San Nicolás, para conseguir provisiones de alimentos, temo que vengan tiempos aún más duros. Dejo a Annette en casa, le explico adónde voy y le pido encarecidamente que no le abra la puerta a nadie, que no tardaré mucho en volver.

Tres horas más tarde, y varios controles militares de por medio, consigo llegar a casa y la niña me ayuda a acarrear hasta el sótano las bolsas de harina, garbanzos, arroz y azúcar y los paquetes de mantequilla y huevos.

Después de escuchar el comunicado oficial de la muerte del Führer, nos volvemos a esconder en el sótano, como venimos haciendo desde que nos aconsejaron protegernos de posibles ataques y mantener la casa a oscuras. Pero en realidad es el miedo el que nos empuja a tomar la decisión. Miedo a los propios y a los ajenos. Annette baja las escaleras con un gatito de trapo bajo el brazo, el movimiento de la cabeza pone en marcha un mecanismo por el cual da maullidos suaves y persistentes, y yo bajo con el aparato de radio colgando del cuello por una cuerda.

Ambas nos acomodamos debajo del ventanuco que en verano queda oculto por las matas de hortensias. La niña se sienta en el sillón viejo con el gato en el regazo, acariciándole la cabeza como si fuera un animal de verdad. Annette me pide que le lea un cuento de un libro que no tenemos en el sótano y hago como que no la escucho. Quiero encontrar alguna señal radiofónica, quiero saber qué es lo que está pasando y elevo el aparato a la altura del ventanuco. Logro sintonizar la BBC de Londres.

Los tanques británicos están a treinta y cuatro kilómetros al sur de Lübeck y amenazan aislar Jutlandia, Schleswig-Holstein y Hamburgo. Según comunican oficialmente de Moscú, las fuerzas soviéticas han ocupado ochocientas manzanas en el centro de la ciudad de Berlín y, por el norte de Alemania, han avanzado sobre localidades de Pomerania y Mecklemburgo, entre otras el puerto de Stralsund, frente a la isla de Rügen. Ayer por la tarde fue enterrado el cadáver de Mussolini en el cementerio Maggiore de Milán...

Annette se aferra a mi pierna apretándola con fuerza. Annette apenas tiene cinco años y, si bien no entiende qué es lo que dice el locutor, siente los pequeños espasmos de su madre... mis espasmos de terror...

La luz me da en toda la cara a través del vidrio del ventanuco, es un inmenso refucilo detrás de los árboles. Supongo que nace en Nordhafen. El sótano se ilumina intermitentemente con los destellos del fuego enemigo que llegan por mar y por tierra. En el Mercado Antiguo, el día anterior, oigo las conversaciones mientras espero en la cola a que me atiendan. Alguien comenta que los rusos se están instalando en Prora, que no tardarán nada en cruzar el puente de Rügen, y que una columna de tanques y camiones se acerca por el sur a través de la carretera de Greifswald. Estamos acorralados, de espaldas al mar.

Otra explosión, esta vez más cercana. El sótano vuelve a iluminarse y el cristal del ventanuco se mueve.

—Ya están aquí... —me oigo decir en voz baja—. Annette, movamos el sillón a la derecha.

—¿Por qué?

—Debajo de la ventana es peligroso.

Cojo el sillón de un extremo y la niña empuja del otro. El gato se balancea torpemente encima de un cojín y se reactiva el maullido automático.

—Aquí está mejor —le digo besándole la frente.

Me paseo por la habitación intentando recuperar la señal de la BBC. Siento los pies cada vez más agarrotados por el frío húmedo del cubículo. Vuelvo a acercarme al ventanuco y a levantar el aparato hasta el estrecho alféizar. Muevo la antena hacia todos los lados con la esperanza de que surjan las voces que busco con tanta impaciencia y ansiedad.

—Me has dicho que era peligroso estar debajo de la ventana.

—Sí, corazón, pero para ti que eres pequeña.

Capto la radio de Hamburgo en el instante en que emite la alocución del almirante Dönitz:

«Lucharemos para no ser aniquilados. Perfectamente consciente de esta responsabilidad, me hago cargo de la Jefatura del pueblo alemán en estos

graves momentos que nos ha fijado el destino. Mi primera misión es salvar al pueblo alemán de ser aniquilado, adelantándonos al enemigo comunista. Nuestra lucha militar continúa con este objetivo...»

Se me acalambra el brazo sosteniendo la radio en alto, pesa demasiado, pero, al bajarla, la onda se pierde. Annette me mira con los ojos bien abiertos, los labios sellados y tapándole con una mano los ojos y las orejas al animal. Sé que la niña está asustada, porque yo también estoy asustada.

—Tengo frío —dice Annette levantando al gatito de trapo y llevandoselo al cuello a modo de estola.

El frío traspasa el cristal del ventanuco, no hay demasiada diferencia entre estar dentro o en el patio. Me quito la rebeca y se la doy a Annette para que se tape. Los hombros se me cubren de frío, los froto, froto los brazos para calentarme, pero es inútil.

De vez en cuando, los cimientos de la casa sucumben a los estallidos de las bombas. Durante toda la tarde, se han oído las sirenas de los barcos de guerra fondeando en el puerto. Le acaricio la mejilla a Annette, pero la niña retira la cara, le molesta que la toque con los dedos helados.

Levanto la radio otra vez a la altura del ventanuco, justo en el instante en que el vidrio se suelta y cae al suelo sin romperse. Miro a Annette que lo observa mientras que el aire me da en la cara, robándole los pocos grados de tibieza que le quedan a mi cuerpo. Así y todo, vuelvo a levantar la radio y a apoyarla en el alféizar.

En los tiempos venideros de angustias para nuestro pueblo, haré todo lo que esté a mi alcance para crear unas condiciones de vida soportables para nuestras valientes mujeres, hombres y niños...

—Tengo miedo... —me dice Annette.

—No te va a pasar nada —le respondo insegura.

Annette mira hacia arriba, a las esquinas de la habitación.

—¿Qué buscas, hija?

No me responde y sigue moviendo los ojos con mucho cuidado.

—No le temas a las bombas, Annette, caen muy lejos de aquí, cerca del mar. ¿Te acuerdas donde está el mar?

Asiente con la cabeza y me mira.

—¿Y si me muerden?

Dejo la radio en el suelo y me siento a su lado.

—¿Quién te va a morder, hija?

—Los pájaros negros... —y señala con la mano hacia una esquina del techo.

—No hay pájaros negros aquí.

—Sí, los pájaros negros que hay por la noche...

—¿Los murciélagos? No, Annette, no muerden y ya no hay más murciélagos, ¿no te acuerdas que se fueron?

Permanece pensativa y fija la mirada en las luces y las sombras que se proyectan en las baldas atiborradas de cosas que cubren la pared opuesta al ventanuco.

Al llegar la medianoche, Annette no aguanta más el frío. Tiembla y se queja. Los ruidos atronadores no amainan y la luz se sigue colando por el agujero sin cristal.

La alzo en brazos y la niña a su vez coge al gatito de trapo imitándome. La cubro con la rebeca y Annette hace lo propio con una esquina de la prenda. Subimos las escaleras. Hay sólo un instante en que el sonido de mis pies pisando los escalones se deja oír, es cuando por algún raro milagro se acalla el más estridente y metálico de las ametralladoras.

Ya no tengo ninguna duda, el Ejército Rojo ha cruzado el puente de Rügen. Me alegro, no de que, a partir de este momento, pasemos a depender de los comunistas, me alegro porque si los tenemos en casa eso quiere decir que la guerra ha terminado. Ahora, sólo resta esperar unos pocos días a que acaben con las ejecuciones y a salvar el pellejo...

Otra andanada de disparos vuelve a acallar mis pasos. Al salir del sótano, torcemos a la izquierda y seguimos por la escalera hacia el dormitorio de Annette. Una vez arriba, la acuesto. Le canto una nana, una de esas muy antiguas que me cantaban cuando yo era pequeña, mientras la abrazo, hasta que la niña y el animalito se quedan dormidos.

Cierro sigilosamente la puerta y me acuesto en mi cama. Es un segundo nada más, pero un escalofrío desagradable me recorre la espina dorsal. Eludo los pensamientos como puedo.

No va a suceder nada malo. No.

El ruido ensordecedor de una bomba y la subsiguiente luz blanca caen a plomo con toda su furia en algún punto de la ciudad. Es algo espectacular y aterrador y es inevitable pensar si el próximo estallido será sobre mi casa. Bajo los párpados, los ojos me duelen, y me meto los dedos índices en las cavidades de las orejas. Me imagino que la iglesia de San Nicolás y el edificio del Ayuntamiento están desplomados en el suelo, convertidos en escombros.

Entre las reminiscencias de la luz, suena el claxon de un coche que se detiene en mi calle, delante de mi casa, y del que bajan unos hombres, no sé cuántos. Son más de dos, porque oigo los portazos y varias voces. Se ríen, cantan, han estado bebiendo para celebrar. Hablan alto, por momentos a gritos, se corean y se alientan las gracias. Retoman las risas eufóricas y brindan. Me preocupa que Annette pueda despertarse y el miedo hace que me quede en la cama en lugar de levantarme e ir a verla.

En realidad, lo que tengo es pánico.

Y, de repente, doy un salto debajo de las mantas. La primera pedrea impacta con fuerza contra las tres persianas cerradas del salón. Le siguen las carcajadas y los cánticos de borrachos.

Una segunda pedrea. Han debido de forzar el seguro de las persianas de madera, porque las piedras chocan directamente contra los cristales. La arremetida retumba en toda la casa, como lo hacen las bombas. Y, de fondo, suena la música de las municiones que envuelven la ciudad por el norte, por el sur y por el este.

Una tercera y una cuarta descargas de piedras y las ventanas crujen... Me incorporo en la cama y me siento en el borde. Las dobles láminas de vidrio de las ventanas ceden al ser astilladas por tres disparos de revólver. Oigo los puntapiés y las esquirlas de vidrio que gotean en el suelo, del lado de adentro del salón. Y, entonces, las risas y los vítores entran en la casa. Los gritos usurpan todos los rincones y el miedo me inmoviliza totalmente. Sé que van a subir a los dormitorios, pero no reacciono. Sudo, de un instante a esta parte me he empapado en sudor, y el cuerpo se me hiela...

Entre las voces y risotadas de los hombres, como un murmullo apenas perceptible, se cuele hasta mis oídos el llanto de Annette. Y me levanto, su miedo supera mi pánico...

Me asomo al pasillo, aun sabiendo que suben por la escalera, ya que oigo sus pasos. Mi hija está llorando y no voy a permitir que le hagan daño. Me enfrento al rostro triangular de un hombre joven de ojos pequeños, negros y que brillan por el alcohol. También veo la pistola Walther PPK que empuña con firmeza. Detrás vienen más hombres, veo sus manos con linternas aferrándose al listón de la escalera. Me cubro la boca para no gritar. No quiero que Annette se asuste. Y me alegro de que los susurros de su llanto no sean lo suficientemente fuertes como para que la oigan y se metan en su habitación. No sé qué es lo que buscan.

—Tengo algo de dinero en el armario, os lo podéis llevar.

El hombre de rostro triangular mira el revólver que lleva a la altura del vientre como invitándome a que yo también lo vea. Bajo la mirada una décima de segundo y vuelvo a levantarla hasta sus ojos penetrantes. La imagen del arma anula el resto de su cuerpo, no sé si es alto o bajo, gordo o flaco...

De frente, como un latigazo, veo volar el dorso de una mano grande, enorme, que se acerca a mi cara como salida de la nada y que va a dar entre mi nariz y mi boca. Lanzo un grito (y me arrepiento) al mismo tiempo que pierdo pie. La fuerza del envión que nace de la tremenda bofetada me tumba contra la pared del pasillo y creo que algo se me mueve dentro. Me tambaleo y siento la fuerza de unos brazos que me amarran por la cintura y me sujetan, me inmovilizan, mientras pido clemencia, pero ninguno me habla, sólo se ríen.

Un vaho asqueroso, mezcla de alcohol y tabaco, se interpone en mi respiración y un fuerte dolor se apodera de mi cabeza. Me toco la cara en cuanto que noto que la sangre se desliza con rapidez hasta el cuello.

Y las risotadas... El pasillo se inunda de risas desagradables, de gritos, de aplausos y vuelven a reír a la vez que beben...

Paladeo el sabor metálico de mi propia sangre que discurre garganta adentro. Me

tiran al suelo de un golpe en la comba de las rodillas. Abro los ojos y veo piernas, varias piernas que me rodean haciendo un círculo. Imploro que no me hagan daño. El hombre de la cara triangular le pasa el revólver a otro y me coge de la cara y aprieta con fuerza. Después me coge los pechos por encima de la ropa y los estruja provocándome un dolor muy agudo. Entre varios, o entre todos, me levantan el camisón, me quitan la braga y me arrancan el sujetador. Todo es muy rápido y lo agradezco, quiero que aquello acabe pronto y que a Annette la dejen en paz. Me refugio en mis pensamientos, en los ojos de Georg, me empeño en que sus brazos me rodeen y huelo su aroma a colonia después de afeitarse, ese olor que tanto me atrajo cuando lo conocí. Lanzo patadas al aire y bufo como un animal amarrado. Me obligan a abrir las piernas y miro a mi violador a los ojos que, ahora, también brillan por la lujuria. Rebufo y aprieto los dientes. Me da otra bofetada, aunque no siento el mismo dolor que cuando la primera. Me cubren los ojos con mi braga y decido que lo mejor es que me vaya de allí, que los deje a solas con mi cuerpo. Y, entonces, me veo bailando con Georg en nuestra boda, ambos con una copa de vino en la mano alzándola y bebiendo. Nos reímos cuando de su copa salta un poco de vino y cae en el vestido blanco, a la altura de mi sexo, dejando una enorme lágrima color burdeos... *Allí volveremos a encontrarnos, bajo la farola estaremos. Como antes, Lili Marleen...*

A pesar de mi evasión, oigo sonidos guturales que salen de sus gargantas roncadas, jaleando al que ya está dentro de mí... Y mi espalda arrastrándose por la madera del suelo del pasillo con cada embestida brutal. El grito horrible de un hombre que se corre dentro de mí. Me duelen las nalgas y un tremendo ardor me recorre los miembros desde la vagina hacia las rodillas.

Me vuelvo a ir con Georg. *Nuestras dos sombras parecían una sola. Nos queríamos tanto que daba esa impresión...*

Después jalean a otro...

Y toda la gente lo verá, cuando estemos bajo la farola. Como antes, Lili Marleen...

Y a otro... Y a un cuarto.

La guerra. Pienso en la larga guerra y trato de concentrarme en los disparos de ametralladoras que vienen de fuera, en la luz que de tanto en tanto se levanta como de la nada después de una explosión... Hasta que, por fin, me dejan tirada en el suelo y en voz baja, inaudible supongo, se lo agradezco.

Me aseguro de que la puerta de la habitación de Annette sigue cerrada. Debo de haberme desmayado, porque no me doy cuenta en qué momento descienden la escalera. Los borrachos están abajo, los oigo en la cocina.

Primero me pongo a cuatro patas y recojo la ropa que me han quitado, después me incorporo. En la planta de los pies siento la textura cálida y espesa de mi propia

sangre y un dolor vaginal que desde el centro de mi cuerpo se irradia, lacerándome hasta la cabeza y hasta los pies. No llego a mi cama y me quedo tendida en el suelo de mi dormitorio y apoyo la cara.

El vocerío de los hombres se acalla después de un estruendo tan fuerte que me da la impresión de que la bomba ha caído en mi jardín, pero no me importa, no tengo fuerzas. Tampoco puedo dormirme por el dolor intenso y sólo ansío que se vayan de una vez, que me dejen sola con mi hija.

No sé si dormito un rato o si acaso me vuelvo a desmayar. Las pestañas de un ojo barren el suelo. Escucho otra vez las risas y las pisadas fuertes que vuelven a acercarse escalones arriba. El temblor de mis piernas es insufrible, me las pellizco. Es tanto el terror que tengo...

—Mamá...

Como un rayo, la voz de Annette cruza el pasillo y llega a mis oídos.

—Mamá...

Los borrachos callan y se detienen. La han oído, saben que Annette está en la habitación de enfrente.

—Mamá, tengo miedo...

Oigo que uno de ellos repite las palabras de mi hija y me invade la furia. Vuelvo a escuchar risas.

—Mamá, tengo miedo...

Repito otro y los pasos hacia la planta alta se reinician. Salto de la cama y, no recuerdo en qué condiciones, pero salgo al pasillo y me meto en la habitación de Annette como una exhalación. Antes de cerrar la puerta con llave, los veo que suben. Annette está sentada en medio de la cama mirando al frente, se le caen las lágrimas a borbotones. La abrazo con fuerza y tiembla como un pajarillo. Me doy cuenta de que está mojada y que de una de sus manos cuelga el cuerpo de trapo de su gatito y de la otra la cabeza. Annette ha oído todo lo sucedido en el pasillo a pesar de que creo haber hecho lo imposible por no gritar, por no quejarme para evitar que me escuchara y se asustase.

Intentan abrir la puerta, le dan golpes al picaporte y palmadas a la madera. Annette reacciona y se pone a gritar, intento calmarla, le hablo al oído, le canto:

—*Cuando la niebla nocturna se arremoline / yo estaré en la farola / Como antes, Lili Marleen...*

Annette grita y la aprieto contra mi pecho, sé que le estoy haciendo daño, pero la sigo apretando, quiero que se dé cuenta de que está conmigo, de que mis brazos la protegen, de que no dejaré que le hagan daño, aunque no sé si podré hacerlo...

Patean la puerta y los gritos de Annette se transforman en histeria incontrolable. El ruido atronador de los aviones de guerra azota por lo alto y es como si se fueran a caer encima de la casa y pienso que sería lo mejor, la mejor manera de que ambas nos muriéramos a la vez y acabar... Sólo así Annette dejaría de sufrir.

Derriban la puerta después de un golpe seco y certero. Allí están otra vez, de pie

en el hueco de la puerta, sonrientes. El que va primero se toca los testículos. El que le sigue tira una botella de vino contra la pared y el rojo de la mancha se extiende hacia abajo. Annette lanza alaridos de pavor y no la puedo controlar, mis palabras de calma al oído ya no hacen ningún efecto.

Ellos dan un paso al frente y entran en la habitación y me vuelven a coger de los brazos y las piernas. No soporto que me toquen, que me acaricien como si yo fuera un animal, que me echen el aliento caliente y fétido a la cara. Intento zafarme, pero es imposible. Primero recibo un puñetazo en el estómago que me mareo y me produce arcadas. Ni siquiera alcanzo a coger un poco de aire cuando me propinan otro puñetazo, esta vez en la barbilla, que me tira la cabeza para atrás obligándome a cerrar los ojos durante varios segundos. Cuando los vuelvo a abrir me desespero porque no veo. Pero ya todo me da lo mismo, todo es inútil, me cabalgan de nuevo.

Creo que grito el nombre de mi hija, pero no sé si las palabras me salen por la boca o son producto de mi imaginación. Dejo de sentir el dolor en mis genitales y no me importa lo que me puedan estar haciendo, porque mientras se entretengan conmigo no le harán nada a Annette. Sólo deseo que Annette no esté mirando...

—¡Por favor, Annette, no mires! ¡Tápate los ojos!

De repente, la visión se me aclara un poco y busco dónde está la niña hasta que le veo en un rincón, mirando despavorida a uno de ellos, que está de pie a su lado, con los pantalones bajados y con una colilla entre los labios. Se lleva la mano a la boca, se quita la colilla y la apaga en el bracito de la niña. Annette abre la boca horrorizada y pasa bastante tiempo hasta que consigue exhalar el chillido que me devuelve, redobladas, las fuerzas que hasta entonces creo esfumadas. Introduzco mis manos entre el pecho del borracho que tengo encima y mi pecho y hago palanca hasta que logro empujarlo y echarlo a un lado, como si fuera una bolsa de patatas...

Doy un salto, mirando de vez en vez la llaga roja en el brazo de mi pequeña y su boca abierta en un grito ensordecedor. No dejo de pensar que lo que viene después es la violación, que harán de Annette, de mi Annette, del bebé de Georg y mío, un juguete.

No sé cuánto tiempo transcurre, el suficiente.

Los borrachos se me quedan mirando, con las bocas abiertas y sin dar crédito de la escena que tienen delante... Ni se imaginan que desde el instante en que veo que le queman el brazo a Annette empiezo a dejar de ser yo y, a partir de entonces, comienzan a verla a ella... Yo pierdo el control de mí misma para siempre... Ya no sé qué es lo que hago, mientras que ella sigue apretando la carótida de Annette, incluso cuando la cabecita de la niña lleva un rato inmóvil, inclinada hacia un lado.

—No te harán daño, Annette, no dejaré que te hagan daño...

Todos los borrachos, menos el joven de ojos pequeños y negros, salen de la habitación algo espantados y en silencio.

Ella deja de apretarle la garganta a la niña, la levanta en brazos y se sienta en un rincón. Ella la mira a los ojos que ya no parpadean y le observa el leve rictus de terror

en la expresión...

—Nadie va a tocarte, nadie... Nadie va a hacerte daño, Annette...

Ella coloca a la niña en el regazo y empieza a balancearse hacia adelante y hacia atrás, con los ojos inyectados en sangre, mirando fijamente hacia la entrada de la habitación, sin siquiera parpadear y le canta una nana: *Buenas tardes, / buena noche, / cubierta de rosas, / rodeada de claveles, / deslízate bajo la colcha: / ¡Mañana temprano, si Dios quiere, de nuevo despertarás, / mañana temprano, si Dios quiere, de nuevo despertarás!...*

No sé cómo ocurre, pero me veo a mí misma desde lo alto (aunque desconozco dónde estoy) abrazando a mi niña, como una *Pietà* con ojos de loca... Me quedo completamente vacía, como si una parte de mí se hubiera evaporado, como si me hubiera dividido en dos. Somos matrioskas, una dentro de la otra. Convivo con ella, pero ella es la que se ha quedado con mi cuerpo...

Ella le acaricia el rostro a la pequeña con mucha suavidad, no sea cosa que se despierte. Y a mí me dan ganas de decirle que intente despertarla, que la zamarree, que le palmeo dulcemente una mejilla para comprobar que duerme, necesito desesperadamente saber que no está muerta... que sólo duerme...

El borracho de ojos pequeños y negros se lleva la Walther PPK a la cintura y se le acerca. Ella continúa mirando a la nada. Él coge el cuerpecito tibio de Annette y ella se aferra apretándolo sin fuerzas contra su cuerpo.

—No dejaré que te hagan daño, Annette... *Buenas tardes, / buena noche, / cubierta de rosas, / rodeada de claveles, /...* No dejaré que te toquen... *¡Mañana temprano, si Dios quiere, de nuevo despertarás, / mañana temprano!...*

El hombre da un tirón y le quita a mi hija muerta de entre los brazos. Ella sigue cantando, con los brazos estirados hacia adelante, mientras que él sale de la habitación llevándose a Annette.

Ha sido toda una noche, lo sé porque afuera empieza a clarear y se oyen los golpes de los murciélagos encima de las ventanas, donde los aleros de madera, buscando una guarida. Lo más probable es que las bombas les hayan destruido las moradas que tenían y es por eso que vienen a esta casa de la Papenstrasse.

Ella sigue allí después de mucho tiempo, balanceándose, repitiendo la nana una y otra vez, acariciándose el antebrazo, hablándole a Annette, pero mentalmente está lejos, muy lejos ya de las explosiones, de las ejecuciones con ametralladora y de los tanques que han llegado a la ciudad, procedentes de Greifswald, y que pasan por su calle, delante de su casa, rumbo al Mercado Antiguo y a la iglesia de San Nicolás.

CATORCE

Ella vaga por las calles de la ciudad gritando el nombre de Annette. Les pregunta a todos y a cada uno con los que se encuentra en el camino. Les mira a los ojos y la gente no comprende, se les nota el temor, todos en la ciudad le temen a algo, a lo que sea. Ella se arrodilla ante la gente y les implora. Corre desde su casa hasta la esquina varias veces al día y en el centro, donde se cruzan ambas calles, gira sobre sus pies mirando hacia todos los lados, levantando los brazos, desbordando lágrimas que no nota hasta que los ojos se le anegan y le impiden ver más allá de sus manos. Entonces cae sobre el pavimento humedecido por la lluvia, se ovilla y suelta un llanto incontrolable, un grito que parte de las entrañas de una madre. Los primeros días, quienes la conocen, se le acercan e intentan tibias fórmulas de consolación, al fin y al cabo son muchos los alemanes que están en las mismas circunstancias. Algunos, los menos, le preguntan qué es lo que le ha sucedido. Pero con el tiempo dejan de hacerle caso, no hay lugar para los trastornos, cada vecino ha vivido su propia guerra y trata de levantarse entre las grietas de Stralsund, lamiéndose las heridas.

—¿Adónde te has ido? —pregunta y hace silencio con la esperanza de oír una respuesta. Y, después, se echa a andar sin ton ni son.

Ella mira al cielo, cubierto de nubes grises, que se asoma tenebroso entre las ramas de los árboles que bordean el estanque de Franken. Gira como lo haría una niña o la propia bailarina de la caja de música, con los brazos abiertos y la cabeza en alto hasta que cae al suelo desorientada. Se toca el vientre y se mira espantada. Con horror nota que la redondez de su tripa ha sido remplazada por un agujero vacío. Palpa la textura blanda y siente la tibieza de su carne abierta. Suavemente, desliza la mano hacia abajo y descubre la hinchazón de su vulva y la abertura desmedida de su vagina. Se acuesta de espaldas sobre la humedad de las hojas secas y un escalofrío le recorre todo el cuerpo.

—¿Adónde te has ido?

Vuelve a lanzar la pregunta al aire y se sorprende a sí misma, como si las palabras vinieran de otra persona. Las nubes pasan ligeras allá en lo alto y las copas de los árboles están desdibujadas entre los velos de la niebla.

Ella acaricia el suelo, las hojas blandas, clava los dedos y extrae tierra mojada, eleva los puños sobre su vientre y su sexo y los abre. Se mira la tierra y los restos de los árboles esparcidos encima del abrigo y se sorprende de no ver el agujero aunque sigue teniendo la misma sensación de vacío. Se incorpora y empieza a andar cuesta arriba, en dirección a la ciudad. Al llegar a la calle Franken se detiene y deja pasar a un convoy de camiones militares con banderas rojas.

Los soviéticos imponen sus normas inmediatamente, requisan las casas y, cuando

llegan a la de ella, encuentran a una mujer sola que habla de bombas y que pregunta por una tal Annette.

—¿Usted la ha visto? Es muy pequeña, pero no me acuerdo de cómo iba vestida...

No le hacen caso, entre ellos se miran, comentan lo que sea en ruso, ríen y se van.

Días después, aunque se lo dicen, ella no se entera de que en Stralsund ahora mandan los comunistas y de que Heinrich Groß es el líder del Partido. Un líder al que algunos, pero por poco tiempo, se atreven a llamar marioneta sin miedo a las consecuencias.

Dos semanas más tarde, hacia mediados de mayo de 1945, llaman a su puerta. Ella mira entre las rendijas de la celosía cerrada del salón y ve a una mujer joven, un poco entrada en carnes, que se toca el sombrerillo con cierto nerviosismo. No sabe si abrir o no, pero piensa que puede traerle noticias de Annette.

La puerta chirría al abrirla y su mirada se topa con la sonrisa alegre de la mujer.

—Buenos días. ¿Es usted Eleonora Maler?

Ella asiente levemente con la cabeza, le cuesta mantener la atención durante un tiempo muy seguido.

—Señorita Maler, mi nombre es Maria Groß. ¿Me permite pasar?

Ella permanece inmóvil un momento y se aparta para dejarla entrar. La mujer observa a su alrededor, un tanto extrañada.

—Está oscuro aquí dentro —comenta con media sonrisa—. Veo que las bombas han destruido los cristales de su casa.

Debajo de las ventanas del salón que dan a la calle se acumulan los trozos de vidrio. Ella los mira y no sabe qué responderle a la señora Groß, sencillamente desconoce por qué los vidrios están rotos en el suelo.

—Por la radio han pedido que no abramos las celosías y que encendamos pocas velas, para que los aviones rusos no distingan las luces...

Maria Groß se echa a reír y ella le mira el pecho que se eleva y desciende contundente, a toda velocidad.

—¿Qué pasa? ¿De qué se ríe?

—Ya no se preocupe por eso, señorita Maler, los soviéticos son nuestros amigos, nos protegen de los ingleses y de los norteamericanos. —Acercándose a ella en tono confidente y tocándose un pendiente—. Mi marido es el jefe del Partido en Stralsund y me han dicho que usted es muy buena costurera.

Ella la mira sin hablar.

—¿Sí?

La señora Groß le señala la máquina de coser que se ve a lo lejos, en un cuarto que hay entre la cocina y la puerta de la escalera que conduce al sótano.

—Quiero que me haga un vestido elegante para cuando nos visite Stalin.

—¿Quién?

—Stalin. ¿No sabe quién es Stalin?

La cara de ella denota desconcierto.

—Da igual —dice Maria Groß—, el caso es que en Berlín hablan de que Stalin podría visitar Alemania y yo pienso que, tal vez, quiera venir a conocer Stralsund. ¿Qué le parece?

—Por mí está bien. ¿Pero qué es lo que tengo que ver yo con ese señor?

—Necesito que me haga... si no te importa, prefiero tutearte.

Ella eleva los hombros y los baja, le da lo mismo que la tutee o no. Se sienta.

—Gracias —Maria Groß también se sienta aunque ella no la haya invitado a hacerlo—. Como te decía, Eleonora, necesito que me hagas un vestido bonito para cuando nos visite Stalin. Piensa en algo elegante, no te olvides de lo que te he dicho: mi marido es el jefe del Partido Socialista Unificado en la ciudad. Y necesitaré un sombrero, ¿tú haces sombreros?

—No.

—¿Pero sí haces vestidos?

Ella mira hacia el cuarto donde está la máquina de coser y asiente. Y acepta hacerle el primer vestido para una visita oficial que nunca estuvo planeada. Ella se convierte en la costurera de la señora Groß.

QUINCE

Son las últimas flores, resabios del verano que ya se ha despedido. Ella está en el patio trasero de su casa, de rodillas entre los setos de lavandas. Ella se rasca la nariz con el borde del jersey de lana y cava con una pala de mango corto, coloca los bulbos con una mano y con la otra arrima la tierra que acaba de remover y los cubre. A su lado tiene una regadera metálica, abollada en uno de los costados.

Oye pasos a su espalda y se gira, pero allí no hay nadie. Mira hacia arriba, al balcón, por si a Annette se le ha ocurrido asomarse. ¡Sería una locura! El sólo hecho de imaginárselo le da un escalofrío. Annette, prácticamente, no sabe lo que es el aire viciado del exterior, sólo conoce el aire protector de la casa.

Aún no ha empezado a llover, pero no tardará demasiado en hacerlo, unas nubes negras ocultan al sol.

Ella se pone de pie, se acomoda el sombrero negro de ala ancha con el que insisten en compararla con un pastor protestante, coge la tijera de podar que ha sacado del cobertizo, donde guarda las herramientas. Ya es el tiempo de podar los rosales y la hiedra que insiste en subirse por la pared frontal de la casa.

Cuando se levanta para trasladarse al jardín que hay delante de la casa, oye el chirrido metálico al abrirse la verja que da a la calle y, por entre los árboles, ve a Peter y a Karl Amstelheim. ¿Los pasos que escuchó antes eran los de ellos? Al verla se sonríen. Ella se queda tiesa, de pie, sin respirar casi. Ella se lleva una mano a la espalda y la ciñe alrededor de la empuñadura de la tijera de podar.

Peter camina con los hombros levantados, un cigarrillo en los labios y las manos en los bolsillos del pantalón. Cuando llega hasta ella, con una media sonrisa socarrona, la mira desafiante, sus ojos son poderosos. No sabe por qué, por un instante piensa en el chico de la estación, al que él y sus amigos hacían referencias días atrás debajo de su ventana.

Ella, ahora mismo, siente un miedo de muerte.

—¿Qué miras, chiflada?

—¿Qué estáis haciendo en mi casa?

Peter no se detiene, sigue su camino y ella, alternativamente, mira muy desconcertada a un hermano y al otro. Karl Amstelheim no llega hasta donde está ella, se queda rezagado, observando de lejos a su hermano mayor y con un movimiento de las manos que denota nerviosismo.

—Peter, vámonos —dice Karl con cierta timidez o temor.

—Cállate y sígueme, ayúdame a encontrarla.

—¿A quién buscáis?

—A la niña que escondes en tu casa.

A ella se le enciende la cara al rojo vivo, deja caer la tijera al suelo, adelanta el cuerpo y estira el brazo cogiendo a Peter por el cuello de la camisa.

—¿Qué vas a buscar?

Peter se sobresalta, ella se da cuenta de que él no espera esa reacción suya y aprovecha el desconcierto para colocarse delante del muchacho y darle una bofetada. El cigarrillo que Peter lleva entre los labios sale despedido y va a parar encima de la tierra removida de los bulbos. El cuerpo de ella arde de odio y no controla los impulsos, se siente capaz de cualquier cosa, envalentonada y ciega de cólera. Y, antes de que él consiga sacar las manos de los bolsillos para defenderse, ella le da un rodillazo en los testículos y lo empuja hacia atrás.

Peter Amstelheim cae al suelo doblado y quejándose de dolor, insultándola y amenazándola entre dientes.

—¡Loca de mierda! ¡Te voy a matar, hija de puta!

—¿Con qué? ¿Con el revólver con el que me apuntó vuestro amiguito la otra noche? ¿Dónde está él ahora? ¿Mirando desde detrás de los árboles? Os sentís bien haciéndole daño a los demás, ¿no es cierto?

Ella lo observa con los brazos en jarra apoyados en las caderas y sin perder de vista a Karl que sigue inmóvil, en posición de firme, retorciéndose los dedos y con los ojos asustados, abiertos como platos. Ella se agacha, recoge la tijera de podar, la deja colgando de una mano y se pone a girar alrededor del muchacho, como si lo inspeccionara. Por un segundo, cree que el murciélago que tiene metido en el pecho vuelve a arrastrarse por la vena y ella le da un puñetazo sin pensárselo. Respira hondo, muy hondo en cuanto le sobreviene la sensación de ahogo.

El chico se retuerce en el suelo de dolor, tose y cuando intenta levantarse ella le pone un pie encima, como una dominatriz. Ella mira al menor de los Amstelheim para asegurarse de que no piensa acudir en ayuda del mayor.

—¡Karl! —grita Peter Amstelheim—. ¿No vas a hacer nada, hijo de puta? ¡Quítame a esta loca de encima!

—¿A qué os dedicáis por las noches?

—¡Qué te importa, vieja...!

Ella se siente fuerte, vive en lo más alto de un brote de confianza.

—¿Sois como los murciélagos asesinos? ¿Vosotros y ellos queréis acabar conmigo?

Ella sonrío, se agacha y le propina una segunda bofetada en la otra mejilla.

—Decidme de qué os reís cada vez que me veis. Decidme de qué os reís todas las noches, cuando aparcáis el coche delante de mi casa. ¿Os reís de mí, verdad, de la loca?

—Esto te costará muy caro, Eleonora... —la amenaza Peter.

—Ya está bien, Eleonora —dice Karl y se acerca un par de pasos.

—No te muevas de donde estás —le advierte blandiendo la tijera de podar.

Ella mira a Peter con furia, apretando las mandíbulas, haciendo rechinar los

dientes.

—Habéis matado a un chico en una estación. Sois capaces de cualquier barbaridad...

—Somos capaces de muchas barbaridades, como tú. ¿Quieres que te diga quién es la niña que guardas allí arriba, pedazo de puta?

Ella siente el latigazo de las palabras del mayor de los hermanos Amstelheim. Pestañea para no perderse, ahora no, ahora tiene que continuar en lo más alto de su confianza y hace esfuerzos por no caerse de la montaña a la que se ha subido.

—¿Se llama Annette, verdad? Qué casualidad también llamarse Annette, como la hija de Eleonora Maler, la que se volvió loca, y de Georg Schmidt, el que murió en el frente de Checoslovaquia. Porque aquella niña murió en 1945, ¿verdad? ¿Me equivoco?

Las palabras de Peter se agolpan en su oído y su cerebro trabaja para rechazarlas. Se marea cada vez más hasta que se tiene que apoyar en un árbol.

—Lleva tu apellido de soltera, Maler, ¿no es cierto? ¿Dónde está ahora? ¿Allí arriba? Quiero verla...

Ella se termina de desinflar y niega con la cabeza.

Peter Amstelheim se echa a reír y se levanta del suelo.

—Sé todo cuanto te ocurrió al terminar la guerra. ¿Quieres que te refresque la memoria?

Ella se lleva las manos a las orejas.

—No, no, por favor, no... —ella suplica tiritando de miedo.

—¿Fue a medianoche, verdad? Mientras los soviéticos ocupaban el país, un grupo de borrachos entraron en tu casa...

Él le quita una mano de la oreja y le repite:

—¿Ocurrió a medianoche o me han informado mal?

Ella se pone muy nerviosa y abre los ojos y se golpea la boca, intentando que las palabras no sigan saliendo, aunque lo hagan de la boca de Peter.

—Medianoche del 1 al 2 de mayo de 1945...

Ella llora. Por primera vez, en tantos años, ella llora.

—¿Querías humillarme delante de mi hermano, Eleonora? Pues ahí lo tienes, deberías pensarte mejor las cosas antes de hacerlas, ¿no crees?

—Por favor, Peter, ¿por qué le haces esto?

—¡Cállate, Karl! —Peter se acerca a su hermano y pega su cara a la de él—. ¡Cierra el pico si no quieres que acabe contigo! Sabes muy bien que puedo hacerlo...

Peter Amstelheim regresa junto a ella.

—Eleonora, escúchame bien: sé todo sobre ti, sé todo acerca de mis padres, de los Groß, acerca de todos los que habitan en esta mierda de ciudad. Trabajo para la Stasi, así que no me toques los cojones.

Ella se va deslizando hasta llegar al pie del árbol, se seca las lágrimas y se vuelve a tapar las orejas. El sombrero se desliza hacia un lado hasta caerse. Peter la señala

con la mano, mira a su hermano y se ríe.

—¿Te has visto bien? Pero si eres una pobre vieja calva que cuenta historias raras de murciélagos y busca muertos de la guerra... Toda la ciudad sabe que estás loca, se ríen de ti cuando te ven pasar a toda velocidad, con la mirada en el suelo y con esa maleta llena de los trapos que coses. Los pies se te van un poco para adentro y llevas los pechos secos, muy secos...

Él disfruta, ella lo ve en su rostro.

Empiezan a caer las primeras gotas de lluvia. Ella observa que a Peter se le mojan los hombros y que rápidamente le empieza a gotear la nariz.

La rabia, la impotencia, se apoderan de todos sus músculos. Se le tensa la boca y se le instala un dolor muy fuerte en la boca del estómago. Nadie va a tocar a Annette, ella no lo va a permitir, se lo ha prometido y lo va a cumplir.

Ella levanta la cabeza y mira a Peter. Sus ojos azules despiden ira.

—¿Estás enfadada conmigo, Eleonora? Pobrecilla...

Ella no está dispuesta a vivir con miedo, a tener que aguardar cada noche a que aparquen el coche delante de su casa, cuando regresan de tocar sangre, y a esperar a que llegue el momento de la pedrea, del dolor, de la pavora.

Ella se levanta del suelo, se limpia los mocos con la manga del jersey. Ella retrocede un par de pasos para evitar estar tan cerca del mayor de los Amstelheim, que la observa un poco extrañado.

—Más te vale que te cuides, vieja, y que cuides a la chica —le dice Peter alejándose.

Ella los mira alejarse. Karl, con la cabeza gacha, sigue a su hermano. Y, de repente, aunque sea por poco tiempo, ella troca la sensación de miedo por la de odio y es el odio lo que la ayuda a sobreponerse.

Entra en la casa por la puerta de la cocina.

—¡Annette!

La niña no responde con su canto gutural.

—¡Annette!

El corazón se le acelera, tiene palpitaciones, se toca las axilas y las nota húmedas.

—¡Annette!

Ella sube las escaleras, cogida de la barandilla.

Allí está la niña, en la misma posición que ella la había dejado.

—Annette —dice en voz baja—. ¿Duermes?

Le acaricia el brazo desnudo y ve que el pecho de la niña se mueve. No le ha sucedido nada malo.

Sigue lloviendo cuando ella sale al balcón. Allí están las hojas de acero de la tijera de podar brillando bajo el agua, olvidadas en el pasto del jardín. Allí está la hiedra sin cercenar, las ramas más largas asoman ya por el bordillo del balcón. Y allí está el columpio, balanceándose solitario, con sus cadenas llorando la falta de aceite.

Empieza a oscurecer.

Ella se acuesta junto a la niña, la abraza y la aprieta contra su cuerpo. Siente el calor dulce que contrarresta el dolor y la rabia, aunque no puede dejar de pensar en lo que le ha dicho Peter Amstelheim.

Finalmente, el sueño la vence.

DIECISÉIS

Ella se despierta muy temprano, en cuanto oye los primeros golpes de los murciélagos contra las maderas del alero del techo y el claxon del Trabant delante de su casa.

En lo primero que piensa es en que Peter y Karl se vengarán por lo que les hizo en el jardín. No tiene dudas de que vendrán en algún momento, de que intentarán llevarse a Annette. No debió haberle pegado a Peter, ni lo debió haber humillado. Aunque en un principio lo vio muy decidido, ahora piensa que él no iba a subir a por la niña, que sólo se trató de una bravuconada. ¿Para qué podrían querer a Annette los hermanos Amstelheim? ¿O es que su madre, en lugar de dar la cara, se escuda en sus vástagos? Su mirada va de los globos del papel de la pared a la ventana y al suelo, deteniéndose en las vetas y los nudos de la madera.

Creo que por primera vez, desde que nos separamos en la madrugada del 2 de mayo de 1945, le intento hablar. Noto que en su cabeza bullen ideas que no me gustan. No son ideas que tengan que ver con los murciélagos o con Annette, son otras. Me cuesta seguirla, sólo consigo pillar algo que no me gusta y desconfío.

Ella viste la misma ropa que cuando tuvo la discusión con Peter en el jardín. Baja al sótano descalza, sosteniendo una vela y aferrándose al pasamano. Con la punta de los pies toca el borde rugoso y frío de los escalones y, como cada vez que desciende a las tripas de ese averno subterráneo, revive la misma sensación desagradable, tiene las mismas ganas de salir corriendo, de quitarse las ropas y espantarse los fantasmas.

El frío y el olor a humedad, a catacumba cerrada año tras año, se le meten en la nariz. Es una inyección letal de recuerdos e imágenes que despiertan instantáneamente, tanto en ella como en mí. El repulsivo aroma a humedad viola cada uno de los sentidos. De repente se apropia hasta de los ojos cuando empiezan a circular por la retina fotos que se proyectan en las paredes, voces que nacen de los rincones... Cuerpo y mente lanceados por las remembranzas.

Apoya el candelabro en la mesa y acerca la oreja al ventanuco tapándose los orificios de la nariz con la mano libre. Oye los susurros y las risas de los chicos en el Trabant. Esta vez, ella no siente miedo, está extrañamente en calma. La tranquiliza el hecho de que desde el sótano no oye a los murciélagos. Que se maten entre ellos por un sitio de donde colgarse a dormir.

La luz mortecina que irradia el farol que cuelga de la mitad de la calle se expande por el jardín, helada y triste, como un hálito débil.

Ella se gira y mira hacia las estanterías en la pared que tiene delante. Se acerca y rebusca en las baldas, primero en las que están más abajo. Después va subiendo. Hay tarros de pintura que llevan allí unos veinte años, son los que compró Georg para

pintar las puertas y la escalera poco antes de que lo enviaran a luchar contra los checos. Siempre me pregunto si ella y yo nos hubiéramos llegado a conocer si a Georg no lo hubieran matado, si él hubiese estado aquella noche de 1945, si, en ese caso, habrían entrado los borrachos, si todo esto que ocurre ahora estaría pasando. ¿Nuestro sino era la convivencia o habríamos salvado el escollo si las circunstancias hubieran sido otras? Jamás lo sabré...

Ella toca el filo de la boca de un embudo oxidado y se mira la yema de los dedos teñidas de rojo. Un bote con grasa para bicicletas, un par de velones con telarañas en sus candelabros también oxidados, una caja de frascos de guisantes Globus con las tapas hinchadas y las etiquetas descoloridas, un par de gubias de diferente tamaño con los mangos de madera, un par de cajas humedecidas con veneno para ratones, la mano articulada de un viejo maniquí sin el dedo pulgar, un par de botes vacíos de Bautz'ner Senf con restos añejos de mostaza...

Encuentra un bidón metálico, uno de esos de cinco litros, calzado entre un cubo de pintura y una caja de madera con la inscripción de los almacenes berlineses KaDeWe llena de tuercas, tornillos, clavos y arandelas.

Estira un brazo y coge el asa del bidón. Hace fuerza pero es como si estuviese pegado a la balda. Ella mira hacia atrás, primero a la mesa donde está la vela y después hacia el otro lado, al sillón donde estuvo sentada Annette, mi Annette, cuando nos cubríamos de las bombas al final de la guerra.

Qué bien me haría llorar, gritar, expulsar el dolor...

Las patas del sillón resuenan amplificadas y dejan marcas en el suelo de cemento cuando lo arrastra hasta las estanterías. Los que están fuera, los del Trabant, la tienen que haber oído. Ella corre de puntillas y se acerca nuevamente al ventanuco. Allí están, planeando cómo asustarla o, quizás, cómo matarla. Ella sabe que a Peter lo ayudará Albert Groß, el niño tiene ganas de acción.

Intento hablarle otra vez en el momento en que se sube al sillón y tira del bidón, mordiéndose la lengua y aspirando aire con fuerza. Hace equilibrio sobre los cojines raídos y llenos de polvo. Un esfuerzo más y consigue que el bidón zafe. Se baja del sillón y coloca el bidón encima de la mesa. El metal contra el metal chirría cuando ella desenrosca la tapa haciendo mucha fuerza. La tapa queda colgando de una cadena aferrada al asa del bidón. Ella coge la vela, la acerca a la embocadura y mira adentro, pero no hay nada, está vacío. Una gota de cera cae a plomo en el fondo del recipiente. Ella acerca la nariz y siente un viejo aroma a queroseno y óxido que no le desagrada. Le pone la tapa y lleva el bidón hasta la pila de lavar, abre el grifo y el agua helada cae encima del metal y arrastra las telas de arañas y el polvo. Seca el bidón con un trapo viejo que saca de una bolsa y lo deja en el suelo, junto a la pata de la mesa.

No me hace caso. Ella acaricia la idea que ahora mismo tiene en la cabeza, no se preocupa por las contrariedades que pueda acarrearle, sólo le importa cumplir con lo que está planeando. Quiero decirle que no tiene sentido, que trate de hablar con

alguien, que pida ayuda a la policía... Pero está Annette, ¿cómo explicar a quien sea que Annette está en la casa? Tendría que descubrir la existencia de la niña, ponerla en evidencia y a la sombra del peligro. Ella me da pena, la veo ensimismada, prisionera de los temores de enajenada, aletargada en un tiempo que murió hace mucho...

Ella coge la vela y sube las escaleras. Una vez arriba se detiene y respira.

En la cocina pone agua a calentar y enjuaga su taza. La gira en una mano mientras observa a la vaca y al cisne pintados. Le pasa los dedos por la boca con especial cuidado cuando llega a la muesca. Mira ensimismada las gotas de agua que se deslizan por los lados y siente un arrebato de frío, se restriega los brazos y las manos y se da pequeños golpecitos en las mejillas. Se alegra cuando ve que empieza a salir vapor del pico de la jarra y acerca una de las manos, por la que se metió el murciélago que convive con ella. Y no deja de pensar. Antes de que les vuelvan a hacer daño, a ella y a la niña, lo mejor es adelantarse y golpear antes.

Tiene que comprar queroseno, a los burócratas que llevan los controles del Estado socialista les dirá que es para las estufas, que ya está haciendo mucho frío por las noches y que lo necesita para calentarse.

No merece la pena, se lo intento decir, juro que lo hago, pero no me hace caso. Siento que golpea los nudillos contra unos cristales gruesos dentro de los que estoy metida desde 1945 sin que ella me vea, sin que ella me escuche.

Se sienta a la mesa de la cocina, de frente a la ventana que da al jardín, con ambas manos abrazando el calor de la taza de té. Oye la carcajada de Peter Amstelheim y mira el reloj: son casi las seis de la mañana. Ellos llevan allí afuera un buen rato. Seguramente hablan acerca del último muerto, mientras se limpian los restos de la sangre de debajo de las uñas...

DIECISIETE

A media mañana, ella baja al sótano otra vez a coger el bidón y regresa a la cocina. Se quita algunos hilillos blancos, de esos que siempre lleva pegados a la falda, y el brazalete alfiletero.

Sube a la habitación y comprueba que Annette duerme en su cama. Respira mal, cada día la oye respirar peor, pero no quiere llamar al doctor Amstelheim, no quiere hacerlo después de lo que ocurrió con su mujer. Ella se la queda mirando un rato, con ambas manos agarradas al pecho y el cuello levemente inclinado. Siente que todo lo que tiene está allí, en esa cama. La niña tiene la boca abierta, la venda en los ojos y está tapada hasta los hombros con el edredón. Encima de la almohada, ella acuesta a una de las muñecas con las que juega Annette. Aunque, en realidad, lo que Annette hace con las muñecas dista bastante de un juego; las desnuda y les arranca mechones de pelo que luego esparce a ciegas por encima de la cama y por la escalera.

Ella se queda mirando fijamente a una muñeca calva de ojos azules y abultadas mejillas color púrpura. Del armario de Annette coge un gorro de lana y se lo encasqueta a la muñeca, no la puede ver con la cabeza lisa sin imaginarse a sí misma. A la muñeca le han quedado un par de mechones rubios que le salen de encima de las orejas, como los llevaban los judíos ortodoxos que conoció en Berlín muchos años atrás.

Le da un beso en la mejilla a la niña, acaricia uno de los mofletes de la muñeca y regresa a la cocina.

Se pone el abrigo, se calza el sombrero negro, coge el bidón y sale. La puerta se cierra con un leve chasquido, ella procura que el sonido sea suave para que no despierte a Annette. En la verja de la entrada se encuentra con los Amstelheim que acaban de llegar. No llevan allí ni diez segundos y la mujer le dice algo al oído a su marido.

La señora Amstelheim la saluda con frialdad y cierta altivez, mientras que el médico se limita a seguir a su esposa, encorvado.

—El doctor quiere saber cómo está Annette.

Ella se sorprende por la visita y por la pregunta. Annette está como siempre, o cada vez peor, pero nadie los ha llamado. ¿Cómo se han enterado de que Annette respira con muchas dificultades?

—Annette está muy bien.

¿O en realidad vienen por la discusión con Peter? O quizás la vieron asomada al balcón cuando la señora Amstelheim castigaba a su marido con un palo... Tendrían razón, si están enfadados por eso. No es un tema que a ella le incumba. No está bien espiar por encima de las tapias de las casas de los vecinos.

—Pero fue de casualidad, yo no quería ver nada, sólo salí al balcón y allí estabais...

—¿De qué hablas, Eleonora? Estás cada día peor...

—Ulva, por favor —le reprocha el doctor Amstelheim un tanto avergonzado.

—Tú, te callas. ¿Podemos pasar, Eleonora? El doctor quiere ver a la niña.

Entonces no han venido por la discusión con Peter. Ella baja la cabeza y mira el bidón. La han pillado y ahora los Amstelheim darán cuenta a la policía, que vendrá a su casa y se la llevará esposada ante un juez y Annette quedará sola, completamente sola, sin nadie que la proteja o a cargo del Estado. Apoya el bidón en el suelo y se lleva las manos a los ojos, los restriega y respira hondo. El corazón le palpita muy fuerte...

—¿Qué haces con ese bidón?

Ella no escucha la pregunta.

—¿Qué haces con el bidón, Eleonora?

—El frío —reacciona acordándose de la excusa—. Por la noche ya hace mucho frío.

La señora Amstelheim la aparta a un lado presionándola levemente con la punta de los dedos enguantados en el hombro y entra en la casa. Él la sigue y ella se queda mirándolos, totalmente impotente por el avasallamiento.

Observa el bidón y a los Amstelheim. Con el pie empuja el bidón junto a la cerca de hojas ya secas, quemadas por las primeras heladas y humedecidas por el rocío.

Ella corre y entra en la casa.

—¿Dónde está? ¿Arriba?

Ella asiente con la cabeza.

—El doctor quiere verla...

—No hace falta, Ulva, de verdad, no hace falta que yo vea a la niña...

—Cállate, Wilhelm, tú quieres ver a Annette. Subamos a su habitación.

Ulva Amstelheim se aferra al pasamano y empieza a subir. Ella mira al médico con sorpresa, suplicándole para que detenga a su mujer. El médico le devuelve una mirada de resignación y derrota.

—¡No! —grita ella.

Es un alarido que le nace de las entrañas, un grito sin control, defensivo, que le remueve todo el cuerpo por dentro, casi una explosión que le estalla a través de la boca. Junto con el grito, ella abre los dedos de las manos como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Mira a Ulva pulverizándola con los ojos tan abiertos como puede, con una mirada cargada de odio, una advertencia que no admite duda.

La señora Amstelheim acusa el impacto, se frena a mitad de la escalera y gira hasta quedar de lado. Por la manera de mirarla, cualquiera diría que Ulva está atemorizada y ella está segura de que la mujer recuerda de pronto la paliza que le dio en la calle. La señora Amstelheim se apoya contra la barandilla de la escalera y se aprieta el bolso, como queriendo impedir que se lo roben.

—Wilhelm, di algo.

El doctor Amstelheim permanece encorvado y en silencio, mirando al suelo y sin moverse.

—Usted siéntese en el sillón que yo la bajaré para que el doctor pueda verla — dice ella en un tono imperativo.

Ulva Amstelheim asiente con la cabeza levemente. Ella se quita el sombrero y lo deja encima del sillón. Se quita el abrigo y también lo deja encima del sillón. Tal vez sea buena idea que el médico le revise a Annette la respiración tan mala que está teniendo, piensa ella sin quitarle ojo a Ulva.

—Ahora vengo —dice dirigiéndose sólo a él.

Pasa junto a la señora Amstelheim y cree oír el corazón asustado de la vecina. La mujer no se mueve, no le habla, está petrificada. Ella la oye bajar la escalera al tiempo que ella sigue andando hacia arriba.

—Ahora la tendrás que ver.

Ella escucha que la señora Amstelheim habla a su marido con un tono que suena a amenaza.

Annette duerme. Un quejido molesto le nace en el pecho y se le escapa por la boca. Es un quejido rítmico. Ella coge el reloj de encima de la mesilla y cuenta los segundos que caen entre un quejido y el siguiente. Son cinco segundos. Lo comprueba durante un minuto entero y sí, se producen cada cinco segundos.

Ella la despierta acariciándole la frente al tiempo que le quita de los brazos la muñeca calva devolviéndola al sitio de donde la sacó antes de que llegaran los Amstelheim. Ella le besa la frente tibia y le roza con las yemas de los dedos los bracitos, que parecen alambres. Annette interrumpe los quejidos y abre la boca. Balbucea algo ininteligible y ella le responde:

—Serán sólo unos minutos, te lo prometo, y después te vuelvo a traer a la cama.

La niña balbucea algo parecido a una frase más larga.

—Vale, te daré la muñeca, pero después no la dejes tirada en el suelo.

Ella la ayuda a incorporarse en la cama y a ponerse de pie. Le calza unas zapatillas de cordero y le alisa el pijama.

—Estás preciosa.

La niña masculla otra vez. Ella elige la muñeca calva y se la acerca y Annette la coge por uno de los mechones rubios. Ella le da la mano y la niña se aferra a uno de sus dedos, ella siente la presión y ve que la muñeca cuelga de la mano de la niña y que lleva las piernas arrastrando por el suelo.

Cuando se asoman en lo alto de la escalera, los Amstelheim están muy formales esperándolas abajo. La mujer las mira y él está con los ojos clavados en el suelo, tal y como ella lo dejó antes de subir a por la niña. Ambas empiezan a bajar, ella está atenta en todo momento a que Annette no tropiece ni yerre el escalón. A cada paso que dan se oye el golpe seco de los pies de la muñeca chocando contra el siguiente escalón.

—¡Por Dios! ¡Qué muñeca más fea!

La señora Amstelheim se lleva una mano a la boca y abre los ojos como si estuviera viendo a un fantasma o a los murciélagos que ella ve.

Ulva se quita el guante de la mano izquierda y estira la mano hasta la cara de la niña. Ella le lanza un manotazo que no alcanza a impactar sobre la mano de la mujer del médico, pero ayuda a que esta se repliegue.

—¡Hola, Annette! Esta niña me recuerda a alguien... ¿A ti no, Wilhelm?

El doctor no levanta la mirada ni le responde a su mujer.

—Te he hecho una pregunta, Wilhelm. ¿No crees que esta niña se parece mucho a otra que hemos visto antes?

Ella se incomoda. Annette no se parece a nadie.

—Annette no se parece a ninguna otra niña. Déjenos pasar.

Ulva la mira a ella con odio, se aparta de los pies de la escalera y pregunta:

—¿Qué edad tiene?

—Nueve años.

—Pensaba que tenía siete...

—Pues tiene nueve. Va a cumplir diez en unos días.

Ella se da cuenta de que el médico levanta un poco la cabeza para ver a la niña y vuelve a mirar al suelo inmediatamente.

—Últimamente, Annette respira muy mal. Cada cinco segundos le suena un quejido en el pecho y por las noches se despierta muchas veces.

—Sí, a Maria le ocurría lo mismo.

Ella ayuda a la niña a sentarse en un sofá y Annette empieza a rascarse violentamente por encima de la venda.

—No, Annette, no, que te vas a hacer daño.

Ella le coge las manos y se las aprieta para que no se rasque. La niña chilla. La señora Amstelheim se lleva las manos a los oídos, arruga la frente y pone boca de piñón.

Annette, después de un rato y de muchos pataleos, se calma.

El médico apoya el maletín encima del sofá y lo abre.

—¿Qué haces? —le pregunta su mujer.

—Busco el estetoscopio.

—No lo necesitas. Mírala.

—Tengo que auscultarla.

—No hace falta, te he dicho que la mires.

El médico deja el estetoscopio en el maletín y mira a la niña, que está con las manos apoyadas en las piernas, la columna curvada por la postura, el mentón levantado, la venda tapándole los ojos y la muñeca en el suelo con un pie pisándole el cuello y el otro pie pisándole las piernas.

—Sujeta la muñeca para que no se escape y le puedan hacer daño.

—Entiendo, claro. ¿La estás viendo bien, Wilhelm? —le pregunta su mujer,

cogiéndolo por el cuello de la chaqueta y tirando hacia atrás—. ¿Qué piensas?

Amstelheim no dice nada y ella mira sorprendida al matrimonio.

—Lleva varias noches respirando muy mal. Me da miedo de que llegue el momento en que no le entre más aire y se muera. ¿Eso no va a pasar, verdad?

El médico la mira a ella fijamente a los ojos y le dibuja una sonrisa triste.

—Te voy a prescribir un antibiótico para que se lo suministres.

Saca del maletín un bloque de hojas en blanco con su nombre grabado con letra de molde y centrado en la parte superior:

Dr. Wilhelm Amstelheim

Papenstrasse esquina con Filterstrasse. Stralsund. RDA.

Amstelheim escribe sobre el papel, garabatea su firma y se lo extiende a ella.

—En cuanto compres el antibiótico, me llamas...

—El doctor quiere decir que nos llamas y nos das el antibiótico. Mientras tanto, la niña se tomará otro que él te va a facilitar.

El médico extrae del maletín un frasco pequeño, sin etiqueta ninguna.

—¿Eso qué es?

—Una muestra de antibiótico que te da el doctor para la niña.

—No tiene color, parece agua.

—Pues no lo es —dice Ulva—. Cógelo, Eleonora, y no inventes cosas.

Ella lo coge y mira desconfiada el contenido.

—¿Nos vamos? —pregunta el doctor a su mujer.

—No. Mira a la niña. ¿Le ves la venda? Así pasa los días, sin ver absolutamente nada, como si fuera ciega. ¿Ves el color que tiene? Es un color pálido enfermizo. Jamás le da el sol, ni siquiera la luz natural de invierno, no le da el aire en la cara... Obsérvale las manos, las tiene enrojecidas. ¿A qué se debe que tenga las manos así, Eleonora?

Ella la mira encendida por la rabia. No acaba de entender el juego de la señora Amstelheim.

—Se golpea las manos —responde—, se golpea una mano con la otra cuando se pone muy nerviosa o cuando la pilló intentando quitarse la venda de los ojos. Pero Annette sabe que la venda la tiene que llevar por su seguridad, nada de lo que sucede fuera de esta casa es bueno para Annette, ¿verdad, doctor?

—Eres una bestia, Eleonora. Mantienes encerrada a una niña de siete años...

—Tiene nueve años.

—Con los ojos vendados y dejando que se inflija daños físicos para que saque la furia y la impotencia que siente. El Estado debería saberlo. El enrojecimiento de las manos no será porque le pegas, ¿verdad?

—¡No! ¡Jamás le he pegado a Annette! ¿No es cierto, pequeña, que nunca te he golpeado?

Nada de lo que sucede en el salón va con la niña que vive ajena al mundo y a las palabras que la rodean. Y ella mira con desesperación al doctor Amstelheim que tiene la cabeza enfocando a la niña con ojos cerrados. Por un instante, ella cree que el médico se ha quedado dormido, pero se da cuenta de que hace un esfuerzo por mantener los ojos sin abrir.

—¡Mírala! —le espeta su mujer al darse cuenta de que hace trampas—. Sabes que de haberme hecho caso no estarías pasando por esto. Y yo tampoco.

—Doctor, no puedo dejar de pensar en que a la niña le haya pasado lo que a mí, que se le haya metido un murciélago en el cuerpo y que los problemas para respirar sean por esa razón.

—No —responde lacónico.

—Esos quejidos que tiene cada cinco segundos pueden deberse a que el animal se le ha atravesado en el pecho impidiéndole respirar con normalidad o, incluso, que salgan del propio bicho.

—No, Eleonora, la niña no tiene ningún bicho metido en el cuerpo, como tampoco lo tienes tú...

—Sí que lo tengo, puedo sentirlo aquí cada vez que se mueve o que intenta avanzar arrastrándose hacia el corazón. Cuando llegue al corazón...

—Morirás...

—Sí. Y Annette se quedará sola.

Ella abraza a la niña y esta hace fuerzas para zafarse.

—Eleonora, el doctor nunca ha sido partidario de que haya que curar las tuberculosis pulmonares como la que padece Annette.

—¿Usted cree eso, doctor?

La señora Amstelheim se acerca a su marido y le acaricia la cabeza.

—Sí. La tuberculosis pulmonar en niños si no se la ataca en la fase inicial, compromete los pulmones y se expande a otros órganos. Por lo tanto, Eleonora, no hay ningún murciélago dentro de la pequeña Annette.

Ella se pone de pie y mueve la cabeza, no quiere seguir escuchando a la mujer del médico y desconecta. Es un murciélago, a la niña le está sucediendo lo mismo que a ella, sólo que ella es más fuerte y por eso no tiene los mismos síntomas. Ya quisiera tener ella las dificultades para respirar que tiene Annette.

—Lo mejor será que os marchéis.

El doctor Amstelheim cierra el maletín y se va hacia la puerta de salida.

—La visita son diez marcos, Eleonora —dice Ulva alargando el brazo con la mano desenguantada y la palma hacia arriba.

Ella se la queda mirando.

—Y cinco marcos del antibiótico que te ha proporcionado el doctor.

Ella va hasta la cocina y regresa con el bolso. Rebusca y le va dejando encima del sillón los billetes y monedas hasta que suman quince. Ambas mujeres se mantienen las miradas durante unos segundos. Ella se cruza de brazos y la señora Amstelheim

entiende que recoge el dinero o se tiene que ir sin él. Se agacha sobre el sillón y coge los marcos.

—Adiós, pequeña, lo siento mucho.

Ella oye el clic de la puerta y los tacones de la señora Amstelheim que se alejan. También oye el clic de la verja y entonces se sienta. No le quita ojo al frasco de antibiótico que hay sobre la mesa, delante de Annette.

Finalmente, ella estira la mano, lo coge y le quita la tapa de corcho. Primero huele llevándose la boca del frasco a la nariz, después lo prueba. No sabe a nada, es agua.

Ella mira a Annette que sigue quieta.

—Annette, no te muevas de donde estás, voy a por queroseno.

DIECIOCHO

La figura de la señora Groß surge al final de la calle.

—¡Eleonora! ¡Eleonora!

Ella viene de probarle unos vestidos a una clienta que vive en las inmediaciones de la iglesia de Santa María.

—¡Eleonora!

Oye que la llaman cuando abre la verja para entrar al jardín de su casa. La ve acercarse con un paso rápido y contundente que le marca el volumen de su cuerpo; la ve venir decidida y la espera, con la verja a medio abrir. La gata la observa sentada junto a una piedra que en el mes de junio se cubre de flores de manzanilla.

Ella la espera no exenta de nerviosismo, no se imagina qué es lo que puede querer, qué se le puede haber ocurrido ahora. Le da miedo, la presencia de la señora Groß le impone y, para tranquilizarse, se toca el cuello del vestido y comprueba que todo está en orden: que el último botón no se ha desprendido, como suele ocurrirle habitualmente, ni se le ha caído. Los botones son de carey, imposible encontrar de repuesto en Stralsund; los que lleva en el vestido negro se los trajo una clienta que viajó a Berlín antes del verano.

Ella se alisa la falda y se coloca el sombrero, por si el viento lo ha ladeado.

—Eleonora...

La señora Groß no tiene resuello. Se aferra a la cerca con una mano y con la otra se coge la frente. Abre la boca como los peces, se le doblan levemente las rodillas y dos lamparones oscuros le nacen debajo de cada brazo y le recorren ambos lados hasta la cintura. Ella baja los párpados, le da asco mirarle el sudor dibujado en el vestido. Maria Groß, aunque libra su personal batalla para que le llegue el aire a los pulmones, se da cuenta de la mancha y se avergüenza. Ella se da cuenta de la turbación de la señora Groß.

—He venido corriendo —comenta intentando taparse.

Ella la mira extrañada y, sin saber por qué, temerosa.

—Eleonora, lo siento por venir así sin avisar y a estas horas, ya sé que está oscureciendo... pero ha ocurrido algo horrible...

—¿Qué?

—El Presidente Pieck...

—¿El Presidente Pieck?

Ella se pregunta por el Presidente Pieck. ¿Quién es el Presidente Pieck? Escudriña en su memoria inútilmente. ¿Qué es lo que preside el Presidente Pieck? Casi nunca sabe de quién le habla esta señora; todo el tiempo, la mujer de Groß le menciona a personas, apellidos de familias, parentescos... pero ella no atina a descubrir sus caras.

¿Pero quién es el Presidente Pieck que tanto altera a la señora Groß? ¿Presidente de qué? No conoce a ningún Pieck.

—Sí, el Presidente Pieck ha muerto... Heinrich se ha ido a Berlín en el tren, al principio pensó en irse en el Trabant, pero luego se lo pensó mejor y decidió que se iba en tren. Yo pienso igual, creo que lo mejor es viajar en tren, ¿no te parece? Además, nuestros trenes son estupendos, los traidores hablan con envidia de los trenes que tienen los ossies. ¿Envidia de qué?

—Claro.

Ella sigue sin enterarse de quién es el Presidente Pieck y a cuento de qué le suelta una charla sobre los trenes. El pensar en trenes la conduce mentalmente hasta la estación de Grünhufe y relaciona la muerte de Thomas Berg con la de Bettina Müller...

—¿Al Presidente Pieck lo han matado los mismos que mataron a la chica Müller y al de la estación?

—No, Eleonora...

La mujer la mira sorprendida y ella teme que piense que le está tomando el pelo. Pero ella no es bromista, ella no conoce el humor, ella nace de la tragedia.

—Wilhelm Pieck, Eleonora, el presidente de nuestra República Democrática Alemana. ¿En qué país vives tú?

—En Alemania, por supuesto.

—¿En qué Alemania?

Ella no comprende la pregunta. ¿Cuántas Alemanias cree esta mujer que hay? Alemania es Alemania y la mira seria.

—Eleonora, ¿tú no serás de esas malas ciudadanas que preferirían vivir en Alemania Occidental, verdad?

—No, no... De mi casa no me muevo...

Ella está perdida en el marasmo de la charla y las preguntas. Ahora recuerda que hay dos Alemanias, es verdad, una al este y otra al oeste de algo. Y también recuerda de qué lado le ha tocado quedarse, pero todo eso le da igual, porque Annette no estaría segura ni de un lado ni del otro de la frontera.

—En Berlín están todos los líderes del Partido, por eso Heinrich se ha ido para allí... Es horrible, Eleonora, es horrible...

—Lo siento mucho...

—Entremos y enciende la radio.

Ella abre la puerta de la cerca e invita a entrar a la señora Groß. Esta se disculpa otra vez por venir tan tarde. Ella la observa andar delante y no puede quitarle la mirada de la espalda, una espalda tan ancha, de hombros tan robustos. Y se sorprende aún más cuando se percata de que no debería sorprenderse, de que ella conoce las medidas de la señora Groß mejor que nadie. Ella está segura de ser la única persona que le ha tomado las medidas desde 1945.

Una vez dentro de la casa, sentadas en el sillón, ella la mira. La señora Groß

estalla en un llanto prolongado, tan largo que a ella le da tiempo a subir al dormitorio a ver a Annette y a bajar la escalera otra vez.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué llora?

—No tengo vestido para el funeral, Eleonora, y lo peor...

Ella espera otro rato a que Maria Groß acabe con la segunda cascada de lágrimas.

—Lo peor de todo, Eleonora, es que no tengo un vestido para la toma de posesión de Heinrich.

La señora Groß se seca las lágrimas y se recompone el maquillaje.

—Estoy segura de que le nombrarán para algún puesto importante, él es muy amigo de Walter Ulbricht y tiene mucha confianza en que le va a premiar por el trabajo que está haciendo en Stralsund. ¿Verdad que está haciendo un buen trabajo? ¿Tú no crees que Heinrich es un buen líder del Partido en Stralsund?

Ella asiente casi sin que se le note, un poco desconcertada.

—¿Crees que podrás?

Tarda en responderle, porque tarda en entender qué es lo que le pide, qué es lo que tiene que poder. Y no se entera.

—¿Qué cosa?

—Un vestido, Eleonora, necesito que me hagas un vestido. No, mejor hazme dos: uno para el funeral y otro para cuando Heinrich tome posesión del cargo en Berlín. ¡Te imaginas que le nombren ministro!

Ella la sigue mirando desconcertada.

—No has entendido nada de lo que te he dicho. Da igual, me tienes que hacer dos vestidos, uno que sea para el funeral y el otro para la fiesta. Mañana por la mañana, como siempre, me los llevas a casa. ¿Te viene bien a las diez?

Ella no contesta. Con la mirada perdida en los destellos de los pendientes de la señora Groß, ella no contesta.

—Si vieras qué sofocón se llevó Heinrich ayer por la mañana. Resulta que el mayor de los Amstelheim... ¿le conoces?

—Sí.

—Apareció en casa a eso de las once de la mañana. Traía el ceño fruncido, como los niños a los que les va a dar una pataleta.

Ella se agacha y la señora Groß se calla para observarla. Ella hurga con las uñas entre los hilos de la alfombra hasta sacar una aguja a la que le falta el ojo. Ella mira la aguja y se la engancha en la manga del vestido, cruza las manos sobre el regazo y mira a la señora Groß.

—Como te decía, Peter Amstelheim llegó acalorado, parecía un rabanito de los más rojos, exigiendo que quería hablar con Heinrich porque le tenía que comentar algo muy urgente. Le pregunté qué era eso tan urgente que no podía esperar a otro día y me contestó que era una cuestión entre él y mi marido. Insistió tanto que Heinrich aceptó verlo. ¿Sabes qué quería?

Ella no contesta ni parpadea, sólo se moja el labio inferior y ambas comisuras con

la lengua.

—Una recomendación para ingresar en la Volkspolizei o en la Stasi en Berlín. Porque como Heinrich es amigo de Ulbricht, le tiene que ayudar a ascender. ¿Cómo te quedas, Eleonora? Heinrich le tiene que ayudar porque sí. Obviamente, Heinrich le dijo que eso no dependía de él, que las estructuras de... —bajando la voz—, de la Stasi y de la Volkspolizei, tú me entiendes, tienen sus propias reglas y... el chivato, porque es un chivato el Amstelheim ese, se puso a chillar como una niña, que yo le escuché. Lo vi venir nada más entrar, le iba a dar una pataleta de niño. ¡Si hasta lo increpó a Heinrich diciéndole que o lo ayudaba a irse a Berlín o él hablaba!

Ella está pendiente de los movimientos de la boca de Maria Groß, de sus labios rojos y de las pequeñas estrías que los circundan.

—Como te podrás imaginar, Heinrich le dijo que hablara todo lo que quisiera y con quien le diera la gana... En nuestra familia no tenemos nada que ocultar, el chivato de Amstelheim piensa que todas las familias de Stralsund son como la suya... ¿Me das un vaso de agua, Eleonora?

Ella se levanta y va hasta la cocina.

—Yo sé muchas cosas de ese chico porque me las cuenta Albert, mi hijo. Ellos son muy amigos, aunque siempre le he dicho a Albert que se cuide de los Amstelheim, que son gente muy rara. Siempre le insisto a Albert que procure hablar lo menos posible con Peter y con Karl. En realidad, temo que mi hijo se vaya de la lengua, que cuente cosas que no se deberían conocer... Gracias, Eleonora, el venir corriendo hasta aquí me ha dado mucha sed.

Ella se vuelve a sentar y se pasa las manos húmedas por la falda.

—Su padre lo protege mucho. Heinrich tiene adoración por el niño, y yo también, lo confieso, pero Albert sólo tiene dieciocho años y me da la impresión de que para él la vida aún es un juego.

Ella mira cómo se bebe el agua, de un solo trago vacía el vaso y se lo devuelve. Ella coge el vaso y le mira el fondo, lo inclina un poco, comprueba que efectivamente la señora Groß no ha dejado ni una gota.

—Y no es la primera vez que el chivato ese de Amstelheim aparece por mi casa. Heinrich lo ha ayudado mucho, tal vez demasiado. Dos o tres veces a la semana lo veo que llega, con gafas de sol incluso cuando llueve, con impostura y se encierra en el despacho con mi marido a contarle historias de la gente de la ciudad. El chivato lleva y trae, no hace otra cosa en todo el día, hasta habla mal de su propio padre, que no es ningún santo de mi devoción el médico granuja, pero es su padre.

La señora Groß se queda pensativa, mirándose el anillo, se lo toca, lo gira en el dedo, lo saca hasta la uña y lo vuelve a calzar en su sitio. Ella sigue todos los movimientos, espera a que todo aquello conduzca la conversación a algo.

—Y lo que más me molesta es que Heinrich siempre saca tiempo para dedicárselo a él, para escuchar los chismes del gandul...

La señora Groß vuelve a mirarse el anillo. Suspira y mira a la escalera.

—Heinrich siempre saca tiempo para el chivato y para viajar a Berlín o, sencillamente, para coger el coche e irse, aunque jamás me cuenta adónde va. No es que yo desconfíe de él, Eleonora, no, porque sé perfectamente que me quiere, pero me molesta. Tú sabes como somos las mujeres y no me gusta sentirme desplazada. Si yo hablara... Lo mejor va a ser que continúe callada. Menos mal que te tengo a ti, Eleonora, por lo menos me descargo un poco cada vez que te veo.

Ella deja el vaso en la mesilla y se retuerce las manos, se siente incómoda, impaciente, no sabe cómo deshacerse de la señora Groß. Ella mira hacia arriba, hacia la escalera, siente que por alguna razón la mujer lo ha hecho unos segundos antes.

—No te preocupes, Eleonora, de ti y de la niña no ha contado nada. ¿Los Amstelheim, mi marido y yo seguimos siendo los únicos que sabemos que Annette está aquí contigo?

Ella la mira a los ojos y no contesta. Se quita el sombrero y lo deja a un lado, se acaricia la clava.

—No han vuelto a lastimarme. Los murciélagos no han vuelto a hacerme daño.

—Será que el sombrero que llevas los asusta... Como los muñecos de paja que colocan en las huertas.

—¿Tú crees? —ella sonríe esperanzada.

Sin razón aparente, las lágrimas vuelven a surcar las mejillas de la señora Groß. A ella ya no le importa y se pone de pie.

La mujer también se levanta, se limpia los ojos con un pañuelo, se mira los lamparones de sudor y agita la cabeza resignada.

—Mañana a las diez te espero en casa con los vestidos. No te demores que tengo que coger el tren de la una a Berlín. ¡Eres la costurera de una mujer muy importante, Eleonora! Te recomendaré a mis futuras amigas de Berlín y a la mujer del embajador soviético... ¡Ah! Y prepárate, tendrás que hacerme un baúl lleno de trajes para cuando me toque acompañar a Heinrich a Moscú, allí tendremos que asistir a cenas en el Kremlin... Dale un beso a Annette de mi parte, ya debe de estar muy crecida... No la veo desde hace... cinco años, sí, desde 1955.

Ella espera a que la señora Groß termine de hablar y salga de su casa para cerrar la puerta. Espía a través de las rendijas de la celosía cuando se marcha y la ve darse la vuelta antes de llegar a la verja:

—¡Pon la radio, Eleonora! —le grita.

Ella se aleja de la ventana y, sin pensarlo, se encamina hacia la habitación de la costura, coge una tela roja de la estantería donde las tiene colocadas por colores, la extiende encima de la mesa, de memoria dibuja un boceto con una tiza y después corta e hilvana.

A las cuatro de la madrugada ella continúa sentada delante de la Veritas; el traqueteo del pedal de la máquina de coser se funde, por momentos, con la canción gutural que entona Annette en su habitación de la planta alta.

DIECINUEVE

—Tienes cara de no haber dormido en toda la noche.

—Sí, he dormido.

—Pero si tienes los ojos hinchados...

—Sí, he dormido toda la noche.

Ella mantiene la mirada fija en el entrecejo de Sibylle para evitar que el sueño la derrumbe. Le escuecen los ojos después de haberse pasado toda la noche cosiendo los vestidos que Maria Groß va a llevar al funeral.

Ella se levanta de la silla y sale al patio por la puerta de la cocina restregándose los ojos. Sibylle la observa y, seguramente, no entiende por qué se comporta así, se estará preguntando qué es lo que ha pasado con aquella mujer que conoció cuando era una niña, cuando venía a jugar con Annette y las dos juntas bebían leche con galletas de nuez, sentadas en esta misma cocina.

Ella se mete en el pequeño cobertizo del jardín donde guarda las herramientas y sale con una tijera de podar. Sibylle la mira a través de los cristales. Ella se calza unos guantes de hule que se hizo hace mucho tiempo con los restos de un mantel, una tarde en que Annette estuvo tan mala, sin poder respirar casi, que ni se movió de su lado.

Coge la tijera y con un solo corte hace caer al suelo una rama seca del almendro.

—¿En este rincón del jardín fue donde te sorprendieron Peter y Karl?

Oye una voz a su espalda antes del segundo corte y se sorprende. Se había olvidado de que Sibylle Müller estaba sentada en la cocina. En verdad, a ella le molesta mucho que esta chica la visite, hacía muchos años que no lo hacía y podía seguir todo igual. Hoy ha tenido que echar la llave a la puerta de la habitación de Annette y rezar para que la niña no se ponga a cantar cuando Sibylle se le instala a fumar y a beber café en la cocina.

—Hace dos noches estuvieron discutiendo.

¿Quiénes estuvieron discutiendo? Ella se ha perdido en la conversación.

—Albert me lo contó. Discutieron aquí mismo, en la calle, entre nuestra casa y la de los Amstelheim.

Ella mira los cuadraditos de colores del hule de los guantes, sujeta la tijera debajo del brazo para poder ajustarse el guante derecho, el que siempre se le escurre. Va a tener que descoserlo y meterle un poco la costura. El hilo negro se le está acabando, por la tarde tiene pensado ir a la mercería de la Langenstrasse a por algunos carretes.

—Peter está furioso contigo, Eleonora, se siente humillado...

Los ojos de Peter se clavan en los suyos. Ella parpadea. Coge la tijera y hace una segunda castración certera. La rama, más grande que la anterior, cae al suelo esparciendo las hojas. El extremo de una rama le roza la rodilla. Ella mira una hoja

pequeña que se escurre por entre su tobillo y la lengüeta, por debajo de los cordones de los botines.

—Peter quiere que Albert y Karl le ayuden a darte una paliza. Bueno, en realidad lo que quiere es que Albert y Karl te la den. Albert me contó que Peter a eso le llama dar una lección para que así no vuelvas a desafiar su autoridad...

Ella se agacha, introduce dos dedos debajo de la lengüeta del botín, extrae la hoja y se la acerca a la cara. Le observa las nervaduras y los bordes resecos, como chamuscados. La hoja se está muriendo, piensa, y le produce una cierta pena.

—Ellos se niegan a hacerlo. Albert me ha dicho que su padre no lo consiente, parece ser que Groß te protege, algo de eso yo ya sabía.

La oye que ríe tímidamente, pero no le hace caso. Se siente ridícula, es una hoja, sencillamente una hoja que ha cumplido su ciclo. Abre un poco los dedos para dejarla caer, pero acaba apretando el puño y estrujándola hasta convertirla en polvo.

—Yo no presencié la discusión, pero Albert me lo ha dicho todo...

Ella abre la palma y la brisa lleva los restos de la hoja hasta los pies de un rosal.

—El hecho de que yo esté aquí, contándote estas cosas, resulta muy arriesgado. Si Peter se entera... no sé... Tiene amigos poderosos y capaces de cualquier cosa. Te lo digo para que tú también tengas cuidado.

Ella vuelve a acomodarse el guante que le va grande. Se restriega los ojos con el antebrazo y mira los rizos de Sibylle que le bailan en la frente.

—Albert es un buen chico y yo le amo. Me gustaría que no pasara tanto tiempo con Peter...

—¿Tú sabes qué es lo que le ocurrió al marica en la estación de Grünhufe?

Sibylle abre los ojos. Ella lo suelta a bocajarro y la chica parece desconcertarse. Abre la boca, se le cae la mandíbula.

Ella se da la vuelta y se aleja unos pasos. Empieza a podar la hiedra adherida a la tapia lindante con el terreno baldío. Dibuja una línea imaginaria y corta, con destreza y rapidez, todas las hojas que sobresalen. De vez en cuando, las mira caer muertas en el suelo creando una alfombra parda y verde.

—¿A quién te refieres?

—¿De verdad crees que Albert Groß es un buen chico?

—Sí, lo creo, pero qué tiene que ver con lo de la estación de Grünhufe...

—Su madre también lo cree. Y eso está bien, es su hijo y tú eres...

—Su novia.

—Eso, su novia.

Ella se clava los dientes superiores en el labio inferior y avanza un par de metros podando la planta trepadora. Siente que se le humedecen las axilas y las palmas de las manos forradas con el hule. Se detiene, respira hondo, se seca la frente con una mano y se asoma a ver por encima del muro. Apoya la barbilla en el frescor de los musgos que nacen en la herida de la pared, donde se abre una brecha. A dos o tres metros de distancia, un hombre de cara redonda y bigote rubio la mira fijamente. Ella lanza un

grito ahogado. Se da la vuelta, suelta la tijera, coge a Sibylle de un brazo y corren a la cocina.

—¿Qué me van a hacer? Tu novio y sus amigos, ¿qué van a hacerme?

—Albert no te va a hacer nada, su padre se pondría furioso, y con Peter nunca se sabe, él es impredecible y pretende independizarse de Heinrich Groß, aunque todos lo vemos bastante complicado.

—¿Pero por qué me quieren hacer daño?

—No lo sé, pero te aseguro que acabaron discutiendo a voces en la acera, junto al coche. ¡Hasta llegaron a pegarse!

El puño de Peter se estampa contra el pómulo de Karl, quien trastabilla y se va para atrás, de espalda contra la puerta del Trabant. Un segundo puñetazo en el estómago y Karl se dobla por la cintura. Un hilo de baba le cuelga de la boca y lucha por mantener el ritmo de la respiración... Peter se aleja un par de pasos hacia atrás y observa a su hermano. Cuando Peter ve que Karl va a caer de rodillas al suelo, lo coge del cuello de la camisa y lo obliga a levantarse.

—¡Pégale! ¡Pégale! —Peter le grita a Albert Groß.

Albert está parado y con los brazos tiesos a los lados, pasándose compulsivamente la lengua por el labio inferior.

—¡Pégale!

Albert se niega a hacerlo moviendo la cabeza y sin mirar a Peter. Entonces, Peter vuelve a arremeter contra el pequeño Amstelheim: un golpe en el ojo izquierdo y un rodillazo en los testículos. El chico cae al suelo quejándose de dolor...

Ella se sobresalta.

Karl tiene el pecho manchado con la sangre que le sigue saliendo de la nariz y de la boca. Ella se acerca al fregadero y coge su taza astillada, la pone debajo del grifo y la llena de agua. Se la bebe de un trago, como hizo Maria Groß en su salón el día anterior.

Sibylle está visiblemente asustada, es obvio que ella no entiende lo que le pasa. Da un paso al frente e inmediatamente lo desanda; extiende los brazos y los repliega a los lados restregándose los dedos.

—¿Eleonora, estás bien?

El ojo de Karl Amstelheim está enrojecido por fuera y con un derrame por dentro. Albert Groß se agacha junto a Karl y le palmea la cara. Está anocheciendo. Karl no abre los ojos y le cuelga el labio inferior. Aún así, Peter le pide a Albert que golpee a Karl, que lo haga si no quiere pagar demasiado cara la desobediencia. Albert ni siquiera lo mira.

—Después de la pelea, Peter se alejó a hablar con uno de los agentes de turno que la Stasi tiene apostados en la esquina...

¿La Stasi? Ella se lleva una mano a la oreja y se rasca sin que le pique.

Peter tiene la espalda ancha y anda con los brazos abiertos y un poco encorvado, no como su padre sino como un simio. Ella cree ver que los pies de Peter tienden a

salírsele levemente hacia afuera. Peter se acerca a la ventanilla del coche que espera en la esquina, el mismo que estaba allí cuando por la mañana temprano le llevó a la señora Groß el vestido para el funeral.

—Nadie le ha vuelto a ver desde entonces... Tienes que estar prevenida, Eleonora.

Ella le hace un gesto con la mano para que baje el volumen de la voz y mira hacia atrás, al patio, a través de la ventana.

—Hace unos minutos, cuando estábamos en el jardín y me asomé por encima del muro, en el baldío había un hombre mirándome. Es curioso, hace lo mismo cada vez que salgo al balcón de mi dormitorio o cuando le llevo un vestido a una clienta... Aunque creo que no se trata siempre del mismo hombre...

—Es uno de los agentes de la Stasi. No es siempre el mismo, se turnan. Están sentados en ese coche que hay aparcado en la esquina. Tienen instrucciones de Groß de que vigilen el barrio, sobre todo a mi padre...

—¿A tu padre? ¿Por qué?

—Desde que murió mi hermana Bettina, mi padre empezó a pedirle explicaciones a Heinrich, quiere saber quién la asesinó. Pero él acusa a mi padre de hacerlo para desestabilizar a la RDA.

—¿Cómo?

—Mi padre es ossi y dicen que trabaja para Occidente...

—¿Qué es un ossi?

—¿No lo sabes? Todo el mundo sabe que nosotros somos los wessis y ellos, los que viven al otro lado de la frontera, en la República Federal, son los ossis. Mi padre nació en Düsseldorf y lo consideran un infiltrado capitalista que colabora con Alemania del Oeste.

Ella se traslada hasta Düsseldorf, recorre mentalmente el mapa desde Stralsund: Rostock, Lübeck, Hamburgo, Bremen, Dortmund, Essen y Düsseldorf. Todo esos nombres le resultan infinitamente lejanos, nombres de ciudades que vienen a su cabeza y que los sabe de cuando iba al colegio. Son conocimientos velados, escondidos en la memoria...

¿Ossis y wessis? Ella le da vueltas a los dos términos, piensa en cómo serán los de aquel lado. Piensa en el señor Müller y le busca las diferencias con los demás hombres de Stralsund...

Ella la ve que se lleva una mano a la cara. Los ojos le brillan más que de costumbre y la mirada se le pierde en un punto desconocido.

—Los de la Stasi vigilan a todo el barrio, Eleonora, conocen todos nuestros movimientos. Nos tienen controlados.

—¿Stasi? ¿Qué es eso?

—¿Tampoco sabes lo que es la Stasi? No existe ni un solo alemán que desconozca qué es la Stasi...

—No sé que es la Stasi.

—Es el Ministerio para la Seguridad del Estado.

—¿¡La Gestapo!?

—No exactamente, pero se parecen.

Ella se frota las manos compulsivamente.

—Seguro que ese hombre estaba junto al muro escuchando nuestra conversación.

—Seguramente. Triste trabajo el de esa gentuza... Ese es el trabajo de Peter Amstelheim, ¿lo sabías?

—Estoy cansada.

—De acuerdo, me voy, Eleonora.

Ella baja la cabeza al suelo y cierra los ojos. Tiene sueño y le duelen ambas sienes.

Ella siente la tibieza de los labios de Sibylle sobre su mejilla. La chica la besa con dulzura y a ella se le afloja el cuerpo. No recuerda cuándo fue la última vez que recibió un beso. No recuerda si le han dado alguno antes, supone que sí, pero no se acuerda ni cuándo ni quién.

—Otro día vengo a visitarte, cuando hayas descansado...

—He dormido toda la noche.

—Y me cuentas qué le sucedió al marica en la estación de Grünhufe.

Sibylle sale por la puerta de la cocina, como la vez anterior. Al pasar delante de la ventana, la chica levanta la mano para saludarla. Ella le mira la sonrisa, le parece que es muy bonita y también le gustan los rizos rubios porque la hacen mucho más bella.

—Cuídate de Albert Groß, pequeña.

VEINTE

Los campesinos de nuestra Alemania han redoblado los esfuerzos de colectivización voluntaria...

Llaman a la puerta cuando ella está escuchando las noticias de la tarde por la radio:

El líder del Partido Socialista Unificado ha visitado algunas granjas socialistas en Dresde y ha felicitado...

Ella gira la perilla de la radio, deja encima de la mesa de la cocina los guantes de hule y cruza el salón mirando a lo alto de la escalera por si Annette está fuera de la habitación.

Se asoma a través del visillo y ve al hombre de cara redonda y bigote rubio que había visto al asomarse por encima del muro del jardín.

Abre la puerta, sólo un poco, y siente la presión del pie del hombre empujando hacia adentro. Ella cede y él entra, saca un pañuelo del bolsillo del pantalón y se suena la nariz.

—Buenos días, señora Schmidt.

Ella está a punto de decirle que se ha equivocado de persona, que ese no es su apellido, pero de repente se acuerda de que alguna vez estuvo casada con un Schmidt del que no sabe nada.

El agente de la Stasi se pasea por el salón, mira los cuadros y los objetos, los recorre con dos dedos. Cuando llega a los pies de la escalera, levanta la cabeza y mira hacia arriba. Ella se aprieta los dedos de una mano con la otra y así, cuando él le habla, sólo percibe el dolor físico.

—¿Está durmiendo?

Ella le mira. ¿Todos se dan cuenta de que ha pasado la noche trabajando en el vestido de la señora Groß? Y niega con la cabeza.

—Qué extraño, cuando está despierta suele cantar. Así es como usted le llama a los chillidos guturales de la niña, ¿verdad?

Ella siente que la sangre le abandona y que el cuerpo se le congela. ¿Quién le ha hablado de Annette a ese desconocido?

—Quiero que olvide todo lo que hoy le ha contado Sibylle Müller en la cocina, ¿le queda claro?

No, a ella no le queda nada claro y le mira, un poco alejada de la realidad.

—¿Me está entendiendo, señora Schmidt?

—Sí.

Ella miente. Annette se revuelve en la cama, intenta desgarrarse la venda, se clava las uñas en la carne de los muslos... Ella abre la puerta de la calle, invitándolo a salir. Se trata de un gesto inconsciente, sin pensarlo.

Él se acerca y de un portazo la vuelve a cerrar. Ella se sobresalta y el corazón se le acelera.

—Yo decido en qué momento me voy, señora Schmidt, y todavía no he terminado.

Ella baja la cabeza y ve los zapatos negros del agente de la Stasi.

—Debería pasarles betún, se le están ajando a los lados.

—Señora, se lo repito, usted no ha hablado con Sibylle Müller, nada de lo que ella le ha contado es cierto. ¿Ahora me entiende?

—Sí.

—La próxima vez que hablen de supuestos crímenes o de personas que representan al Partido, le advierto que Annette, esa niña con los ojos vendados que tiene allí arriba, desaparecerá de esta casa y no la volverá a ver.

Ella levanta la cabeza y le mira a los ojos: son pequeños, de color verdoso y se apoyan sobre dos bolsas violáceas. Ella le mira los labios que se mueven y el bigote rubio encima, pero no oye nada. Nota la cabeza como si la hubiera metido en el fondo del mar, sin oxígeno.

Lo ve irse. La saluda inclinándose un poco, de manera galante. Le da la espalda y se marcha colocándose un sombrero de fieltro.

Ella cierra la puerta y se derrumba. Cae al suelo en un estado de seminconsciencia.

VEINTIUNO

Ella está de pie, liada entre las costuras. Lleva un buen rato sin mirar el reloj. Ya es casi la una de la madrugada.

Está inclinada sobre la mesa de trabajo, es como una figura oscura y curvada con una bola redonda por cabeza y manos ágiles con la tijera. Da el último corte a una tela de lona. Manipula retazos largos cortados en tiras de unos cinco centímetros de ancho.

Se sienta, apoya el pie derecho en el pedal y con la mano le da el empujón inicial a la rueda de la máquina de coser. Desde cualquier parte de la casa se oye el ronroneo de la Veritas. El pie derecho, enfundado en el botín negro con los cordones desanudados, se balancea hacia abajo y hacia arriba. Afuera resopla el viento. Ella ha oído por Radio Berlín, mientras escurría las patatas para acompañar el chucrut de la cena, que se esperan tormentas de lluvia con fuertes ráfagas de viento en toda la costa báltica. Aún no se ha dado cuenta, pero el viento sopla y martillea la puerta mal cerrada del cobertizo donde guarda las herramientas.

Coloca las tiras de tela una encima de la otra y le da algunos hilvanes para que no se muevan. Después, la aguja empieza a clavetear a toda velocidad por los bordes a todo lo largo de las tiras. Se detiene cuando llega al final, observa el trabajo, parpadea calmando el ardor de los ojos y otra vez empieza a pedalear. Cuando termina con los bordes, pasa la aguja por todo el centro de las tiras, de un extremo al otro, reforzando la unión de los retazos.

Al acabar, se levanta y mira el resultado con detenimiento: una cuerda de colores de unos cuatro metros de longitud. De la caja saca una bobina de hilo negro y del brazalete alfiletero una aguja como para suturar la herida de un caballo. Enhebra y clava en el género empujando con la falange callosa del dedo mayor.

Ni un segundo deja de rular malos pensamientos. De vez en cuando, se alivia recordando que por la ventana de Annette es imposible que salga o entre nadie porque ella misma la ha tapiado. Le llevó toda una tarde el disponer las traviesas de madera que encontró apiladas junto a la estación de Stralsund-Rügendamm para que quedaran adheridas a la pared del lado de adentro. Arrastró las maderas por la calle, a la anochecida, durante toda una semana de viajes agotadores. Y cubrió ventanas y traviesas con las cortinas con flores rosas, las que hizo para adecentar la habitación cuando se reencontró con la niña.

¿Qué le puede pasar a Annette? Se detiene unos instantes para calmar el temblor de las manos. Cierra los ojos, respira hondo... Exhala... La niña tiene la boca abierta, ella no entiende si empezará a cantar o sólo lo hace para poder respirar mejor... Abre los ojos y no la ve, se asusta y se acuerda de que está arriba, que Annette duerme

desde hace horas.

Corta el hilo negro con los dientes y devuelve la aguja al brazalete calzado en la muñeca izquierda. Coge la cuerda y tira con fuerza para comprobar que los puntos no saltan ni las uniones se deshacen. Por la tarde ha intentado comprar una cuerda de cuatro metros, pero no la encontró. Alguien le da un contacto del mercado negro y le piden más marcos de los que ella se puede permitir por cada metro. Se gira sin despedirse y sale acomodándose el sombrero negro de ala ancha, ni siquiera escucha los insultos del vendedor ni las risotadas que le siguen.

Ella se frota los ojos por el escozor y siente unas punzadas dolorosas, pequeñas venitas que se desangran. Se mira los ojos irritados en el espejo pequeño que tiene junto a la Veritas, encima de la mesa de apoyo donde suele dejar la taza desconchada humeando café. Duerme poco. Y el poco sueño casi siempre va acompañado de muchas pesadillas y miedo. Miedo al regreso de los murciélagos cuando comience a clarear, a la vuelta del Trabant y a las voces que le atenazan el alma. Su cuerpo y su mente están sumidos en el agotamiento.

Y un miedo nuevo: las palabras amenazadoras de ese hombre rubio de cara redonda. Su cabeza no se detiene ni un instante, no ha parado desde que el agente de la Stasi apareciera en la puerta y se metiera en su casa...

¿Y si ahora mismo la está observando a través de alguna ventana?

El corazón arremete en un bombeo desbocado. Ella se pone de pie y asoma la cara por el cristal del cuarto de costura. La noche es cerrada, afuera no se ve nada. Abre la ventana y el aire frío del mar le da en la cara. Ella se siente más aliviada. Mira hacia el cielo, gris plomo, la lluvia es inminente. Los árboles del jardín se balancean y la gata da un maullido que la echa para atrás del susto. El animal se encarama en el alféizar y salta hacia adentro. Ella escucha el segundo maullido y cierra la ventana, le da pena que acabe toda empapada o que tenga que dormir en el cobertizo con esa portezuela que no para de repicar.

De encima de la mesa, ella coge la cuerda de tela, apaga la lamparilla y sigue a la gata hasta la cocina. Tercer maullido, el de la comida. De la fresquera saca una pequeña bolsa con carne picada que le deja en la alfombrilla delante de la puerta. La gata ronronea y mastica.

Ella mira por la ventana en dirección al muro, pero está todo muy oscuro. Ella tiene el presentimiento de que la están observando y el murciélago la pone sobre aviso, ella lo siente recular por dentro de la vena a la vez que el corazón le duele de tanto agitarse. Extrañamente, le da pena el murciélago cuando piensa en los golpes de sangre que tiene que estar soportando constantemente en la cara. Ella vuelve a restregarse los ojos y espera a que la gata acabe de comer, mirándola abstraída, pendiente de los ruidos, del choque de las ramas de los árboles entre sí, del viento intentando colar su aliento por las ventanas.

La gata lame la bolsa y nada más terminar le dirige a ella una mirada de superioridad e indiferencia, se relame y luego se asea. Ella, mientras tanto, alisa las

puntas del tapete de ganchillo y recoloca las agrias y pardas manzanas Boskoop en el plato que adorna el centro de mesa. Corre las cortinas de flores marrones y sigue la ronda hasta las ventanas que dan a la calle. La gata la sigue, jugando con el extremo de la cuerda que ha estado cosiendo, que le cuelga de una mano y que lleva arrastrando por el suelo.

La calle está desierta, casi silenciosa, si no fuera por el viento. Los Müller tienen las luces apagadas y ella piensa que debe ser tarde.

Se agarra al pasamano de la escalera y sube. La gata se la queda mirando, perezosa, sentada en el primer escalón. Ella sube a tientas, con las luces apagadas, oyendo el roce de la cuerda por los filos de los escalones y que la obliga a detenerse cada dos o tres pasos, temerosa de que alguien la persiga. El sonido llega a ensordecirla, se pasa la mano libre por las orejas, cierra los ojos y resopla por la nariz. La cuerda gime y se detiene a la vez que ella sube los peldaños y se para. Deja de mirar atrás, pero siente frío y al llegar al pasillo de la planta alta se sobresalta con las sombras de las ramas de un árbol reflejadas en la pared de su dormitorio.

Enciende la luz del pasillo y avanza hasta la puerta de Annette. La pequeña duerme.

Ella se sienta en el borde de la cama. La luz del pasillo llega hasta los labios resecos de la niña. Ella mete dos dedos dentro del vaso con agua que hay encima de la mesilla y le humedece la boca. Annette, dormida, saca la lengua como los pajarillos que esperan que su madre les acerque la comida.

Ella mira hacia la ventana, se levanta y descorre las cortinas para comprobar que los listones continúan allí. Toca uno de los nudos agujereados de la traviesa y acerca la nariz, huele a madera curada y a combustible de carbón.

Ella oye un ruido fuera, algo que se cae a plomo y la niña se sacude en la cama acechada por un sueño. Los murciélagos están allí otra vez. El viento les impide entrar en el refugio. Ella mira la manta que cubre la cama de Annette y descrea que esos espasmos sean provocados por una pesadilla, la pequeña está siendo asaetada por los animales. Tiene los brazos fuera de la manta y le ve las manos cerradas en puños. Han debido colarse en la habitación de la niña desde la suya, donde anidan en lo alto de la ventana. Mira otra vez a las traviesas, pero por allí es imposible que se hayan metido, la ventana está cerrada a cal y canto. Junto a las patas de la mesilla de noche, divisa pequeñas motas de barro seco, se agacha y coge una, la aprieta entre los dedos desgranándola, formando una minúscula montaña de polvo en el suelo.

Han estado allí, en la habitación de Annette, han entrado y la han asustado y ahora observan desde algún sitio. Se siente vigilada, lo percibe. Ella corre al armario y abre la puerta de golpe, mira en los estantes, abre los cajones, mueve las perchas... Todo parece estar en su sitio, no ve nada anormal. Pero ellos han estado allí hurgando, espiando a la niña...

Oye los susurros de sus conversaciones que vienen de donde está Annette acostada. Aprieta la cuerda que empuña entre los dedos en un gesto de rabia y la

suelta dejándola caer. Ella se lanza a golpear sobre la cama, empieza por los pies... Annette se despierta y se incorpora un poco a duras penas. Ella va subiendo hasta el pecho de la pequeña en un intento desesperado por impedir que acabe violada por ellos...

Annette grita. Está aterrada y no entiende qué es lo que pasa, no sabe porqué, ni quién la golpea.

Ella le quita la manta de un tirón y la niña queda expuesta, con el camisón abullonado en la cintura, las piernecitas delgadas con las rodillas hacia adentro y los dedos de los pies replegados.

—¡Annette, por Dios! ¿Qué te están haciendo, Annette? ¿Se han metido en ti, te están mordiendo?

Ella llora, vuelve a llorar desconsolada y cae rendida en cruz sobre los muslos de Annette. La niña sigue gritando, sentada en la cama.

Ahora, Annette también grita de dolor.

Ella se incorpora y la mira apenada.

—Déjame ver, Annette, déjame ver...

Le baja las braguitas y le abre las piernas y lanza un grito que tapa al grito de la niña que se queda paralizada, más aterrorizada aún de lo que estaba.

—¡Ya están adentro!

Ella se aleja de la cama y se pasea por la habitación, gira en redondo restregándose las manos y mirando a la niña de reojo. No sabe qué hacer. No sabe si llamar al doctor Amstelheim o intentar quitárselos ella misma...

—Annette, ¿dónde los sientes?

Annette sigue callada y con la cabeza inclinada, apoyando la barbilla en el pecho.

—¿Los estás oyendo?

Ella se acerca al cuerpo de la niña y le levanta el camisón hasta el pecho. Annette se revuelve un poco, pero ella la reduce a la fuerza. Le observa el vientre para ver si algo se mueve debajo de la epidermis. Apoya la oreja, está confundida, no sabe si son las tripas o los quirópteros desgarrándola por dentro. Vuelve a mirarle la entrepierna; con ambas manos le aparta un poco los labios del sexo y Annette se rebela dando patadas al aire y un rodillazo que asesta en su pecho.

Ella se aparta del cuerpo de la niña, se agacha para coger la cuerda y anuda una de las puntas en mitad del travesaño de metal de la cama que va del cabecero a los pies. Se asegura de que la tela que ha cosido resiste apoyando un pie en el travesaño y tirando de la cuerda. La niña no se mueve, expectante, con la respiración jadeante y entrecortada, sin saber qué va a ser lo siguiente que le hagan.

—Lo haremos así, Annette, hasta ver cómo te los saco de dentro...

Pasa la cuerda por encima del cuerpo de la niña y, con un movimiento rápido, se la enrosca con dos vueltas alrededor de la cintura y tira para ceñirla. Annette intenta zafarse, pero nota que la tela de la cuerda se le hunde en la carne y afloja la presión. Ella rodea los pies de la cama y se coloca del lado contrario, de frente a la ventana

tapiada, y vuelve a tirar de la cuerda inmovilizando el cuerpo de la niña que reanuda los gritos.

—Es necesario que lo hagamos así, Annette, o ellos no te dejarán en paz. Te los tengo que quitar del cuerpo...

Ella coge la punta de la cuerda sin anudar y la enrosca varias veces alrededor del muslo derecho de la niña antes de hacer el segundo nudo en el otro travesaño de metal de la cama.

—Voy a apagar la luz, Annette... Verás cómo salen de ti y regresan a la oscuridad de la habitación.

Ella se siente culpable una vez más. Si no hubiera encendido la luz del pasillo cuando subió de la sala de costura, ellos, probablemente, no se hubieran metido dentro del cuerpo de Annette, sólo la hubieran rondado hasta el amanecer observando cada uno de sus movimientos. Ella tiene la culpa, a Annette siempre le ocurren cosas por sus descuidos...

Mira a Annette. La chica está tendida encima de la cama, gruñendo y sin más ropa que el camisón subido hasta el ombligo. Ella teme que los murciélagos cuando salgan del cuerpo de la niña no quieran volar y se queden escondidos entre las sábanas y la manta.

La observa desde el marco de la puerta. La niña se revuelve como un monstruo. Son los murciélagos que no la dejan en paz. ¿Cuántos son? Eso no puede ser el trabajo de uno solo, tienen que ser varios, tienen que ser muchos... Cierra la puerta y los alaridos de Annette se atenúan un poco, no demasiado.

Así va a estar mejor, así no se la va a llevar nadie. Los chicos del Trabant no le harán daño. El hombre rubio tampoco. Nadie le va a dañar a Annette.

Uno... Dos... Tres... Cuatro... Cinco... Seis... La puerta del cobertizo sigue siendo apaleada por el viento. Ella cuenta cada golpe con los dedos hasta que una explosión le hace perder la cuenta. Corre a la ventana de su dormitorio. La noche está oscura y Stralsund sumergida en la virulencia del aguacero.

Ella ve la tromba de agua chocando contra la laja del mirador de su habitación, es una cortina líquida que se convierte en alfombra líquida y que se precipita al jardín por el filo del balcón. De fondo, escucha a Annette. Ni rastro de la explosión. Tiene que haber sido del otro lado del Mercado Antiguo, más hacia el norte, o hacia el este, por donde la estación de Stralsund-Rügendamm, donde recogió las traviesas para el dormitorio de la pequeña.

Si tan sólo el doctor Amstelheim pudiera revisar a Annette... Pero no son horas, el reloj marca casi las dos de la madrugada y llueve, llueve mucho. En un rincón de la ventana, del lado de afuera, la observa, hecho una bola negra, un murciélago pequeño, aterido por el frío y mojado por el agua.

El sonido de las turbinas de un avión volando por encima de la ciudad rasga el sonido de la lluvia y las voces que da Annette. Ahora entiende lo de la explosión. La Wehrmacht contraataca a los barcos de guerra soviéticos que se acercan a la isla de

Rügen. Ella escuchó las conversaciones en la cola del mercado... Los que por la mañana pudieron asomarse a la costa comentaban el espectáculo que era ver avanzar por el lomo del Báltico hacia la ciudad a los barcos guiados por Carontes.

Annette llora. Annette se enfrenta a los murciélagos y ella se desespera sin saber qué hacer. Baja las escaleras y corre al gramófono. Enciende una lámpara de pie con la pantalla color ámbar y la estancia se torna cálida, amable.

Sus dedos corretean por entre los discos de vinilo y se vuelven a detener en uno de Paul Dessau. *La sentencia de Lucullus* resuena por encima de las lamentaciones de la niña, de los golpes de la puerta del cobertizo, de la lluvia y de los bombardeos de la guerra...

Ella se acuesta en el sillón, enroscada en sí misma, abrazándose las piernas y meciéndose. La gata no tarda en hacerse un ovillo a sus pies.

VEINTIDÓS

Es mediodía y ella no entiende qué hace un murciélago allí arriba, en la lámpara de su dormitorio. Se tiene que haber perdido. O no, quizás la está esperando. No tiene los diminutos ojos ni abiertos ni cerrados. Ella, sin dejar de mirarlo, retrocede con una mano apoyada en el marco de la puerta, como si temiera caerse. El animal permanece agazapado, ella lo agradece. Es como una pequeña bola oscura pegada a una de las desniveladas tulipas beige.

—¡Vete!

Ella tiene la intención de hacerle algún gesto con la mano, pero sólo le habla, respetuosamente. Con un hilo de voz vuelve a intentarlo por las buenas, mediante el diálogo.

—Te ruego que te vayas a tu habitación, esta es la mía.

El murciélago continúa en la misma postura y con los ojos ni abiertos ni cerrados. Ella enciende y apaga el interruptor de la luz hasta que el murciélago cae como un peso muerto encima de la colcha de la cama y ella exhala un grito de terror. Se mueve poco, las garras se le quedan calzadas entre los hilos del tejido. Hace un esfuerzo y se echa a volar torpemente, desde la cama hacia lo alto de la lámpara otra vez. El borde del ala roza uno de los caireles, que choca con el de al lado y este con el que le sigue produciendo un tintineo de feria.

—¡Déjanos! ¡Déjanos ya!

El murciélago vuela de la lámpara a una pared y de esta a otra. Ella, gracias a que el animal tiene la boca abierta, le ve el techo del paladar, de un color rosa intenso. Lleva los brazos extendidos, de ellos sale una membrana a modo de capa con la que pareciera protegerse la espalda. Ella cierra los ojos y los abre y se pasa la lengua por la boca reseca. Traga saliva.

El animal se choca contra las puertas abiertas de los armarios, se enreda en la manga de una chaqueta y empieza a chillar, con los ojos negros muy abiertos. A través de ellos, la observa o le pide auxilio. Ella no cree mucho en la inocencia de los murciélagos.

Ella se acerca hasta la mitad de la habitación después de un rato de no saber qué hacer. El murciélago repliega las alas, escala por la manga con cierta destreza y se escurre dentro de la chaqueta por el agujero del cuello. Ella lanza otro grito, seco, y un escalofrío le hace temblar el cuerpo. Siente asco, mucha repulsión y ahora sí que no tiene ni idea de cómo sacarlo de donde se ha metido.

—Sal de ahí.

Ella llega hasta la puerta abierta del armario y siente los golpes que da el corazón. Abajo, en el suelo del armario, ve el candelabro con la vela que usa cuando baña y le

cambia la venda a Annette. Piensa en darle una patada y sacarla fuera, pero ¿y si el murciélago en ese instante cae encima de su pie? Entonces, opta por estirar el brazo, coger la puerta con cuidado y cerrarla con contundencia. Va a por la silla que hay junto al armario y calza el respaldo en el tirador de la puerta del armario.

Ella observa la obra, pero teme que de repente la puerta se vuelva a abrir y que el murciélago salga espantado, directo a su cabeza y que la lastime otra vez. Se rasca la cabeza, el cuello y los brazos, no le pica nada, sólo son los nervios que le recorren el cuerpo como si se tratara de pulgas veloces. Y tiene temblores en las manos. Se toca el pecho cuando el murciélago que la habita abre los ojos...

De repente, en un raptó, corre escaleras abajo y regresa en cuestión de segundos con una escoba. Abre la puerta del armario encendida por la furia y golpea violentamente la chaqueta hasta que la prenda se descuelga de la percha y cae al suelo. Ella sigue dándole golpes, unas veces con la paja de la escoba y otra con el palo de madera.

Queda exhausta, pero no ve al murciélago por ninguna parte, no ve que su sangre humedezca y se filtre por los hilos de la tela de la chaqueta. Con mucho cuidado, mete el palo por la bocamanga, levanta la prenda y empieza a sacudirla con rabia. El animal cae, está bastante atontado, no sabe si porque le ha dado algún golpe o porque está mareado por las sacudidas.

Lo observa un rato y ve que las alas apenas se mueven, pero que su cuerpo late. Ella vuelve a retroceder, suelta la escoba y sale corriendo otra vez escaleras abajo. No sabe cómo lo hace, no sabe cómo ha podido bajar los escalones de tres en tres, pero lo hace. Coge el cuchillo que hay en la encimera, el mismo con el que ha estado cortando el pollo para la comida y sube a la habitación, esta vez mucho más lentamente.

El murciélago no está. Ella se acerca muy despacio, para verle antes de que le salga al paso desde cualquier rincón donde esté escondido. Mira debajo de la cama, mira hacia la lámpara de caireles, encima de la mesa, junto al zócalo del armario... ¡Allí está! Acurrucándose junto a unas cajas donde guarda algunas ropas de Georg, en esa caja es donde tiene que estar metido el traje de comunión, lo único que Georg conservaba de su niñez. Ella ve que el murciélago está algo desvalido y se agacha, lo gira con la hoja del cuchillo, le mira los ojos ni abiertos ni cerrados y se lo clava en medio de toda la tripa hasta que la punta afilada hace tope con la dureza del suelo. El murciélago estira las garras, quizás demuestra la intención que no había tenido hasta este instante: aferrarse al cuello de ella. Le ve las palmas arrugadas de las extremidades posteriores y las falanges de donde le salen pelos ralos y tiesos.

De repente, ella lanza un grito, horrorizada de sí misma, y suelta el cuchillo.

Se sienta en su cama, en el mismo sitio donde pone a Annette cada vez que la peina o que le cambia la venda. Mira al animal que abre un poco las alas y un poco más y otro poco... Ella se muerde el labio superior y se clava las uñas, inconscientemente, en las yemas de los dedos. En su habitación, como una música

tortuosa, Annette está con sus particulares charlas en solitario.

Se levanta y cierra la puerta del armario y le echa el cerrojo.

Ella se recuesta en la cama, está agotada, e imita al murciélago abriendo las alas, poco a poco. Vuelve a horrorizarse de sí misma y se pone las manos encima del pecho e intenta relajarse.

En el momento en que empieza a arrimarse al sueño, es cuando lo oye; es un ruido extraño, aunque cree que no se trata de la primera vez. Es un sonido como de alguien que estuviera masticando una goma.

Ella puede verlo, está bañado en sangre y mueve la boca, los bigotes le hacen cosquillas en las paredes interiores de la vena. Por los lados de la boca, le asoman unos caninos desparejos y otros muy pequeños por delante expuestos en una sonrisa de hiena. Ella traga saliva, más de la normal y otra vez siente escalofríos, uno detrás de otro.

Ella teme acabar volviéndose loca. Yergue un poco la cabeza y se mira los pies, los botines negros sin anudar y las pantorrillas delgadas con algunas manchas amarillentas.

—Recula y vete por donde has entrado.

Pero el murciélago continúa masticando.

—Anda, hazme ese favor, no quieras volverme loca.

Él tiene la mirada acoplada al horizonte, al final del túnel arterial, donde la vena desemboca en el corazón. Lo ve en una actitud de absoluto descanso, rumiando como las vacas que ella alguna vez ha visto a orillas de la carretera que une Stralsund con Greifswald.

El silencio no la ayuda. Por la calle no anda nadie y hasta Annette se ha confabulado en su contra ahora que ha dejado de cantar.

Hace un esfuerzo intentando concentrarse en la relajación, pero no puede apartar de su vista la boca del quiróptero.

—Cierra la boca. ¿Me oyes?

Cierra los ojos y se palpa entre el hombro y el nacimiento del seno. Coge el hilo que cuelga enhebrado a la aguja de coser que lleva siempre pinchada en la parte superior de su vestido y tira de él hacia abajo. Sin abrir los ojos, sus dedos remontan por el hilo hasta el ojo de la aguja y la aferran.

Ella se desabotona el vestido hasta casi el ombligo, se baja un poco el sujetador e introduce con suavidad la aguja en la carne, donde sabe que se aloja el murciélago. Intenta penetrar la vena con poco éxito. La sangre le parece un elemento resbaloso y quita la aguja. Coge aire y vuelve a clavar a pocos milímetros de donde lo hace la primera vez.

El pecho le llora en pequeñas gotas rojas hasta que no aguanta más el dolor y ceja.

—Vete de una vez, déjame sola...

Ella está derrotada y el murciélago sigue masticando.

VEINTITRÉS

Ella sostiene la taza astillada entre sus manos a la altura de la barbilla y apoya los codos en la mesa. Bebe el café en pequeños sorbos y mira de reojo una de las páginas locales del *Neues Deutschland*. Con parsimonia, mira al frente y mira al diario, mira al frente y mira al diario. Está confusa. Sorbe el café. Da vuelta la página y regresa a la anterior. Mira a través de la ventana y se aprieta los labios. La puerta de la cocina, la que conduce al jardín donde el cobertizo y la leñera, está abierta, y entra por ella el aire fresco del Báltico. Se oye el sonido amordazado de la sirena de un barco. La gata entra y sale con el rabo enhiesto, le clava los ojos, maúlla y vuelve a irse resignada al jardín.

Acerca la punta de la nariz al borde de la taza y aspira hasta que siente que todo su ser se le impregna del aroma del Mokka Fix. Tan sólo por un instante el olor del café suplanta al runrún de los pensamientos. Ella apura el líquido de un trago cuando le queda muy poco en la taza y se pasa la lengua por los labios. Se levanta, pone la taza debajo del grifo y deja escapar el chorro de agua durante un rato. Apoya las manos en la encimera y observa hacia el exterior. Abre la ventana y quita las hojas aleonadas de los tiestos con arándanos que hay en el alféizar. Cierra la ventana, desilusionada, ya no quedan frutos, los últimos se los comió Annette. Ella siempre se asusta cada vez que le ve a la niña las encías moradas por los arándanos.

Al darse la vuelta, le fallan las piernas y se aferra al respaldo de la silla, siempre que está nerviosa suele ocurrirle lo mismo. Allí está el periódico, lo mira del revés durante un rato, tarda en ponerlo del derecho.

Ella relee el titular en el *Neues Deutschland*: «Un traidor del socialismo comete un crimen en Stralsund con una espada *Zweihänder*». Junto al artículo, hay una foto de Heinrich Groß cuando era más joven.

Ella levanta un poco la barbilla y mira a la gata que acaba de sentarse en la alfombrilla de la puerta de la cocina y observa a su dueña con el cuello inclinado hacia un lado. El animal, harto de tanta indecisión por su parte, mueve los bigotes y el rabo. Ella siente náuseas. Siente que las hormigas que le caminan por dentro de las piernas son cada vez más.

Se sienta de espaldas a la ventana de la cocina, coge el periódico y mira fijamente a la cara al señor Groß.

La señora Groß está feliz. En Berlín los han tratado muy bien y, aunque a su marido no lo han nombrado ministro en el gobierno de Ulbricht, no pasará mucho tiempo hasta que lo consiga. Maria Groß tiene una fe ciega en Heinrich, sabe de su valía y lo eficaz que él es trabajando por el Partido en Stralsund.

La ve abrir la maleta que un rato antes había dejado encima de la cama y sacar el

vestido rojo que ella le hizo en una noche, el que la señora Groß se puso para la ceremonia de asunción de Walter Ulbricht, el nuevo presidente del Consejo de Estado de la República Democrática Alemana, lo leyó en el diario hace un par de días. Allí estaba toda esa gente importante de la que le habló Maria Groß, lo confirmaban en el *Neues Deutschland*. Desde el embajador soviético con su esposa hasta los pequeños líderes provinciales y sus mujeres, todos rindiéndole honores, poniéndose a su entera disposición. Todos unidos por el bienestar de los habitantes de la RDA.

A la señora Groß le impresiona Lotte Ulbricht, la esposa del Presidente. Ella lo sabe cuando la ve en la portada del diario. Una mujer chiquita y elegante, con un toque rural muy apropiado para un país que ha llevado a cabo su revolución, con el cabello recogido, gafas y un traje claro con guantes y bolso a juego colgando del antebrazo. Todos se le acercan a saludarla, ella se lo imagina, y la señora Ulbricht no deja de moverse de un lado para otro, su expresión denota nerviosismo.

La señora Groß levanta la percha de la maleta y el vestido rojo se despliega y cuelga en toda su extensión y volumen. La mujer lo observa con una sonrisa. Ella también lo ve sin dejar de mirar las gafas redondas de Heinrich Groß en la foto del periódico. La señora Groß lleva el vestido al armario.

Nuevamente, oye de fondo la sirena de un barco, aunque esta vez suena algo más lejana. La gata se restriega en sus piernas y a ella le gusta, la suavidad del pelo le calma el hormigueo.

*Crimen... Crimen... Stralsund... Crimen... Zweihänder... Crimen...
Traidor... Crimen... Socialismo... Crimen... Crimen...*

—Crimen...

Escucha su propia voz y se lleva una mano a los labios.

De los ojos le empiezan a caer lágrimas que ella trata de secar con el dorso de la mano.

Maria Groß abre la puerta del armario para colgar el vestido. Y se encuentra con los ojos y la boca abiertos de su hijo.

—Muy gracioso, Albert. Eres un estúpido, sal de ahí.

Ella no llora por Albert Groß, tampoco lo hace por su madre, ella tiene un nudo enquistado en el estómago que no sabe cómo deshacer. La gata se afila las uñas en la alfombrilla de la puerta, pero ella ni la escucha ni la ve.

Sus pensamientos son muy curiosos, porque sentada en su cocina se traslada al armario de la señora Groß cuando esta, después de algunos segundos, se da cuenta de que su hijo tiene el cuello atado al travesaño del armario. La empuñadura de una espada para dos manos le asoma a la altura del plexo solar.

El grito potente, la bocanada de extremo dolor, de sentimiento primigenio que ella oye salir de la garganta de la mujer de Groß acalla el silbido del barco adentrándose en el Báltico. Ella ni se percata del golpe que da en el suelo con el pie y debajo de la

mesa con la rodilla, pero la gata sí y corre afuera asustada, escabulléndose entre las plantas del jardín.

Ella tiene los ojos enfundados en un grueso lamento.

Crimen... Traidor... Crimen... Crimen... Stralsund... La mirada de ella choca contra una palabra y rebota a otra cualquiera del titular del *Neues Deutschland*. Los pensamientos saltan anárquicos del pasado al presente, de su casa a la de los Groß.

Después del grito de espanto de la señora Groß, sobreviene el silencio, como cuando pasa la tormenta y los pájaros vuelven a piar.

Heinrich Groß oye gritar a su mujer desde el despacho, desde la habitación blanca, que ella ha visto, que Maria Groß cuida con esmero cuando él está fuera de la casa y mira con recelo cuando él está dentro, acompañado y con la puerta cerrada. Por allí desfilan, le ha oído decir a su clienta Maria, los miembros del Partido Socialista Unificado, los lameculos, los arribistas, los alcahuetes que pueblan Stralsund, incluso alguna que otra mujer, siempre buenas camaradas. Allí mismo, cuando el, ahora muerto, Presidente Pieck todavía vivía, Heinrich le comunicó a Maria que tenía que irse a Berlín por un asunto muy importante que jamás le desveló.

—Alcánzame ese cuadro con cuidado —le dijo Heinrich Groß a su mujer, dejando el retrato de Pieck en el suelo, de cara a la pared, y colgando el de Ulbricht detrás de su silla de trabajo.

Él sale corriendo por el pasillo y se encuentra en la habitación a su esposa llorando, con la boca abierta y atragantada por el horror. Heinrich también tarda en darse cuenta de que a su hijo lo han asesinado y lo han metido dentro del armario; su atención se dirige a Maria, que está tan roja como el vestido que ahora mismo se apila en el suelo del dormitorio, entre el armario y el galán de noche donde él cuelga la camisa y el traje que se pondrá al día siguiente.

Heinrich Groß se lleva las manos a la cabeza cuando la mujer le señala el armario abierto. Se acerca despacio, sin hablar, conteniendo la respiración, arrastrando los pies.

De una de las tetillas de Albert cuelga una nota cogida a un alfiler de gancho, prendido a la carne. Heinrich mira la nota: *¡A la salud de Claus Lothar!*

VEINTICUATRO

—Diez años, ya han pasado diez años...

Cada año, cuando llega este día, cada 18 de septiembre, siento que voy a estallar, que explotaré en un alarido que hará que ella despierte y desaparezca de una vez y para siempre. Cada año, cada 18 de septiembre de cada año, tengo la ilusión de que me voy a liberar de la locura. Es una sensación pasajera, me refiero a la de poder liberarme, porque la melancolía tarda poco en volver a cubrirme, el desasosiego en volver a atraparme. Llevo quince años soñando con el suicidio, pero a ella jamás se le pasa por la cabeza esa posibilidad, ella nunca piensa en acabar con esto porque permanece aferrada a la niña. Ella vivirá mientras que Annette viva y después, al día siguiente que muera la niña, ambas nos alejaremos para siempre y yo quedaré aún más encadenada de lo que ya estoy al dolor y a la locura.

—Sí, diez años —oigo su voz resonando, reiterativa con el tema de la edad.

Annette cumple años y estrena una vuelta más de venda, ya no son nueve, ahora son diez capas de tela delante de sus ojos, cada doce meses su mundo se torna un poco más oscuro. Ella está satisfecha porque así es como Annette está protegida, cada vez más a salvo de los peligros.

—No tienes que agradecerme nada, Annette.

Ella ha escuchado una voz que le agradece los cuidados.

—Eras tan pequeña aquella vez, eras tan indefensa cuando tuve aquel descuido...

Ella la busca entre las piedras que deja la guerra, debajo de las orugas de los tanques con el corazón encogido, en los zaguanes y en los edificios abandonados; corre hacia donde la lleva el olor a putrefacción, la llama agachándose en los agujeros de los desagües de las alcantarillas y en las vías del ferrocarril, pregunta por ella a quien sea...

—Te juro que te busqué, Annette, te busqué por entre los escombros de la ciudad, fui al puerto, incluso, con el miedo que me dan los barcos de guerra...

Ella la busca por cada rincón de la ciudad y llega andando hasta Tribseer Vorstadt... Allí se queda, no puede continuar, no sabe hacia dónde se encamina y, además, le duelen mucho los pies...

—Me dolía todo el cuerpo, me acosté a la vera de la carretera y me tapé con el abrigo y me debí haber dormido, porque no recuerdo qué fue lo que sucedió después.

Ella acerca la boca a la mejilla de Annette y le roza la piel tersa con los labios. La piel es blanca, más bien parece ser translúcida. Si yo pudiera acercarme un poco más, estoy segura de que le vería la mandíbula y las venas, cada uno de los dientes y músculos faciales, pero ella no ve nada de eso. Ella no se da cuenta de que Annette se está quedando como esas hojas de otoño que son pura nervadura al desnudo, con un

contorno endeble que en algún momento pasado delimitó una forma.

—Me subieron a un camión militar, ¿sabes Annette? Los soldados eran todos muy jóvenes, los había rubios y morenos y la mayoría llevaba barba de unos días y me observaban y hacían comentarios entre ellos que yo no entendía y me preguntaban...

Sí, lo recuerdo, uno de esos camiones lleno de soldados hablando en ruso se detiene y la invitan a que se monte en la parte de atrás. Ella los mira sin moverse, desconfiada, entonces uno de los soldados se baja y le pregunta en un alemán extraño qué hace acostada allí. Ella está aterrorizada y él la coge de un brazo, la ayuda a levantarse y a subir. El camión se pone en marcha, el viento se cuele y zamarrea la lona. Ella mira hacia una esquina, en lo alto del toldo de la caja del camión, y ve un trozo de cielo, un círculo azul.

No entiende las preguntas que le formulan y se va quedando dormida, mientras oye los comentarios en ruso que se hacen los soldados entre sí. Ni siquiera se da cuenta de que le colocan una manta para taparle las piernas y la cintura.

Annette está sentada a la cabecera de la mesa y lleva puesto un vestido nuevo, como cada año. Esta vez ha tocado en color rojo y ha sido confeccionado con los retales del vestido de la señora Groß. Junto a la niña, ella dispone ordenadamente los botes de maquillaje, polvos y un pintalabios que extrae de una cesta de mimbre.

—Cuando llegamos a la Plaza del Mercado, el mismo soldado que me había ayudado a subir al camión me despertó. Sentí que unos dedos fuertes me cogían del brazo y que me tiraban para arriba. Me bajé del camión y allí me quedé cuando se marcharon. Tardé mucho en saber dónde me hallaba, Annette, tardé mucho hasta que me orienté... ¿Puedes creer que desconocía la plaza de mi propia ciudad? La plaza donde iba de pequeña, cuando era más pequeña que tú y la gente no era tan peligrosa, ahora es imposible ir allí, por eso nunca te llevo a la Plaza del Mercado.

Ella le coge la mitad del cabello de un lado y se lo peina en una coleta alta que amarra con un lazo rojo, de la misma tela que ha usado para darle las vueltas alrededor de la cabeza.

—Te estoy poniendo unos lazos de la misma tela que el vestido. ¡Te quedan muy bien!

Ella la vuelve a olfatear, lo hace de la misma manera que se reconocen entre sí los animales, sólo que ella lo hace porque le gusta el aroma del jabón que impregna la piel tibia de la niña.

Recoge la otra mitad de los cabellos y los sujeta con otro lazo rojo.

—Creo que pasó mucho tiempo, Annette. Sí, pasó bastante tiempo hasta que te encontré. Te trajo el señor Groß. La mañana era muy fría y había estado nevando durante toda la noche.

Él trae un sombrero negro con copos blancos acumulados en las alas. Los copos no llegan a derretirse durante la charla.

Ella abre delicadamente cada uno de los botes de maquillaje y prueba el

pintalabios dibujando una raya aceitosa en el dorso de su mano.

—¿Te gusta este color, Annette? A mí me parece precioso, aunque la gente de por aquí diría que es de un tono puta... Da igual, a mí me gusta y a ti también.

Ella coge una esponja plana y circular de color beige, la gira en la polvera y luego toca una de las mejillas de la niña. Annette, desprevenida, da un pequeño brinco con la cara, pero finalmente se deja hacer. Ella le aplica el polvo con mucho cariño, con la esponja hace movimientos circulares y pone especial cuidado en los pliegues donde se une la nariz con los pómulos.

—Le pregunté que qué quería...

El señor Groß se mueve hacia un costado...

—Y, detrás de él, apareces tú, Annette, tiritando como un pajarillo.

Al principio no la reconoce, la ve algo diferente a como la recordaba.

—Me pareció que habías cambiado mucho en poco tiempo.

Para entonces ya estamos en 1955, Alemania había capitulado hacía diez años y llegaban las primeras voces de que iban a levantar una pared larguísima que dividiera Berlín, para que no se notara la diferencia entre la Roma Oriental, la nuestra, y la Roma Occidental, la de ellos.

El señor Groß, con una sonrisa llena de ternura, le dice a ella que esa niña es la que ha estado buscando, que esa niña blanquísima y de mofletes rojos es Annette y abrazándola por los hombros con suavidad y cierta condescendencia le pide que la coja, que no ha dejado de preguntar por su mamá en todo ese tiempo.

—Te abracé, Annette, no porque me lo pidiera el señor Groß sino porque necesitaba sentir tu cuerpo. Y te abracé tan fuerte que me pareció que tus huesitos crujían... Estabas tan delgaducha...

Es el día más feliz que ella recuerda y le promete a la niña que no se separarán nunca más, que no va a volver a perderla.

Ella le aplica los últimos retoques con la esponja y le da un beso sonoro en la frente.

—Ahora me vas a ayudar a enhebrar esta aguja, le pondremos hilo negro.

Los Amstelheim están de pie en medio de la calle. Él no deja de mover los dedos alrededor del ala del sombrero haciéndolo girar muy rápido y su mujer mira al frente, sin siquiera pestañear ni abrir la boca.

—Siempre están allí, siempre están mirando hacia mi casa...

Ella siente rabia, no le gusta que la observen. Coge un trozo de tela ovalada de color negro y con flecos, es como un sol oscuro con sus rayos, y lo coloca en el lado izquierdo de la cara de la niña.

—Ahora que lo recuerdo, por entonces Amstelheim no andaba doblado.

No, es verdad, aquel día él está erguido junto a esa mujer horrorosa y elegante. Y antes de aquel día en que ella y Annette se reencuentran, el doctor Amstelheim tampoco va inclinado...

Con sumo cuidado, ella clava la aguja en la venda roja, a la altura de la ceja, y la

saca por el borde de la tela negra, va hilvanando con precisión todo el contorno del ojo de trapo, del ojo sin iris, del sol negro...

El señor Groß le entrega una maleta pequeña con ropa de Annette y un par de muñecas nuevas que la niña se va a encargar de dejar calvas en menos de una tarde.

Ella da un tirón y desatasca el hilo que ha quedado enredado en una de las pestañas de tela. Entrecierra los ojos y vuelve a clavar la aguja. Aunque sabe que no la pinchará, no puede evitar la sensación de terror y prefiere no ver.

—Aún me acuerdo de los ojos chiquititos del señor Groß detrás de unas gafas redondas. Al despedirse, me miró fijamente...

Su mano, la del señor Groß, a ella le da repelús, aunque eso no lo recuerda...

En cuanto que termina de hilvanar todo el contorno del ojo izquierdo, corta el hilo con los dientes y coge el ojo derecho y lo pega de la misma manera, pero esta vez en silencio. Su cerebro tiene una extraña y precipitosa caída entre dos líneas en la que no existe ni un sólo pensamiento, una lámina en blanco, un breve descanso para una cabeza agotada.

Una vez que hilvana el segundo ojo, se aleja un poco para coger perspectiva y ver mejor la obra de arte que ha conseguido: dos ojos oscuros y grandes que la miran sin verla. Ella sonríe, satisfecha por el trabajo. Ahora sí que Annette podrá disfrutar sin tener que ver lo que hay de desagradable en el mundo exterior.

—¡Estás muy guapa, Annette! ¡Te han quedado dos ojos enormes!

Engancha la aguja al vestido y se vuelve a acercarse a la niña. Ella le empieza a cantar, mientras le aplica rubor en las mejillas. Ella siempre le canta la misma nana, da igual la hora del día que sea: *Buenas tardes, / buena noche, / cubierta de rosas, / rodeada de claveles, / deslízate bajo la colcha: / ¡Mañana temprano, si Dios quiere, de nuevo despertarás, / mañana temprano, si Dios quiere, de nuevo despertarás!...*

Ella le da un soplo suave en cada mejilla y la niña se echa para atrás. Le molesta que lo haga, le molestan esos gestos de rechazo. Entonces coge un pincel y delinea un corazón en el centro de la boca de la niña, abarcando ambos labios.

—Llegué a pensar que no te volvería a ver, Annette. No sabes lo desesperada que me encontraba.

Es una angustia enorme la que ella siente, mucho más grande que la que le produce el miedo a los murciélagos o los rechazos de Annette.

Con el pintalabios rellena el corazón que ha dibujado en medio de los labios. Un color bermellón intenso y brillante, es como una cereza enclavada allí mismo, en mitad de la boca.

—Estás guapísima, Annette, ya eres una señorita.

Annette no responde, no mueve ni un sólo músculo de la cara. Ella le da otro beso ruidoso, esta vez en la cabeza, y le sonríe, pero la respuesta que obtiene es el silencio de la pequeña. Entonces, irritada, recoge las pinturas y los botes de maquillaje, mete todo dentro de la cesta de mimbre y la lleva a una esquina de la encimera.

Ella se acerca a los quemadores y hunde la cuchara de madera en el chocolate,

comprado en las tiendas Delikat con lo que le ha pagado la señora Imbert por las dos faldas que le ha remendado.

—¿Sabes qué me dijo el señor Groß antes de que le cerrase aquella puerta? ¿No te acuerdas, verdad?

El señor Groß le pide que cuide de la niña, que no permita que nadie le fuera a hacer daño, que jamás dejase que a Annette le pasara lo que le sucedió a ella, mejor dicho, lo que me sucedió a mí...

—Que te cuidara para que no te ocurriera lo mismo que me ocurrió a mí... Eso me dijo... Pero no entendí a qué se refería. ¿Qué me había pasado a mí?

Ella está triste, revuelve el chocolate y prueba un poco del que se le ha pegado en la punta del dedo índice. Zambulle la cuchara de madera hasta que toca el ardiente fondo de latón. La mano le queda envuelta como en un guante de vapor y vuelve a levantar la cuchara rebosante del líquido espeso para, a continuación, dejarlo caer dentro del cazo renegrido como si fuera una lengua larga.

Ella, desde entonces, nunca olvida la recomendación del señor Groß, aquellas palabras la hieren a la vez que la desconciertan.

—Le respondí que lo haría, que te cuidaría mejor que a mí misma y cerré la puerta. Me sentía tan feliz y agradecida, y me sentía tan perdida y dolida por sus palabras. No pude contenerme y espí por los visillos.

El señor Groß entorna la puerta de la verja y, una vez en la calle, se reúne con los Amstelheim que le están esperando...

—Estoy segura de que están ansiosos por saber de qué habíamos estado hablando. Los vi irse a los tres, tú eras demasiado pequeña y no llegabas a los visillos, pero se fueron los tres juntos...

La señora Amstelheim iba en medio de los dos hombres y, de repente, le puso la mano en la espalda a su marido y él se inclinó sin resistirse. Nunca más lo he vuelto a ver erguido.

Ella dobla el papel del chocolate exactamente por debajo de la palabra Thürina, sin que el doblez afecte ni un ápice a la marca, y después le pasa el dedo varias veces. Coge de nuevo la cuchara de madera y golpetea el reborde del cazo, allí donde el chocolate se ha resecado. Elige el cucharón más pequeño y, parsimoniosamente, llena seis tazas. La primera va para Annette que mueve las paletas de la nariz como un animalillo, sin abandonar la postura rígida.

—Esta, la primera taza de chocolate, es para la niña más guapa de esta casa y de toda Alemania.

Apoya la taza delante de la niña y va a por las otras. Les lleva una taza a cada una de las cuatro muñecas que hay dispuestas a los lados de la mesa, dos de un lado y dos del otro, empezando por la que está sentada a la derecha de Annette, la muñeca calva de ojos azules y abultadas mejillas de color púrpura con el gorro de lana hasta las orejas.

Ella mira a Annette y a las muñecas, les sonrío y aplaude. Le da cuerda a la cajita

musical que hay en un estante del aparador. Cada giro de la llave de la cuerda suena a huesos que crujen y se quiebran. Los giros son lentos y ella los hace con los ojos cerrados. La cajita es redonda y marrón, como un coco grande. Dentro, una pareja de príncipes danzantes, él lleva el pantalón rojo y la chaqueta blanca con galones, la princesa va de rosa y en el cielo de la tapa hay un cisne pintado con las alas desplegadas y rodeado de flores... Cuando la cuerda hace tope, entonces ella abre los ojos, deposita la cajita en su sitio y suelta la llave para que la pareja empiece a dar giros... Ella mira a Annette que permanece aferrada con sus manitas pequeñas a los bordes de la mesa, la cabeza fija hacia adelante, con el cuello erguido, como una niña de cera, casi más inmóvil que sus amigas las muñecas.

Por último, ella echa chocolate en su taza, limpia con un dedo la gota que derrama sobre el mármol y se sienta en la otra cabecera de la mesa, enfrente de Annette. Observa a Annette y a las muñecas durante un largo rato mientras bebe el chocolate a sorbos cortos para no quemarse la boca.

—Annette, ¿no vas a probar la tarta?

La niña hace un mínimo movimiento con la cabeza, sorprendida quizás por la repentina voz de ella.

—Comed —invita a las muñecas con un gesto de la mano—, es de nueces y nata, os va a gustar, la hice yo. ¿Verdad, Annette? Se la hago siempre para su cumpleaños porque es su tarta preferida.

Annette tantea despacio encima de la mesa, al principio con poco tino, hasta que, finalmente, da con su trozo de tarta. Lo toca con la yema de los dedos, le clava el índice y le entresaca migas que esparce desde donde está la porción de tarta hasta su cuerpo, sin llevarse ni un solo mordisco a la boca.

Ella apura el fondo de chocolate de la taza. Está empezando a intranquilizarse. Estira la mano y le alisa compulsivamente la manga del vestido a una de las muñecas que tiene a su lado, la mira y le sonrío, pero es una sonrisa fugaz y de las que terminan de manera abrupta. Se levanta y se pone a recoger. Está nerviosa, cada vez más nerviosa, le tiembla el cuerpo y siente el cosquilleo de las pestañas del murciélago en las paredes de la vena.

De pronto, el pensamiento que le surge es veloz como un rayo, la golpea y amaga con irse, pero sólo amaga, porque se instala en su cabeza. Ella mira a los príncipes de la cajita de música que siguen danzando ajenos a todo. Se acerca a los bailarines y de un golpe les deja caer encima la tapa de madera. El silencio se apodera de la cocina. Ella gira sin sentido, aunque pareciera imitar a los bailarines de la caja musical, y su tormenta me empieza a alcanzar. Se detiene, abre los ojos y ve a la gata que está sentada junto a la puerta, mirándola con curiosidad y temor.

Recoge las porciones de tarta de las muñecas y las tazas de chocolate y todo acaba en el cubo de la basura, lo mismo ocurre con el chocolate que Annette no ha probado y que se le ha empezado a quedar frío, con una capa grumosa por encima.

—No hablaban en ruso, Annette, no hablaban en ruso...

Ella se apoya en el borde de la encimera y dirige la mirada al jardín. Las imágenes se le agolpan en la cabeza y ella descubre algo con sentido en todo ese huracán sin sentido que la está rajando por dentro. Yo, que ya estoy rota, también descubro algo. ¿Quién ha dicho que la locura no pueda llevar a la claridad de los hechos? Distinto es que quiera ir en esa dirección que me da tanto miedo, pero no me queda más remedio, no depende de mí.

Claro que no hablan en ruso los que se cuelan en mi casa en aquella aciaga madrugada. No hablan en ruso porque no son rusos, ellos son alemanes, tan alemanes como ella misma, tan alemanes como yo.

Las migas que Annette hace encima de la mesa con el trozo de tarta acaban esparcidas por el suelo y la gata se lanza corriendo hacia el maná. A ella le tiemblan las manos que se lleva a la cabeza. Respira con ansiedad, mira y no ve nada, nada que no esté relacionado con 1945. Es un retorno fugaz al pasado, a la noche del 1 y la madrugada del 2 de mayo de 1945, donde yo permanezco anclada, donde ella nació vestida de loca y adonde no había vuelto hasta ahora porque desconocía el camino.

Su cuerpo se sacude casi automáticamente, descontrolado, es como una caja de resonancias que cimbra hasta que entra en erupción y suelta un alarido...

—Nooooo...

Un alarido, un llanto ancestral, de esos mudos de boca abierta.

Me da miedo su miedo porque ella me lleva dentro. Me quedo agazapada, mirándolo todo, hasta veo a la gata que sale en estampida y desaparece debajo del sofá del salón. Intento retomar el contacto con ella, no hay tiempo que perder, pretendo que me vea, que sepa que estoy allí, quiero que conecte conmigo, que me perciba, ahora que se ha acercado levemente a la dureza de la cordura. Y por un instante muy breve, noto que viene hacia mí, que me mira con los ojos encendidos de ardor, enfurecida, apuñalada y desconcertada por un dolor que no alcanza a comprender en toda su magnitud.

—Annette... Annette... Mi Annette...

Ella no sabe por qué la llama, ella no entiende qué es lo que le ocurre y se aleja de mí otra vez. La quiero retener como sea, aunque sé que seré incapaz de conseguirlo. Pretendo alargar los brazos, aún sabiendo que no es cuestión de brazos...

—Oigo el ronroneo del motor de un coche que aparca en la puerta de mi casa. Oigo el sonido duro y seco de las piedras contra las persianas y el más festivo resonar de los cristales cuando caen al suelo debajo de las ventanas. Oigo los pasos en la escalera, son pasos firmes, pisadas de hombres...

Ella se lleva las manos a la entrepierna a la vez que se acuclilla. Siente un dolor agudo, profundo, punzante y el calor de la sangre derramándose por sus muslos. Se mira las piernas, se palpa y comprueba que no es sangre, es el orín que la está empapando hasta los pies, las gotas amarillas se le meten encadenadas, una detrás de otra hasta formar un chorro, en los gastados botines con sus tres nudos en el cordón, costumbre heredada de una tía paterna que ignora que existió. Ella mira al suelo y ve

que el agua, su propia agua, se desliza por los mosaicos, buscando las juntas, los canales artificiales, humedeciendo las migas de la tarta de nueces que la gata no ha podido comerse...

—Hablaban en alemán y se reían en alemán —dice levantándose de golpe.

Ella olvida todo lo que pasa aquella noche y lo que le antecede, el período que va desde que nace hasta la madrugada del 2 de mayo de 1945. Yo olvido mucho, bastante, pero no olvido lo más cruento y lo más cruento no fue el peso y los gemidos de aquellos hombres, ni el que me rompieran las entrañas...

Ella olvida que Annette muere la madrugada del 2 de mayo y por supuesto no se acuerda de cómo muere. Ella cree que le celebra el cumpleaños a Annette, cuando en realidad tiene sentada en la cocina a esta otra Annette a la que le hace tarta de nueces y chocolate espeso para festejarle el aniversario en un día que no le pertenece. Ella ha olvidado casi todo, pero yo sí sé cómo suceden los hechos y sé que Annette, mi Annette, muere durante aquella madrugada... Pero ella me ayuda a recordar que los soldados que apedrean las persianas y que me violan hablan en alemán, que yo los conozco porque son de Stralsund, la ciudad donde nací y donde siempre he vivido... Que llevo quince años odiando a los que no fueron... Quince años llevamos ella y yo cruzándonos y saludando amablemente a los culpables...

Ella mira a Annette y, antes de volver a perderse en su marasmo de locura, intuye que hay algo extraño, algo que no encaja del todo, que no puede tener la figura completa del puzzle porque le faltan piezas.

La niña está nerviosa, se mueve y quiere bajarse de la silla. Ella la alcanza dando un par de zancadas.

—¡Ni se te ocurra moverte!

La niña se asusta por el grito que le da y se echa a temblar, los dientes le empiezan a castañetear. Ella le ajusta la correa que la mantiene atada a la silla por la cintura. La niña boquea cuando la aprieta más de la cuenta.

Eran de Stralsund... No eran rusos, eran alemanes de Stralsund... No hay más que mirar la foto del *Neues Deutschland*... Sus labios finos restregándose sobre los míos, su aliento fétido cargado de vodka, aquella barba incipiente raspándome las mejillas... Quiero gritar de horror. No entiendo cómo me he podido olvidar de su cara, de su olor, de su voz...

Georg. Mi querido Georg... ¿Qué habría sido de nuestras vidas si no te hubieran mandado a una guerra inútil?

¿Cómo habrían sido nuestras vidas, me pregunto ahora, si Heinrich Groß y sus amigos no hubieran entrado en mi casa a celebrar la derrota?

Ella se aleja cada vez más, se va sin que podamos hablar, es como si el tema de repente le dejase de interesar. Pero ni siquiera estoy segura de querer que ella sepa algo de lo que ocurrió. Por un instante me he alegrado de que pudiéramos compartir esto, de que ella también supiera que fue Groß... Pero le temo a su reacción descontrolada. Le temo a la loca que me porta.

Ella se sienta en el suelo, aferrada a la silla donde tiene prisionera a Annette. Apoya la cara en el regazo de la niña y llora. Lloro por ella y llora por mí que no puedo hacerlo.

Las mejillas de Annette se despintan un poco por las lágrimas y su manita delicada se mueve encima de la mesa y se aferra al cuchillo con los restos de nueces y nata en la hoja.

VEINTICINCO

Ella restriega de rodillas las tablas del suelo entarimado junto a la ventana de su habitación. Está triste y enfadada por no recordar los porqués de su tristeza. Ni siquiera revolotea en su cabeza la celebración del cumpleaños de Annette, ni el trabajo que le costó conseguir los ingredientes para la tarta y el chocolate.

Echa un chorro de agua jabonosa donde están las manchas de orín de los murciélagos y con un cepillo de cerdas gruesas pule el piso en círculos de izquierda a derecha. Lleva la falda arremangada a la cintura y un pañuelo gris en la cabeza.

—Esto huele mal, Annette, y si no lo quito pronto la madera acabará manchada para siempre.

Durante la noche, ella no ha podido dormir. Los murciélagos no paran de aletear y chillar. Cuando está con la cabeza apoyada en la almohada y tapada hasta el cuello, ella oye las gotas de las inmundicias que caen en la tarima de su habitación, en el mismo sitio donde está fregando.

Ahora que está cabeza abajo girando el cepillo obsesivamente alrededor del mismo punto, encima de una veta clara que hay en la madera, resuena el inconfundible sonido del motor del Trabant cuando aparece por la esquina. Detiene el pulido sin levantar la cabeza y centra la atención a través de la ventana abierta del balcón. Esta vez no lo aparcan delante de su casa, sino que lo hacen más lejos, lo sabe porque controla al detalle las intensidades de los sonidos.

Ella se incorpora y sale al balcón. Siente el frío en las piernas porque lleva el vestido arremangado, pero no hace caso y así lo deja. A lo lejos, delante del portal azul de los Amstelheim, ve que el inmundo Heinrich Groß se baja del Trabant, se coloca el sombrero y cierra la puerta del coche de un golpe. Ella le mira indiferente, ya no se acuerda de él, pero a mí me produce un fuerte ardor en la boca del estómago y ni siquiera me puedo apoyar la mano en el vientre para calmarme.

Ve que los agentes de la Stasi amagan también con salir del coche, pero Groß les hace una señal con la mano y les dice algo que ella no alcanza a escuchar. Los secuaces cierran las puertas del coche, lo ponen en marcha y se van.

Groß aporrea la puerta de los Amstelheim y aguarda impaciente a que le abran. Mira hacia un lado y hacia el otro, se mira los zapatos, se quita y se vuelve a poner el sombrero de fieltro, se sacude la manga del brazo... Ella siente miedo y le produce escalofrío cuando lo ve subirse las gafas con un dedo. Al menos no lo ha olvidado todo, hay gestos como esos que le han quedado grabados en la memoria, en la de ella y en la mía.

Creo que es el momento oportuno e intento volver a contactar con ella, porque presiento que su cabeza corre el riesgo de desbocarse. No sé cómo amarrarla, como

calmarla. Le tarareo una nana que ella conoce desde niña, pero de nuestra niñez no se acuerda. El cuerpo en el que cabemos las dos a duras penas se sacude, como si se lo hubieran llevado por delante, como si estuviera arrasado. Ella se gira y le da la espalda a Groß. Yo hubiera preferido seguir observándole un tiempo más.

Ella abre la puerta de la habitación de Annette para asegurarse de que la cuerda con la que ata a la niña está bien anudada al travesañ de metal de la cama. Una vaharada fétida le da en la cara. Con la punta de los dedos levanta la manta y la sábana. Annette no ha podido contenerse, es la primera vez que le ocurre durmiendo y, aunque ella se preocupa, la ve dormir y vuelve a taparla. Sale de la habitación y cierra la puerta.

Ella baja la escalera cuidándose de no resbalar con las suelas de los botines, humedecidas por el agua jabonosa.

Llega al final de la escalera y abre la puerta que va al sótano. Es terrible ir en un cuerpo demasiado separado de la mente, termina siendo como montar en un caballo salvaje y sin freno. Una vez más tengo la sensación de no saber para qué el destino me dejó aquí, olvidada en los recovecos de su mente, embutida en un cuerpo que conduce su cabeza desequilibrada. Hay momentos en los que dudo y no sé si usurpo su cuerpo o ella se ha apropiado del mío.

Insisto en decirle que lo que piensa hacer no tiene sentido, que actuando de esa manera las cosas van a empeorar. Aunque está aterrada, ella sigue disparando hacia adelante, corriendo en la dirección del precipicio... Siempre que no contemos con que llevamos quince años caídas dentro de él. A estas alturas, yo también dudo de si alguien será capaz de ayudarla, porque ya no me fío de que la policía quiera hacer algo. Quizás, la entiendo en relación a Annette. En el mundo no tiene a nadie más que a Annette. A esta Annette que no es la mía, pero que sí es la de ella.

Los escalones crujen bajo sus pies y ella resbala un poco antes de llegar al último. Se agarra a la baranda y siente un pequeño tirón en el tobillo, se frota con la mano tibia en la zona afectada. Se endereza y se acerca a la mesa, coge el bidón que hay junto a la pata y vuelve a subir la escalera.

La gata la recibe en la cocina, ella ya no sabe por dónde consigue meterse, pero siempre la encuentra pidiéndole comida.

No lo hagas, le suplico, no sigas adelante con esta locura. Ella abre un cajón de la encimera y saca la caja de fósforos. Con una uña, automáticamente, sin pensar, raspa hasta quitar la mancha de café de la encimera, mientras que en una esquina descansa el ejemplar del *Neues Deutschland* con la fotografía de Heinrich Groß de joven y la noticia del asesinato de su hijo.

Ella no me ve ni me escucha. Ella sigue sin saber que me lleva a todas partes. Le golpeo inútilmente una y otra vez en esa especie de cristal grueso que nos separa, pero ella no se detiene y desde la puerta de la verja observa el momento en el que se abre la puerta de los Amstelheim y Heinrich Groß entra como un basilisco en la casa del médico.

En la calle no anda nadie, ha desaparecido todo el mundo, aunque en Stralsund las miradas suelen estar detrás de las cortinas y los oídos en los micrófonos de la Stasi.

Ella sale y cruza a la acera de enfrente a toda velocidad. Sus piernas se mueven con ligereza, un poco flexionadas por el peso del bidón. Ni siquiera se ha puesto el sombrero de pastor protestante y lleva los cordones de uno de los botines desanudado, arrastrándolo por el suelo.

Cuando ella se detiene delante del Trabant, oye las voces que salen de la casa del doctor Amstelheim, una mezcla de las de Groß y las de Ulva. Ella decide centrarse en lo suyo y se inclina sobre el bidón y el vaho a queroseno se le aloja en la nariz, como le ocurrió antes con las heces de Annette.

De repente, sus sentidos se estimulan y las imágenes se le agolpan una detrás de la otra.

A pleno día y de pie junto al Trabant de Groß aún oye las pedradas de 1945 contra las ventanas y las voces de Groß y de Ulva se van transformando en las voces de los violadores. El petróleo destilado fluye por el techo del Trabant, por el capó, por los asientos, por el suelo.

Las últimas gotas que quedan en el bidón, las echa encima del abrigo de Groß en el asiento del copiloto. Se aleja un poco y apoya el bidón sobre la hierba de uno de los canteros que hay delante del portal de los Amstelheim, con el cuidado necesario de no aplastar las flores de los narcisos.

Al chasquido de la cerilla contra la superficie rugosa de la caja le siguen unas flamas azules en el interior del Trabant, un fuego que se agiganta y que, en poco tiempo, envuelve al coche con las llamas.

Ella coge el bidón de queroseno y regresa a la casa sin mirar atrás. La tapa del bidón cuelga de la cadena que la sujeta al asa y se balancea golpeando contra el costado, resonando como un martinete de metal.

Ella se siente satisfecha. El corazón late a ritmo normal. No tiene dudas de que los murciélagos desaparecerán si el Trabant deja de existir. Ella no sabe cuál es la relación entre ese coche que cada noche se detiene delante de su casa al tiempo que los quirópteros regresan a la guarida, pero sí está segura de que ahora la van a dejar en paz.

Ella no piensa en Heinrich Groß, aunque le da miedo la foto que ve en el *Neues Deutschland* que tiene en la cocina y no sabe por qué no tira el periódico en el contenedor de basura. Yo sí pienso en Heinrich Groß y en que me habría gustado que estuviera quemándose dentro del Trabant. Ella, la pobre infeliz que vive sola e ignorante de la realidad en la Papenstrasse, se ha atrevido a lo que nadie haría en toda Stralsund. Muchos le tienen ganas al jefe del Partido, empezando por los vecinos Müller, siguiendo por los padres del joven Berg y tantos otros cuyas desgracias no llegan a los oídos de ella, pero no se atreven a hacerle nada por miedo a las consecuencias, por temor a que la Stasi actúe. Pánico a una organización que fisgonea

en los rincones, que le pisa los talones a todo aquel que se deslice por los caminos en tinieblas de las ciudades orientales, caminos apenas iluminados por farolas que cuelgan en las esquinas; agentes de sonrisas congeladas que saben detalles insólitos de la vida de cada alemán. Las paredes de las casas del Este tienen orejas y no son sordas.

Ella, que vive en su particular universo, desconoce el poder destructivo del perfecto dirigente Groß, del líder del Partido y del hombre... Desconoce de lo que es capaz un violador.

Nada más entrar y cerrar la puerta de su casa, se escucha una explosión en la calle. Ella siente que le baja la tensión y acaba desplomándose en el suelo. El bidón de queroseno rueda estruendosamente hasta los pies de la escalera.

VEINTISÉIS

—Has estado a punto de darte en toda la cara con la esquina de esa mesa.

Después, escucha una risita un tanto ahogada, quizá nerviosa.

Ella ve una imagen borrosa encima de su cara y oye las palabras como si salieran de dentro de un tonel. El hombre que la mira y le habla se quita las gafas de sol. Su sonrisa tampoco le gusta.

Ella vuelve a cerrar los ojos con la inútil intención de retornar al sueño. Es una sensación extraña, pero siente que los músculos de las piernas y de los brazos se le han relajado. Ni hormigas ni murciélagos andándole por la piel...

—Desde allá arriba, desde lo alto de la escalera, te vi cuando entraste con el bidón y me pregunté de dónde vendrías...

Resulta que hay una escalera. ¿Qué escalera? Ella se niega a abrir los ojos y a descubrirla. ¿Quién es el desconocido que le habla de una escalera y de un bidón y de un golpe en la cara? Mira a su alrededor con los ojos un tanto desorbitados.

—Annette está bien, no te preocupes. He estado observando el trabajo que te has tomado cosiendo esa cuerda y he pensado que te puedo traer un par de esposas y así la podrías asegurar mejor a la cama.

El nombre de Annette la ayuda a regresar completamente del desmayo y toda la tensión se vuelve a instalar en las piernas y los brazos. Las hormigas y los murciélagos vuelven a poblarla. Ella intenta incorporarse, pero se lo impiden los dedos largos y la enorme palma de la mano abierta de Peter Amstelheim apoyada sobre su pecho y aplastándola contra el suelo.

—Te aseguro que las esposas son mejores que esa cuerda de tela. Si la dejas así, en cualquier momento, se te escapará sin que te des cuenta.

Ella agita las piernas e intenta empujarlo haciendo palanca con los brazos. Él la coge por el cuello y la inmoviliza. Le acerca la cara y ella siente el aliento entrecortado que le va directo a la nariz. Entonces, lo reconoce. Peter tiene un mentón irregular y los pómulos prominentes y algo caídos, viéndolos bien se parecen a dos medias peras rosáceas. Definitivamente, esa sonrisa no le gusta y, curiosamente, no siente miedo a pesar de que ve cómo la mano se desliza del cuello a la cara rozándole el mentón y hundiéndole los dedos índice y pulgar en las mejillas. Ella los nota entre ambas hileras de muelas. Y eso sí que le duele.

—¿Le has quemado el coche al gran jefe Groß?

Otra vez la risa desagradable. La boca se le llena de saliva que no puede tragar. Intenta sacar la lengua que choca contra sus propios labios contraídos.

—Tengo que reconocer, Eleonora, que tienes los ovarios bien puestos... O, de lo contrario, estás tan loca que ni sabes lo que haces. La verdad es que estás loca, ¿no es

así? ¿Acaso sabes realmente quién es Heinrich Groß?

Ella piensa en Maria Groß y eso la ayuda a evadirse del dolor que siente en las mandíbulas. Ella conoce a Maria Groß y ha visto alguna vez a Heinrich Groß.

—Te has salvado, de momento, porque el hijo de puta de Groß ordenó a los agentes de la Stasi que se marcharan de la esquina mientras él le montaba el pollo a mi madre.

Ella no se acuerda de los agentes de la Stasi, ella sólo se acuerda de que volcó el bidón de queroseno en el Trabant que la vuelve loca cada madrugada, el mismo que atrae a los murciélagos contra su ventana.

—¿Sabes por qué el hijo de puta de Groß entró hecho una furia en mi casa? ¿No lo sabes? ¿Conocías al pequeño Albert Groß? El novio de Sibylle Müller, la chica rubia que vive justo aquí enfrente de tu casa, la que te visita y te habla mal de mí...

Ella traga saliva y el dolor en las mejillas se torna insoportable. Sigue sin sentir miedo, no le teme al hombre que la tiene paralizada de espaldas en el suelo, pero sí al dolor. Ella intenta concentrarse en las voces que provienen de fuera, de la calle...

—Has conseguido que Groß y mi madre dejen de discutir. Ahora mismo, estoy seguro de que están con las bocas abiertas mirando cómo arde el Trabant.

Peter se ríe y ella le mira los dientes irregulares y amarillentos. El agua en Stralsund es demasiado calcárea, contiene muchos minerales, mancha los dientes y acumula sarro...

—¿Por qué le quemaste el coche al jefe del Partido? ¿Le odias por algo?

Ella hace fuerzas para liberarse y él lanza una carcajada más fuerte, que la hiere. La risa le duele más que la presión contra las mejillas. Él, que lo sabe todo; él, que trabaja como soplón para la Stasi, no sabe lo que pasa por la cabeza de ella, eso sólo lo sé yo, ni siquiera ella misma conoce muchos de sus pensamientos.

Ella mira al techo para no encontrarse con la cara del mayor de los hermanos Amstelheim. Él afloja la presión hasta soltarle la cara y cambia de postura. La mantiene en el suelo y le apoya torpemente la mano en la tripa. Ella lanza un quejido angustioso. Ella observa los destellos luminosos de los cristalitos que cuelgan de la lámpara y las florecitas estampadas en la tela de las tulipas. Deben de tener polvo acumulado, las tiene que bajar para limpiarlas. Se lleva una mano a la cara y se masajea el lado derecho, más agarrotado y dolorido que el otro.

—Tú y yo tenemos cosas en común, ambos tenemos razones para odiar a los Groß. A ti te han jodido la vida y a mí también.

Ella no entiende a qué se refiere con que le han jodido la vida y hace un esfuerzo por volver a centrar toda su atención en las voces de la calle y en la sirena de los bomberos que oye cada vez más próxima.

Otra vez las sirenas de bomberos y ambulancias... ¿Nunca va a acabar la guerra? Han debido de bombardear muy cerca, porque el sonido de las sirenas se oye en la esquina. Hace el amago de levantarse, pero la mano de Peter se lo impide. De repente... Annette.

—Annette, ¿dónde está Annette?

—En su habitación.

Ella ve que él mira hacia arriba y que, al descender la mirada, le acompaña una mueca triste. Presiente lo peor.

—Ya te he dicho que le eché un vistazo y que está bien.

¿Qué le ha hecho a Annette? La furia se le instala en las sienas en forma de pinchazos agudos y un calor mortal le recorre todo el cuerpo y nos abrasa a las dos. Ella grita y con el grito expulsa algo de rabia. Un golpe, que es como un latigazo, le hace girar la cabeza y la mejilla derecha se le impregna de escozor. De reojo, ve la palma amenazante de Peter Amstelheim que aún está en el aire y cierra los ojos, los aprieta fuerte y espera...

—No grites si no quieres que te dé otra.

A ella le cuesta respirar y está segura de que allí hace falta que corra el aire. Con la cabeza volteada hacia la puerta de la entrada, ve el resplandor de luz que se cuele por debajo. Por allí tiene que entrar aire de la calle, abre la boca y aspira. Se siente reconfortada por esa luz del exterior...

En pocos segundos nada más, cuando se está reponiendo de la sensación de asfixia, la mano de Peter le alivia la presión sobre la tripa y vuelve a colocársela en la cara, en las mandíbulas doloridas. Otra vez los mismos dedos, el pulgar y el índice, violándola por las hondonadas de las mejillas.

—A Albert Groß lo maté por venganza, ¿te enteras? El hijo de puta de su padre me había prometido hablarles bien de mí a los capitostes de la Stasi en Berlín Este. Me dijo que en cuanto el viejo Pieck muriera y su amigo Ulbricht asumiera el poder, él movería los hilos que hicieran falta para que me aceptasen allí. ¿Te imaginas poder escuchar las conversaciones del embajador norteamericano o seguir de cerca a los líderes del Kremlin cada vez que visitan Alemania?

Annette está escuchando todo. Ella se alegra de haberla dejado amarrada a la cama, se alegra de poder protegerla. Ella sabe que Annette escucha las palabras de Peter Amstelheim.

—En cambio, ¿qué es lo que ha pasado? Que el muy hijo de puta de Groß me ha engañado. En un par de días, él se va con un buen puesto a un ministerio, ya se lo han confirmado, pero no puede ayudarme porque no cumplo los requisitos que piden los de Berlín. ¿Qué requisitos hay que cumplir para escuchar lo que dicen los demás? ¿Acaso soy sordo o huelo mal o no entiendo el alemán?

Peter le da un segundo puntapié a la mesa pequeña que está junto a la puerta de la entrada y una de las patas de madera se dobla hacia adentro. Ella se asusta. La mesa se tambalea un instante y los objetos que hay encima se deslizan y caen al suelo. La propia mesa acaba por caerse. Ella teme por su cabeza y gira los ojos hacia arriba...

Georg queda mirando al techo dentro de su marco de bronce... ¡Cuánto me gustaría acariciarle la cara, besarle la punta de la nariz, olerle el cuello...!

—El hijo de su puta madre va y me dice que es mejor que me quede en Stralsund.

Aquí, en este pueblo, escuchando las conversaciones y viendo cuando entran y salen de sus casas la gente despreciable como tú o escuchando las conversaciones inútiles de los obreros portuarios después de atiborrarse a patatas y cervezas mientras cuentan las hazañas que sus barrigas sudadas han hecho encima de putas viejas para olvidarse de la mierda de vida que tienen y que jamás podrán cambiar...

Peter le hunde los dedos en la carne al terminar la frase y ella nota que la mandíbula se le va hacia adentro. Peter le sacude la cabeza, mientras mira al infinito, como lo haría un perro pretendiendo quitarle el barro a un hueso que ha desenterrado del jardín.

Con dificultad, porque la caverna de la boca se le ha angostado, ella se acaricia los dientes con la punta de la lengua, justo por donde le duelen, uno por uno.

—Decidí que no me iba a quedar con ese veneno dentro. Nunca me como la rabia, prefiero pasársela a alguien.

Annette se da la vuelta en la cama y tose. Ella la oye y desvía la atención, si consigue no oírla, probablemente él tampoco la oiga. Pero Peter mira hacia arriba y ella carraspea, en parte, simulando, en parte, porque se atraganta con la saliva.

—El jefe Groß acaba de entrar a mi casa diciendo que sabía que yo había matado a su niño. En realidad, él lo supone desde que esa mujer gorda que tiene encontró al chico muerto en el armario con la nota. Y sé que en el fondo me agradece el favor que le he hecho, Albert se había convertido en su mayor enemigo... Él y yo sabemos que, últimamente, el niño había adquirido la maldita costumbre de contradecirnos cada vez que tomábamos una decisión. Y Karl había empezado a contagiarse... Él, el jefe Groß, me dijo que había que cortarlo de raíz... Y yo lo hice. Ahora que no diga que no me lo pidió... ¿Sabes por qué Albert había cambiado tanto?

Ella se le queda mirando el mechón rubio que le cae por encima del ojo y que se mueve cada vez que parpadea.

—Albert sospechaba que Sibylle se veía con alguien más y que su padre sabía de quién se trataba, pero que no quería decírselo. Y Albert tenía razón. Un día, a mediados de agosto, la pequeña de los Müller descubrió a su hermana mayor follando con Heinrich Groß en el Trabant y salió corriendo. Cuando Heinrich me pidió que hiciera algo con la chiquilla fisgona, Albert y yo cumplimos y luego la tiramos en ese descampado que hay llegando a Knieperwall. Después de todo, esos juegos nos divertían a los dos, en esta ciudad no hay mucho más que hacer. Albert siempre creyó que la habíamos matado por diversión, nunca supo que había sido una orden de su querido padre para que la niña no se fuera de la lengua.

Ella no entiende muy bien, pero si Sibylle ha hablado pestes de Groß sentada en esa cocina...

—Sibylle es un zorrón, un precioso zorrón rubio, Eleonora, y hace unas mamadas que... Me corro de sólo recordarlas. Si Albert hubiera seguido vivo se habría acabado enterando de lo que su novia hacía con su padre. En cambio, de esta otra manera, le he ahorrado un disgusto al jefe Groß, pero él no sólo se niega a recompensarme sino

que ahora me quiere matar.

Peter escupe a un lado y se limpia la boca con la manga. A ella le da asco, pero se aguanta.

Sobreviene un largo silencio y ella no sabe por dónde va a salir.

—Pasó bastante tiempo hasta que descubrí por qué Heinrich Groß te trataba con condescendencia, Eleonora. Al principio, no alcanzaba a entender cuál era la extraña razón por la que él no quería que la Stasi requisara tu casa... Y cuando accedió a hacerlo, a finales de agosto, nos encontramos con un panorama horrible: nada menos que una niña con los ojos vendados chillando como un animal en medio de un ambiente infectado por el olor a ese perfume soviético que le echas a las ventanas. Se lo dije, pero Groß agachó la cabeza y ordenó que no se volviera a hablar del asunto.

La risa sardónica de Amstelheim resuena en el salón y ella intenta mirar hacia arriba, quiere ver si Annette está en lo alto de la escalera.

—Albert era mi amigo, sí, pero también era un gilipollas. Adrede, no hace mucho, le enseñé unos documentos de 1945 que había sacado del archivo de la Stasi. Yo sabía que iría corriendo a reprocharle el contenido a su padre y a llorar en el regazo de su madre. Pero si a mí se me negaba la posibilidad de irme de Stralsund, estaba decidido a ponérselo difícil a Albert. Y sabía que, tarde o temprano, Albert se iba a ir de aquí, que su padre se encargaría de colocarlo en algún puesto con proyección en Berlín, mientras que para mí tenía planeado enterrarme de por vida en Stralsund. Y como el hijo de Groß era un gran gilipollas, me dije: Alemania no necesita tantos gilipollas. Aprovechando la orden que me había dado el jefe de que le diera un escarmiento a su hijo por la que le montó por lo de 1945, le clavé la espada *Zweihänder* de mi padre. ¡Si vieras cómo boqueaba el niño! Lo encontró la gorda parlanchina de su madre cuando abrió el armario. Me lo contó el propio Heinrich un rato antes de que la Stasi descubriera de quién era la espada. Desde entonces el muy capullo empezó a sospechar de mí. Era obvio, mi padre no tiene huevos para matar de esa manera, él lo hace de otra, más sutil, más propia de su profesión. Sé que resulta lógico que Groß sospechara que yo había tenido algo que ver con la muerte de su hijo, pero igual me molestó y no sé porqué... Quizás porque le he tapado el culo muchas veces para que no se le resfriara... Sí, me ofendió que sospechase de mí tan rápido...

Peter se pasa la lengua por los labios y aprieta los dientes. La mandíbula se le mueve rítmicamente, como si escondiera un pequeño gorrión al que le late violentamente el corazón por el miedo.

—No veas lo humillado que se sentía por haber encontrado un muerto en el armario de su dormitorio y con un cartelito colgándole de la tetilla... Tal vez me precipité firmándolo con el nombre de Claus Lothar, pero quería que Heinrich Groß supiera que de mí no se podía burlar como lo hace de todos los de Stralsund, quería que supiera que conozco su pasado.

Ella traga saliva a duras penas. La risa de Peter Amstelheim le revuelve el

estómago. Ella se acuerda de Sibylle y de la chica muerta en el descampado cerca de la laguna de Knieper... Él le quita la mano de la cara y no se la pone en ninguna otra parte del cuerpo, pero aun así ella no se atreve a levantarse del suelo y espera tendida como un animalillo sumiso. Ahora puede frotarse el interior de la boca con la tibia humedad de la lengua y eso la reconforta un poco.

—Me ha gustado que le quemaras el coche, Eleonora, a pesar de que le tengo cariño... Con ese Trabant el pobre Albert, mi hermano Karl y yo hemos salido de caza tantas noches. ¡Hemos llegado hasta Rostock! Allí me quedan algunos amigos todavía.

Se acuerda de que no ha terminado de pulir las heces de los murciélagos en la madera del suelo, debajo de la ventana de su habitación.

—¿Sabes una cosa, Eleonora?

Ella se prepara para escuchar algo amargo y aprieta las yemas de los dedos sobre el suelo.

—Me tienes que alojar en tu casa hasta que despejen la calle. Ahora mismo, estoy seguro de que los de la Stasi están ahí afuera controlándolo todo. Groß no vendrá aquí y, en cuanto que los bomberos se lleven el coche quemado y oscurezca, me iré por esa ventana. Y, si no quieres que venga una noche y te haga lo mismo que te hicieron Groß y sus amigos en 1945, no le digas a nadie que me has visto.

Ella se estremece y yo también.

Los recuerdos ocultos le agujijonean los nervios y el cuerpo se le sacude en pequeños espasmos. De fondo, la voz de Annette.

—Ahora no cantes, Annette, ahora no es momento de cantar...

Ella cree que habla para adentro, que se trata de un pensamiento, pero en realidad acaba de hablar en voz alta.

—¿Qué es lo que le gusta cantar a mi hermanita?

—Estoy contigo, pequeña, estoy acunándote. Abre la boca y trata de respirar, podrás hacerlo, pero no te asustes...

Ella intenta incorporarse, pero Peter se lo impide una vez más. Ella siente el dolor de los músculos y de los huesos de su espalda al chocar contra la madera del suelo. Lanza una queja muda, un sonido suave y breve.

—No dejaré que te muevas de aquí hasta que desalojen la puta calle.

Annette chilla y, en verdad, es un chillido crispante.

—Mi madre nos cantaba a mi hermano y a mí cuando éramos pequeños. Sí, al acostarnos, mi madre nos cantaba en voz baja Lili Marleen... Eran los años de la guerra y mi madre se ponía de pie, orgullosa, muy patriota, y nos la cantaba... Ella decía que era la canción que cantaban los soldados del Afrika Korps...

Peter se queda pensativo, con la mirada perdida en dirección a la salita de la costura.

Allí volveremos a encontrarnos, / bajo la farola estaremos. / Como antes, / Lili Marleen... Oigo la voz inconfundible de Lale Andersen y la canción me recuerda a

Georg: *Entonces nos decíamos adiós / Me habría ido encantado contigo / Contigo, Lili Marleen...*

—Cuando Maria enfermó, mi madre le empezó a cantar Lili Marleen, supongo que lo haría a modo de canción de guerra, porque fue por entonces cuando mi madre sacó el hacha contra mi padre. ¿Qué es lo que canta Maria?

—¿Quién es Maria?

—Annette. La Annette que tienes atada ahí arriba es mi hermana Maria, la pobre hermanita mía que quedó tonta por una meningitis tuberculosa... ¿No lo sabías, Eleonora? ¿Qué pensabas, que tu hija Annette había vuelto de la muerte?

La carcajada de Peter le traspasa el cuerpo a través del pecho. De un rodillazo en las costillas lo empuja a un lado y se levanta como cuando tenía veinte años. Salta por encima del bidón de queroseno y corre escaleras arriba, con los ojos empañados por una furia incontenible...

Él la alcanza antes de llegar a la planta alta. La coge por los pies y ella cae de panza sobre los escalones. A pesar del aturdimiento, oye el sonido de su codo al golpear contra la escalera de madera, pero desoye al dolor.

Peter Amstelheim le gira el cuerpo con destreza y la coloca boca arriba dejándole caer todo el peso de su cuerpo encima. El filo de un escalón se le incrusta en la columna y le presiona los riñones. La respiración acelerada de Peter le llena la cara de un vaho asqueroso, húmedo y las palabras amenazantes de él la escupen a la cara.

—No lo hagas, Eleonora, si no lo haces no te haré daño, pero si intentas delatarme, te acabaré matando como al chico de los Groß, como a tu vecinita de enfrente o como a tantos otros...

Ella ve la fuerza de la bestia en los dientes apretados del mayor de los Amstelheim y asiente con la cabeza. Lo hace instintivamente, sin saber por qué lo hace. Siente que el borde del escalón le va a partir la espalda en dos y lanza un quejido sonoro cargado de dolor.

—No grites. No te voy a follar, no me gustan las mujeres viejas, locas y calvas...

Él sonríe y ella se avergüenza.

—Además, reconozco que me sería difícil estar a la altura de tu último polvo, el que te echaron Groß y sus amigos...

Otra vez la carcajada llena de saliva y ella cierra los ojos y la boca y contrae los músculos de la cara y se pregunta qué le quiere decir él con eso. ¿Por qué se empeña tanto en mencionar al señor Groß?

—¡Aquello fue una orgía, una bacanal!

Ella echa la cabeza hacia atrás y ve que un murciélago vuela en círculo sobre ellos. De repente siente que el temblor casi constante en el pecho se le alivia. Querría tocarse el pecho, hacerlo cerca del corazón, pero no puede mientras que Amstelheim continúe encima de ella. Los ojos se le llenan de lágrimas y el murciélago se va por la puerta de su habitación. Ella oye cuando el animal choca contra la madera de la cajonera, la que hay encima de la ventana y por cuyas rendijas metió los algodones

embebidos en Krasnaya Moskva.

VEINTISIETE

Peter Amstelheim dice muchas cosas. Ella bloquea los oídos y continúa centrada en el dolor que le produce el borde del escalón en la columna.

—Muchas veces he pensado en cómo debió ser el momento en que tus dedos están apretándole la garganta, seguro que la niña boqueaba como los peces cuando los sacas del agua. Y que tenía los ojos bien abiertos, sin entender lo que le hacía su madre, o sea tú...

Ella ni siquiera sospecha de qué le habla él, pero le ve la hilera de dientes blancos cuando se ríe.

—Tu hija, una niña, viéndote que la matabas...

La que le escucha las verdades atroces soy yo.

—¿Te gustó el olor a hombres? ¿Has podido olvidar ese olor? No lo has hecho, ¿verdad? Lo debes de llevar impregnado en la nariz todo el tiempo... Pobre Eleonora... Si es que me das pena...

Si pudiera empuñar un cuchillo, se lo clavaría hasta donde mi puño tocase su carne y la repulsión me obligase a detenerme... Después de todo, yo fui quien la dejó a ella sin Annette, sin Annette Schmidt-Maler, y fui yo quien la apartó del recuerdo de Georg. Es lógico que sea yo la que acarree el trauma de aquella madrugada al finalizar la guerra. Ella se ha inventado a partir del dolor... Muchas veces pienso que debí haberme ido del todo, pero incluso viviendo en el extremo no es fácil tomar la decisión de suicidarse. Y aquí continúo. Este es mi sitio, aquí es donde debo expiar mi culpa. Ya no me cabe otra misión que no sea la de pagar observando, recordando y sufriendo.

Llaman a la puerta de la cocina. Silencio. Ella se da cuenta que Peter ha acumulado saliva en las comisuras de los labios.

Ella oye la respiración acelerada de Peter, el aliento en su cara, el aire que le sale por la nariz y la boca rozándole las pestañas, le mira las aletas de la nariz que se aventean como si guardaran el corazón en su interior. Él tiene el ceño fruncido y ella siente la fuerza desmesurada del animal embravecido y la memoria me atosiga con el pasado...

Unos nudillos vuelven a chocar, suaves pero persistentes, contra los cristales de la puerta de la cocina.

—Ve a ver quién es y... —mira hacia arriba, hacia el pasillo de los dormitorios—, si dices que estoy aquí, no vuelves a ver a Annette en toda tu vida. ¿Te queda claro?

Por tercera vez se oyen los golpecitos contra el cristal de la puerta. Peter Amstelheim la libera y la ayuda a incorporarse. Ella baja las escaleras con dificultad, tiene las piernas entumecidas, le duelen las costillas y está muerta de miedo.

Ella se detiene a los pies de la escalera. Annette se ha quitado las vueltas de venda y tiene los ojos cerrados. El cuerpecito de la niña se sacude en un espasmo fuerte y se contrae hasta la postura fetal. Ella se lleva las manos a la boca y, sin darse cuenta, se clava los dientes en el dedo índice hasta que nota el hueso.

La puerta de la habitación de Annette está entreabierta. La carita de la niña es más blanca que de costumbre, la ve seca, sin una sola gota de sangre. Ella se da la vuelta y se queda parada como una estatua de mármol, mirando de hito en hito a lo alto de la escalera, como si no escuchara los golpes en la cocina.

—Eleonora, ¿estás en casa? Quiero hablar un momento contigo...

Peter Amstelheim le hace un gesto para que siga hacia la cocina y ella obedece, sorprendida al no ver a Annette allí arriba. La niña se ha esfumado de su realidad.

Afuera, ya casi ha oscurecido.

Ella no entiende a qué vienen tantas visitas de Sibylle Müller después de que se pasara años sin visitarla. ¿A qué viene todos los días?

La gata está sentada delante de la puerta con la cabeza levantada mirando a la chica Müller a través de la ventana. Ella quita el cerrojo y abre. Sibylle le sonrío. Lleva un gorro azul de punto y un abrigo de lana marrón. Ella le quita un hilo que le cuelga del brazo cuando pasa a su lado.

—He estado a punto de marcharme, pensé que habías salido. Espero que no te importe si me quedo un ratito contigo, Eleonora, es que mis padres están discutiendo y no quiero oírlos.

Ella se da cuenta de que su cuerpo sigue temblando por el miedo y, cuando cierra los ojos, la cara de Annette sin la venda estalla de nuevo en su cerebro. Ahora sí, la niña la mira con los párpados entornados y la ve que llora...

—Desde la muerte de Bettina discuten mucho, se culpan el uno al otro y mi madre no hace otra cosa más que llorar... Me reprochan el haberme hecho amiga de Albert y me dicen que por su culpa mi hermana terminó en el descampado...

Sibylle sonrío, resignada y triste.

—No tienen idea de nada.

Ella la invita a sentarse con un gesto de la mano y mira hacia afuera antes de cerrar la puerta. Busca a Annette. Está como en dos planos al mismo tiempo.

Agarrándose al borde de la mesa, ella alcanza a llegar a una silla y también se sienta, de frente a la puerta del salón, atenta a cualquier sonido de la planta alta, mientras se masajea la espalda.

De pronto, se da cuenta de que Annette no puede correr ningún peligro porque ella ha echado la llave de la habitación de la niña y se la ha guardado en el bolsillo del vestido. Sí, siente la dureza del metal a la altura de la cadera.

—Por cierto, ¿te has enterado lo que le ha pasado al coche de Groß?

Peter le ha prometido irse en cuanto que oscurezca y la noche ya se va acercando lentamente. Las maderas del piso de arriba crujen. Ambas oyen el ruido, Sibylle mira al techo y ella se retuerce las manos.

—No, no sé nada.

—¡Por Dios, Eleonora, pero si ha ocurrido en esta esquina, a menos de cincuenta metros de tu portal, en la esquina de Papenstrasse con Filterstrasse!

—¿Sí? Ya, pero no sé nada.

—Están investigando quién ha podido quemarle el coche a Groß. ¡Si vieras cómo ardía el Trabant! ¡Las llamas se elevaban por encima de la casa del doctor Amstelheim! Y el calor que despedía... Era como estar a las puertas del Infierno.

Las maderas de la planta alta vuelven a cruji.

—¿Qué es ese ruido?

—¿Qué ruido?

—Ese, ¿no lo oyes? Es como si hubiera alguien en la planta de arriba. ¿Tienes invitados?

—No hay nadie.

Las manos le duelen de tanto apretárselas, de tanto hacer sonar las coyunturas de los dedos.

—Heinrich se bajó del coche hecho una fiera y empezó a aporrear la puerta de los Amstelheim. Nosotros lo oímos gritar pidiendo que le abrieran. Después de mucho tiempo, Ulva Amstelheim le abrió y él entró insultando y preguntando que dónde estaba Peter, que Peter era el asesino de Albert...

Sibylle se detiene y ella le ve un resplandor de lágrimas. La chica abre los ojos, mueve la cabeza y las espanta.

—Ulva le decía que su hijo no estaba allí y que no sabía adónde podía haber ido. Mi madre y yo escuchábamos los gritos desde nuestro patio.

Ella se levanta y se asoma a la ventana, mira al jardín, mira a lo alto del muro, pero allí no hay nadie espiando. De la ventana se va a la puerta, tocándose la parte de la espalda donde le duele, mira al salón y a los pies de la escalera y descubre a Peter Amstelheim allí sentado. Ella se lleva una mano al pecho y traga saliva. Él le hace un gesto brusco con la mano para que vuelva a meterse en la cocina y ella obedece. Se queda de pie, junto a la mesa, pasando los dedos por el borde...

—Tengo que seguir trabajando...

—Por mí no te preocupes, Eleonora. Si quieres, te puedo ayudar...

—No, gracias, prefiero hacerlo sola. Tengo que acabar un vestido para mañana por la mañana. Un vestido que vendrá a recoger la señora Groß.

—Me da un poco de pena.

—¿Quién?

—Maria Groß. Maria sufre por la muerte de su hijo, sufre porque sabía qué cosas hacían su hijo y su marido... Su pasatiempo es jugar a ser la mujer de un hombre poderoso. ¿Qué va a hacer en Berlín cuando se vayan a vivir allí?

—¿Se van a Berlín?

—Sí, Heinrich se va a un buen puesto en el Ministerio para la Seguridad del Estado... ¿Sabes una cosa, Eleonora? El mismo día que Albert apareció muerto,

Maria entró en el despacho de su marido y le pidió que retrasaran la partida a Berlín. Yo estaba allí. Él no le respondió, se levantó de detrás del escritorio, se acercó a su mujer y le dio una bofetada. Maria no lloró, tan sólo se acarició la mejilla golpeada, lanzó una risita y se culpó un par de veces, repitiendo lo tonta que había sido por poner en riesgo la carrera de su marido. Salió del despacho diciendo que se iba al dormitorio a meter la ropa en las maletas. Siempre que yo estaba con mi suegro en su despacho, Maria entraba con alguna tontería...

Sibylle baja la cabeza y se mira las uñas, las de una mano están pintadas de rojo y las de la otra sin pintar.

—Mi madre me las estaba pintando cuando llegó mi padre... Ambas nos dimos cuenta que había estado bebiendo. Lleva varios días emborrachándose. Llegó enfadado porque los de la Stasi lo habían vuelto a parar en la esquina para hacerle preguntas. Por eso me he venido con las manos a medio hacer...

Ella le mira las uñas a la chica y se mira las suyas, mal cortadas. También se da cuenta de que necesita ponerse alguna crema, tiene las manos despellejadas por el agua fría del fregadero.

—Eleonora... Hay algo que quiero contarte...

Ella levanta la mirada y la clava en el racimo de pecas que Sibylle tiene en el puente de la nariz.

—Albert, poco antes de que lo mataran, me contó una historia terrible sobre su padre y su tío, Claus Lothar, el hermano de su madre que acabó asesinado por la Stasi por orden de Heinrich.

Claus Lothar. Otro nombre que ella se ve obligada a rebuscar en la memoria. No le pone cara al hermano de la señora Groß.

—Albert supo todo por Peter Amstelheim. Peter le enseñó unos informes que había robado de los archivos de la Stasi. Albert no lo creía y como no se conformó con eso se lo preguntó a su madre, poco antes de que viajaran a Berlín a la toma de posesión del Ulbricht. Albert nunca discutía con su madre, pero esta vez sí lo hicieron. Él la presionó tanto que Maria acabó llorando y confirmándole que la historia que aparece en los informes de la Secreta había ocurrido tal cual.

Ella no sabe para qué Sibylle le cuenta eso, pero se sienta de nuevo, se mira las manos y tira con fuerza de un padastro...

—Las ejecuciones de Claus Lothar y de los otros camaradas del padre de Albert fueron planeadas por el propio Groß para quitárselos de en medio. Al parecer Heinrich temía que contaran las cosas sucias que sabían de él. La Volkspolizei los acribilló a balazos en unos galpones abandonados en Dänholm y Albert me dijo que el propio Heinrich estaba presente para asegurarse de que todos murieran.

Sibylle se muerde una de las uñas despintadas.

—¿No te parece una historia horrible? En un primer momento, pensé que Albert estaba loco o que tenía celos de su padre. No me podía creer que Heinrich fuese capaz de semejantes atrocidades...

Sibylle enciende un cigarrillo y fuma. Se seca las lágrimas y se muerde las uñas.

—Heinrich siempre me pareció un hombre muy atractivo...

Ella la observa rodear el filtro del cigarrillo con los labios hacia fuera, descender los párpados y chupar como sólo se lo había visto hacer a Marlene Dietrich en la pantalla de los cines antes de la guerra.

—Mucho más que Albert...

Sibylle se lleva una mano a la frente y ella le mira la cabellera rubia que le sale por debajo del gorro de punto.

—No tengo a nadie a quién contárselo, Eleonora, ¿sabes? No sé si tú entiendes una sola palabra de lo que te digo, tal vez lo mejor es que no entiendas nada y así yo puedo desahogarme a gusto.

Le ve los ojos llenos de lágrimas y las cenizas del cigarrillo que caen a la mesa. Sibylle pide disculpas y empuja las cenizas con el canto de la mano hasta tirarlas al suelo por el borde de la mesa. Ella no entiende todo lo que le cuenta. Ella piensa en los nombres que menciona y no se puede quitar de la cabeza la imagen de Heinrich Groß, que continúa en la portada del periódico que descansa arriba de la encimera.

—Mi hermana no debería estar muerta... Todo ha sido por mi culpa...

La chica mira por la ventana que da al muro del jardín y ella, curiosa, se gira un poco, lo suficiente como para que las costillas le recuerden el dolor.

—Peter Amstelheim, en cuanto se enteró de que el Presidente Ulbricht había llamado a Heinrich para que se fuera a un puesto en el Ministerio en Berlín, empezó a chantajearlo con lo que sabía que había pasado en 1945.

—¿A chantajearlo?

—Sí, Peter pretendía que Groß lo recomendara a sus amigos de la Stasi en la capital. Pero Groß se negaba. Al parecer, a Heinrich le causa verdadero terror que alguien pueda enterarse de los detalles de las violaciones y de los asesinatos en los que participó al término de la guerra con su cuñado Claus y otros dos hombres más, colegas suyos de la universidad. Los cuatro vivieron durante aquellos días borrachos como cubas, entrando de madrugada en las casas de las viudas jóvenes de Stralsund. Por entonces, había muchas como consecuencia de la guerra... Y ellos las conocían a todas... Se guiaban por *el mapa de las viudas*, un mapa de la ciudad vieja en el que pintaban puntos negros, que eran las casas a visitar, y sobre los que dibujaban una cruz roja una vez que las visitaban...

Ella los ve entrar en fila con las manos atadas a la espalda y colocarse contra una pared renegrida por el hollín. Es como una visión, es como una fotografía en la que aparecen Claus Lothar y dos hombres más. El suelo es una mezcla de aceites de motores y polvo.

—A pesar de querer ocultarlo, hay muchas personas en Stralsund que conocen aquellos hechos, pero se callan por miedo. De eso, Albert también se enteró unos días antes de morir.

El señor Groß está sentado en un banquito de patas cortas, alejado del pelotón de

la muerte, con el cuerpo apoyado en una columna de madera y acariciándose el rostro serio e incipientemente barbado con las yemas de los dedos. Se le ve bastante más joven que ahora, más parecido a la imagen suya publicada en el *Neues Deutschland* que ella conserva en la cocina. De repente, Groß levanta la mano y los agentes que le acompañan saben que es la orden de disparar.

Los tres hombres caen casi al unísono, se encogen, lloriquean de dolor y se revuelcan unos segundos en el suelo alzando una mancha de partículas resacas... Hasta que llegan los tiros de gracia. Las estampidas de las balas siguen resonando dentro del galpón como si se tratase de un eco.

—Los quemáis. No quiero que queden rastros de ninguno de ellos.

Ella se estremece cuando oye la voz de Groß, como si él estuviera hablándole allí mismo, en la cocina de su casa. Ella no ve a Sibylle. Para ella Sibylle no está allí sentada aunque la chica la ha cogido de un codo y le está sacudiendo un brazo.

En su cabeza, la voz de Groß resuena igual a la de uno de los hombres que muchos años atrás apedrearon las ventanas de su casa y subieron la escalera hasta el dormitorio.

Ella se araña la piel para no sentir el dolor del alma cuando nota que le quieren quitar el cuerpo de Annette de los brazos y de su boca brota una nana.

—*Buenas tardes, / buena noche, / cubierta de rosas, / rodeada de claveles, /... No dejaré que te toquen... ¡Mañana temprano, si Dios quiere, de nuevo despertarás, / mañana temprano!...*

Alguien da un tirón y la tibieza dulce de Annette desaparece de entre sus brazos... Me la arrancan de los míos... Nos miramos durante una milésima de tiempo, ella y yo nos vemos, nos reconocemos por un instante huérfanas de hija, pero ella enseguida se esfuma, se aleja y la busco desconcertada...

Ella sigue cantando, con los brazos estirados por encima de la mesa...

Sibylle se levanta, se acerca a ella y la abraza por detrás. La chica no entiende por qué grita, no comprende qué ha pasado, a quién llama con los brazos extendidos hacia la puerta que da al salón.

—Eleonora...

Por un momento, sólo por un momento, ella y yo cruzamos nuestras miradas. Ella me reconoce, lo sé porque sus ojos destilan desprecio al rozar mi sensatez, la crudeza de una realidad que ignora en su locura.

—¿Quieres acostarte, Eleonora?

Ella niega con la cabeza y Sibylle comprende que es la hora de marcharse.

—Dejaré sin echar las cortinas de mi habitación por si necesitas algo, no tienes más que asomarte a tu balcón, te estaré vigilando. Muchas veces te veo en el balcón, miras al cielo y también arriba de tu ventana, como si algo fuera a aparecer por el techo...

Ella se toca el pecho y comprueba que sigue deshabitado de quirópteros.

Se abraza la cabeza y la esconde entre las manos. Oye el sonido metálico de la

puerta de la cocina al cerrarse y los pasos de Sibylle alejándose por el jardín.

VEINTIOCHO

Primero las maderas del salón crujen. Ella siente un poco de miedo, pero no tiene fuerzas para levantarse.

—Qué bien. Ya sabes quiénes te la metieron en aquella madrugada del 45.

Después, ella se tapa las orejas cuando oye la risa de Peter Amstelheim resonando en la cocina.

—El ilustre Heinrich Groß, ahora todopoderoso señor del Partido en Stralsund, entonces un don nadie, entraba con sus amigos a hurtadillas en las casas de las viudas.

Ella sigue echada sobre la mesa, la cara apoyada en el antebrazo y mirando hacia la puerta del salón. Peter es alto y ancho, tapa casi todo el hueco de la puerta.

—Es verdad lo que te dijo la rubita. Lo supe hace mucho tiempo, cuando tuve acceso a los archivos de la Stasi, después de mis primeros favores al jefe Groß. Siempre he sido consciente de que le tenía que tener pillado por los huevos a ese hijo de puta. Y encontré aquella historia... Luego, descubrí que se tiraba a la novia de su hijo... Y todo esto unido a otra historia que también te atañe... Me dije: «Peter: aprovecha toda esta información. Mi particular gallina de los huevos de oro».

Ella lo observa y él enmudece.

—La orden me la dio Groß. ¿Me entiendes, Eleonora? La orden me la dio Groß y yo pensé que ese sería el gran favor que le haría al jefe, otro trabajillo sucio para él que me catapultaría a Berlín. Pero está claro que he sido un idiota, un títere en sus manos... Y el pobre Albert otra marioneta también, siempre creyendo en la santidad de su padre. El muy gilipollas...

Peter mira hacia afuera y ella hace lo mismo. ¿Quién los está observando?

—Se está haciendo de noche y los bomberos acaban de llevarse el Trabant que quemaste. Lo mejor va a ser que me vaya.

Peter le pide que se acerque.

—No puedo entrar en la cocina, me podrían ver.

Ella se levanta de la silla con miedo y le sigue al salón. Él la abraza y ella se queda petrificada, dura, como un poste. Él le acaricia la cabeza, los cabellos incipientes y duros.

—Gracias por no decir nada.

—No lo he hecho para cubrirte... Sino... por miedo... a que le hagas daño a mi Annette.

Él vuelve a reírse.

—¿A tu Annette? ¿A cuál? Jamás le haría daño a la que tienes escondida ahí arriba. Los humanos y la meningitis tuberculosa ya le han hecho demasiado mal en

poco tiempo... Y a la otra es imposible que le haga daño... Aunque me lo propusiera no podría, tú deberías saber eso.

Peter le coge las manos con las palmas hacia arriba y se las levanta hasta la altura de la cara de ella.

—La otra Annette acabó aquí, Eleonora. ¿No lo recuerdas? Este dedo y este otro presionaron en su garganta hasta que dejó de respirar...

No, no lo recuerda. Ella no siente nada cuando Peter le dice esas palabras, ni siquiera siente esa tremenda punzada que atraviesa su abdomen como si le hubieran metido una bala. Ni siquiera siente un ardor horrible en el pecho, como si tuviera cientos, miles de murciélagos arrastrándose por el túnel de las venas en dirección al corazón...

—De estas manos fue a parar a las de Claus Lothar y él se encargó de hacerla desaparecer... Puede que la haya tirado al mar o que la enterrara en algún sitio alejado de la ciudad... Sólo él lo sabía y el secreto se quedó en los galpones abandonados de Dänholm.

Ella observa su rictus, serio y espera a que suelte la carcajada. Él no se ríe esta vez.

—Por si no nos volvemos a ver...

Ella recibe un beso en la frente.

—Sé que te he asustado muchas noches, Eleonora, es uno de mis pasatiempos, como matar, violar o espiar a la gente. Sé que soy una mierda y no lo siento, de verdad no lo siento, porque he disfrutado mucho viendo o imaginándome tu cara de terror, igual que cuando observaba el miedo en los ojos de la pequeña de los Müller o en el chico maricón de los Berg...

Y ella le ve la espalda ancha, musculada, adentrándose en la habitación de la costura. Abre la ventana y lo oye dar un salto... A continuación, el silencio.

Ella permanece un instante en medio del salón, tirando con los dientes de un pequeño pellejito de carne del labio inferior. Le arde un poco cada vez que tira de él. La gata está sentada debajo del arco de la puerta entre el salón y la cocina y la mira fijamente.

En el pasillo de las habitaciones de arriba está todo en calma. El aire fresco se cuela por la ventana abierta de la habitación de costura. Le gusta ese aire y se dirige hacia él, hacia la ventana. Respira hondo, retiene el aire en los pulmones hasta que no aguanta más y exhala. Cierra la ventana.

Se calza las gafas en mitad de la nariz y mientras le echa aceite a la máquina de coser con una mano, con la otra empieza a mover la rueda.

VEINTINUEVE

Gira y gira y sus pies resuenan sobre la grava. Corre en círculos alrededor del columpio.

Ella abre los ojos y se sienta en la cama. Le cuesta ubicarse en qué lugar se halla. Está algo desconcertada, la cabeza se le bambolea levemente y se siente un poco atontada.

La claridad del día empieza a entrar en la habitación y a dibujar sombras en el suelo y encima del mármol del tocador. Mira hacia arriba, hacia el cajón de la ventana donde duermen los murciélagos y se extraña de no haberlos oído llegar durante los últimos minutos de oscuridad. Tampoco recuerda haberlos oído peleando, como es habitual, por los sitios para dormir.

Ella levanta la almohada porque teme que se hayan colado debajo del edredón, que estén enganchados al reborde de la funda, donde se entrelazan una letra E con una G. Levanta la tela con cuidado, no vaya a ser que la ataquen a traición. La blancura del hilo de la sábana es impoluta y allí no hay ni rastro de murciélagos. Pero oye pisadas, pisadas que vienen de abajo y se apoya una mano en la frente. También oye el chirrido de las cadenas del columpio en el jardín, como cuando el viento embravecido de Escandinavia cruza el Báltico y se adentra en Alemania. Gira la cabeza hacia el pasillo y luego vuelve a mirar hacia la ventana. Siente la cabeza como si la hubiera metido dentro de una barrica. Se desespera, porque le cuesta salir de la cama y poner los pies en el suelo. Se lleva el dorso de una mano a la boca y se limpia las babas.

Cuando consigue sentarse en el borde de la cama, permanece un rato oyendo las cadenas del columpio, algo extrañada de no escuchar el canto de Annette clamando por el desayuno. Annette es como un animalito, su estómago reacciona con el minuterero y demanda tiránicamente la primera ración del día.

—¿Annette?

Con la cabeza gacha, direcciona una oreja al pasillo esperando la respuesta.

—¿Annette?

Ni siquiera hay señales de la respiración agitada o de la apnea de la niña. Aumenta la preocupación, pero le cuesta moverse, no tiene fuerzas, siente que tiene que arrastrar el cuerpo como hace con las bolsas de patatas en el Mercado Antigo. Le molesta que el camisón se le levante hasta mitad de los muslos y estira el borde hacia abajo. Se mira las ramificaciones venosas de sus piernas, que algunas veces le duelen. Recala en las rodillas, primero se las acaricia y después tira de las carnes hacia arriba. Se entristece por esos pellejos blandos y se cubre las rodillas con ambas manos, prefiere dejar de mirarse.

A lo lejos, se escucha una musiquilla que le resulta conocida aunque no sabe de qué. Coge fuerzas y con un impulso se pone en pie y se agarra al tocador antes de irse de boca contra él. Aspira fuerte, necesita todo el aire que sus pulmones son capaces de absorber y empieza a andar. Se detiene al pasar junto a la ventana y echa un vistazo a través de la cortina. En la esquina está aparcado el mismo coche de siempre, no el calcinado Trabant de los Groß, sino el de los hombres raros que se pasan el día sentados en él. Observa las copas de los arbustos. No hay ni rastro del viento del Báltico.

—¿Annette? Me he quedado dormida, Annette, enseguida te preparo el desayuno.

Ella está nerviosa, no quiere enfadar a la niña, mientras la musiquilla sigue subiendo por la escalera, viene de la cocina. Se apoya en el marco de la puerta del dormitorio y piensa que tal vez se olvidó de apagar la radio la noche anterior, pero duda. Se hubiera dado cuenta antes de dormirse.

La puerta de la habitación de la niña está entornada y eso la enferma. Se palpa el pecho y se toca el cordón negro, fino pero resistente, que le cuelga del cuello con la llave del dormitorio de Annette. ¿La puerta abierta? Piensa que no puede haberse olvidado de tantas cosas antes de acostarse. ¿En qué estaría pensando? Hace memoria y no recuerda nada. Se lleva la mano a la espalda, siente una contractura en las costillas y el dolor se intensifica al pasarse la mano con brusquedad.

Mordiéndose los labios y clavándose las uñas en las palmas de las manos se asoma a la habitación de Annette. La niña no está. Ahoga un grito al ver que la cuerda con la que la ata a la cama está tirada en el suelo. La manta y la sábana están a un lado, como suelen quedar cuando la gente se levanta. ¿Cómo ha salido Annette de la habitación? Ella le ha prometido que no volvería a abandonarla y ha vuelto a fallarle... Se ha quedado dormida. ¿Cómo es posible que no haya oído nada?

—Los murciélagos...

Se gira y se vuelve a meter en su habitación. Se trastabilla y se aferra a los muebles. Coge uno de los botines que ha dejado junto a la cama y golpea con el tacón en el cajón de madera donde duermen los murciélagos.

—¡Devolvedme a Annette! ¡Devolvédmela!

Se cansa de dar golpes y se sienta rendida en el borde de la cama. Ellos abren los ojos malhumorados, arrugan el entrecejo y miran irritados al frente.

—Devolvédmela, por favor...

De algo sí está completamente segura: en cuanto se durmió, los murciélagos se le acercaron, husmearon en su boca abierta y le escupieron dentro. La saliva de los animales es letal, tanto que la han hundido en un sueño del que le cuesta salir. Chasquea la lengua y el amargor se expande por las encías y le llega a la garganta. Extrae saliva desde lo más profundo que puede y la escupe en el suelo, en un reflejo que la luz del sol proyecta junto al tocador, donde estuvo limpiando las manchas ácidas del orín de los quirópteros.

Corta el último hilo de baba con los dedos y se lo seca en el camisón. Ella los ve

y ellos la observan por los agujerillos que han quedado libres entre los algodones perfumados con Krasnaya Moskva. Sus ojos negros y brillantes parpadean con rapidez. Se miran entre sí y se ríen enseñando los dientes afilados y entornando los ojos que parecen dos rayitas finas horizontales.

—¿Qué queréis? ¿Por qué me observáis? ¿Os pasáis la vida mirando el interior de todas las casas de Alemania? ¿O sólo miráis en la mía?

La melodía no cesa y tampoco lo hace el sonido de las cadenas del columpio.

—¿Qué es esa música? Me voy a volver loca...

Con dificultad, vuelve a salir al pasillo. Ella, al alejarse, siente las miradas de los murciélagos clavadas en su espalda, están puestos en hilera porque así la pueden ver mejor. Parpadean a la vez. Sin girarse, ella los amenaza con un puño en alto y ellos se burlan castañeteando los dientes y haciendo rechinar las mandíbulas y, finalmente, se calman, con una mueca sarcástica en sus rostros.

Ella baja la escalera descalza. En una mano, cogido por el tacón y con los cordones colgando, lleva el botín con el que ha golpeado el cajón de la ventana. Cuando llega al pie de la escalera se da cuenta de que es la caja de música lo que suena en la cocina. Gotas musicales que caen una tras otra.

La caja de galletas Dr. Quendt está abierta encima de la mesa y ve que hay migas esparcidas por el suelo. La puerta del jardín también está abierta y la gata, con las orejas hacia atrás, está sentada en la alfombrilla, mirando hacia afuera y moviendo el rabo.

Ella, desconcertada, se acerca al animal, que ni siquiera la mira. Lleva una mano en el pecho, agarrando la llave de la habitación de Annette a modo de talismán.

La gata maúlla y desaparece entre los setos del jardín.

Annette se está columpiando y mirando al frente, a lo largo del sendero que lleva hasta la calle. Ella abre la boca y se le paraliza la mirada, no siente nada. Sé lo que es eso. Da pasos cortos hacia el columpio y, a pesar de todo, es consciente del frescor de la hierba y de las puntas de las guijas en las plantas de los pies.

Annette, de reojo, la ve acercarse y le regala un gesto de desagrado. Ella se zambulle en las cuencas de los ojos turquesas de párpados semivencidos, casi desprovistos del alero de cejas y de las pestañas por tantos años ocultados por las vendas. La niña se aferra a las cadenas del columpio apretando los dedos alrededor de los eslabones.

—Annette...

Ella lanza un grito de terror, la niña cierra los ojos y se pone a llorar.

La gata maúlla y sigue lamiendo la sangre que se ha renegrido, que la tierra no ha podido absorber y que ha quedado estancada en el suelo. Sibylle tiene un agujero en la cabeza, entre la mata de rizos rubios, a unos dos centímetros de la sien izquierda. La chica está boca abajo y lleva el mismo abrigo marrón del día anterior. El gorro azul de punto ha rodado hasta una piedra redonda de unos treinta centímetros de diámetro, reverdecida por los líquenes.

—¿Qué ha pasado aquí, Annette?

La niña sigue llorando y se agita tanto que abre los ojos y la boca, le cuesta respirar. Del pecho de Annette emana un sonido desagradable, tan feo como su canto gutural, un sonido primitivo.

De repente, los murciélagos estallan en carcajadas desde lo alto del techo de la casa. Ella levanta la cabeza y ve que la observan desde el balcón de su dormitorio. Ríen y aplauden. ¿Cómo es posible que se dejen ver a la luz del amanecer?

Oye que la chistan, pero se da cuenta de que no son ellos. Mira a los lados y no ve a nadie. La vuelven a chistar. Hay dos rostros asomados por encima del muro.

—Se lo habíamos advertido, señora Schmidt. A Sibylle Müller le dijimos que si volvía a tener conversaciones como la que mantuvo con usted ayer, sufriría las consecuencias.

—No hizo caso de la advertencia y el jefe se ha enfadado —remató el otro.

—Lamentamos mucho que Annette haya tenido que ver toda la escena, pero creemos que se lo ha pasado en grande.

—Sí, incluso me sonrió cuando la bajé con cuidado hasta la cocina y le quité la venda. ¡Y ni le cuento lo contenta que se puso cuando vio ese columpio y a la chica Müller aún viva a su lado, reducida por mi compañero! Una verdadera fiesta, créame. La íbamos a llamar, a usted, digo, pensamos en llamarla, pero como vimos que dormía con tanta placidez, preferimos no molestarla.

Annette tose y del fondo de la garganta sale un ruido seco y dañino.

—Señora Schmidt, deje que a la niña le dé un poco el aire de vez en cuando.

—Y usted no vuelva a esconder en su casa a personas como Peter Amstelheim o a charlar con gente como Sibylle Müller.

Ella empieza a recular y busca algo con los brazos, algo a lo que agarrarse y que no encuentra. Está sola.

—Esto lo hacemos por la seguridad de la RDA. La chica Müller sabía demasiadas cosas y, usted ya sabe, o los jóvenes aprenden a cerrar el pico o hay que cerrárselo. ¿No cree?

—Sentimos mucho el haberle manchado con sangre el jardín.

—Por cierto, los brezales están que revientan de flores. ¿Cada cuánto tiempo los riega?

Ella se detiene y baja la mirada al cuerpo de Sibylle. Luego vuelve a mirar a los hombres.

Ambos se tocan las alas de sus sombreros y desaparecen tras el muro.

Los murciélagos aplauden a rabiar y ríen emocionados.

Ella mira a Annette y, de pronto, siente miedo de la niña. No reconoce su jardín y corre a la cocina, cierra la puerta y le echa el cerrojo. Mira hacia afuera a través del cristal. Es verdad, los brezales están vestidos de rosa, pero ella no los riega mucho, tiene que ser la lluvia que cae con frecuencia.

Annette se descuelga del columpio y se dirige hacia la cocina. A ella le palpita el

corazón y no sabe qué hacer.

—¡No te acerques!

El grito no surte efecto en la niña, que se asoma al cristal de la puerta y le sonrío. Los ojos de la niña son fríos, son ojos que no miran, más bien escrutan. Ella siente que la culpa, que le reprocha no sabe qué.

—¡Tú no eres Annette! Annette no mira así...

Cierra la cortina de la ventana de la cocina y se aleja de la puerta sin dejar de observarla. La cocina está en silencio, la cancioncilla de la caja se ha agotado. Ella se dirige a la esquina de la encimera, coge la caja musical y la lanza contra el suelo. Los príncipes danzantes se separan y la princesa vestida de rosa se desliza por el suelo hasta la venda de Annette, que está tirada junto al plato con agua de la gata.

—No mires, Annette... No mires que allí afuera te van a hacer daño... Cierra los ojos, Annette...

Ella oye las uñas de la niña raspando el vidrio.

TREINTA

Ella nunca lo ha pensado. Pero no resulta normal que Amstelheim no mueva un dedo sin el permiso de Ulva que, por otra parte, ni siquiera es enfermera. Algo ha debido de suceder en esa familia, para que él acate sin rechistar absolutamente todos los deseos de su mujer.

Maria Groß está sentada en el salón con los guantes negros en el regazo evitando, sin éxito, que la gata le restriegue el rabo por las piernas. Intenta apartar al animal con una tensa suavidad.

Ella mira la escena de reojo mientras envuelve el vestido en papel de estraza. Se regocija viendo cómo el animal hace sufrir a la señora Groß. La señora Groß ha venido a recoger su vestido, sí, pero también a preguntar por el cadáver de Sibylle Müller. Antes, nada más entrar, le ha soltado que su marido tendrá que comprarse otro Trabant en cuanto lleguen a Berlín y que el traslado a la capital tendrán que hacerlo en tren.

Aunque parezca antinatural, se siente en calma, se siente liberada, comenta la señora Groß, porque sabía que su hijo iba a seguir el mismo camino que su padre. Se lleva una mano a la cabeza y enmudece un instante.

—Cinco años atrás, la meningitis tuberculosa de su hija se complica, diez días después, con una tuberculosis pulmonar.

Maria Groß bebe agua y ella la mira sin mover ni un músculo. No sabe de qué le habla, no entiende por qué se ha quedado en su casa y le ha empezado a contar la historia de la hija de alguien.

—Se pasó horas y horas sentada al borde de la cama de la niña, sosteniéndole la mano, poniéndole paños en la frente, contándole historias de su infancia en Karlsruhe... Ulva y yo nacimos en Karlsruhe. Yo le llevo tres años.

La señora Groß saca un pañuelo de la manga y se lo apoya en los ojos y la nariz y lo devuelve a su sitio con un alegre tintineo de cadenas de oro que le cuelgan de la muñeca.

—Ulva le imploró una y mil veces a su marido que llevaran a Maria a Berlín.

La señora Groß sonrío.

—Éramos tan amigas que le puso Maria por mí... Con toda la razón, Ulva quería que en Berlín la viese un especialista... Yo estaba segura de que en los hospitales de la capital iban a poder hacer mucho más de lo que ellos podrían hacer en una ciudad pobre del norte de este país.

La gata se le sienta delante y la mira fijamente a los ojos, mueve el pescuezo e inclina la cabeza hacia un lado. Maria Groß se desconcierta. Ella cree que le tiene miedo al animal y ruega para que no se vaya, para que no se canse y la siga

torturando con la mirada. Sencillamente, ella siente placer viéndolas.

—Yo había ido a visitar a mi amiga un par de días a Rostock, donde vivían entonces. «¿No te has enterado de que los soviéticos controlan Alemania y que la guerra puede estallar otra vez en cualquier momento?». Recuerdo la voz de Amstelheim dándole esa respuesta a Ulva tal y como si hubiera tenido lugar hoy por la mañana, sus palabras se me han quedado grabadas a fuego. Y recuerdo que su arrogancia fue tal que las dos nos quedamos pasmadas. Ulva insistió, se trataba de la vida de su hija, pero él dio por terminada la conversación y siguió escribiendo ese libro que le hacía tanta ilusión y del que un linotipista amigo del Partido en Rostock imprimió unos mil ejemplares...

La señora Groß coge aire al final de la frase y bebe agua.

—Ulva sabía que la tuberculosis pulmonar podía causar daños irreversibles en los pulmones de la pequeña, a menos que se la cogiera muy a tiempo.

Maria Groß se toca el pelo de la nuca y se humedece los labios. Vuelve a beber agua.

—Y su marido, obviamente, también lo sabía. ¡Claro que lo sabía! Wilhelm Amstelheim es un buen médico, pero las investigaciones, los libros y la política siempre iban por delante de su propia familia.

Ella se alisa la falda negra y se evade un poco de lo que le cuenta su clienta. Los rodeos que da con la historia la ponen nerviosa y el pensamiento se le dispara al sótano, adonde tenía pensado bajar cuando llamaron a la puerta. Ella sabe que tiene que ir al sótano, pero ha olvidado para qué...

—Ulva llegó a pensar que su marido tenía razón. Yo le admiraba y llegué a creerme lo de esa hipotética guerra con la que se excusaba para impedir el viaje a Berlín. Wilhelm decía que un viaje de tantos kilómetros era un sinsentido, por más que la vida de Maria estuviera en juego...

La señora Groß se mira las uñas y se acaricia las manos. Sigue con la punta de un dedo el cauce azulón de una vena que se escabulle debajo de los oros.

—En definitiva, Ulva confiaba en Wilhelm para la curación de la niña, él era un médico muy reconocido en Rostock y ambos ocupaban un sitio muy importante en la ciudad, la gente los admiraba y los envidiaba y los amigos de Wilhelm del Partido los protegían... Como acabó haciéndolo mi marido.

Ella maldice a la gata cuando esta se aparta aburrida por la charla de Maria Groß y se va a la cocina con el rabo caído. Ella la mira irse y le entran unas ganas tremendas de darle una patada en el culo. Se clava las uñas en el antebrazo y se muerde el labio superior.

—Ese fue su error, Eleonora, el gran e imperdonable error de Ulva Amstelheim. Maria era la menor de sus hijos y en Rostock, como en cualquier otro sitio, nadie llegó a comprender cómo había sido posible que la hija del prestigioso médico, la hija del investigador amparado por la nomenklatura, terminase subnormal por la negligencia de su propio padre. Al mes de que Maria cayera enferma, Wilhelm le

confesó a su mujer que ya no había nada que él pudiera hacer, tampoco los médicos de Berlín, ya era tarde... Aquella confesión fue el inicio del odio de mi amiga hacia su marido.

La señora Groß vuelve a sacar el pañuelo del escondite y se lo lleva a los ojos. Ella le mira las uñas que nacen de sus dedos regordetes.

—Ulva me contó que la cogió de la cama, la niña respiraba a duras penas, la puso en alto y se la enseñó a Wilhelm, se la enseñó para que viera lo que había conseguido con su testarudez. Él giraba la cara, no quería mirarla, y pretendía irse, pero Ulva bloqueó la puerta poniéndose delante con la niña en brazos y le repitió una y mil veces que aquellos quejidos de Maria eran el resultado de su inoperancia...

La señora Groß se seca los dos lagrimones que se deslizan a ambos lados del tabique nasal. Ella mira hacia la cocina, todavía tiene esperanzas de que la gata regrese y le clave las zarpas por la espalda.

—En Rostock, a medida que pasaban los meses y Maria no mejoraba, la gente comenzó a hablar de los Amstelheim. El doctor Amstelheim perdía pacientes y el Partido le recomendó que se fuera de la ciudad. Entonces, se vieron empujados a tomar una decisión y llevaron a cabo un intento cruel por matar la vergüenza y los comentarios de provincias: Maria debía morir, pero no la iban a matar, claro. Ninguna madre en su sano juicio mata a su hija... Perdona, Eleonora, no lo he dicho por ti.

Ella la mira con sorpresa y desconcierto y no entiende las palabras de la señora Groß, pero intuye que le quiere contar algo que la mortifica y eso le interesa más que el acoso por parte de la gata. Ella le tiene inquina a la mujer del doctor. Pero la inquina no es de ahora, sino de siempre.

—El año que va de 1955 a 1956 fue horrible para los Amstelheim. Tuvieron que simular el funeral y así pudieron silenciar los cotilleos de inmediato. La pobre familia Amstelheim estaba de duelo...

La señora Groß juega con el anillo de casada, lo hace girar en el dedo, le saca lustre con la manga...

—Y, entonces, un día a comienzos de 1956 entra en el juego mi marido. El Partido le pide que se haga cargo del camarada doctor Amstelheim y que le eche una mano... Una mañana, Heinrich me dijo que tenía que ir a la estación de trenes a recibir a una familia de Rostock que traían a una niña para dársela en adopción a una viuda, que necesitaba aliviar el alma después de haber asesinado a su propia hija... Te odié durante un tiempo, Eleonora, no podía creer que mi costurera fuese una asesina.

Ella se pellizca el muslo con tanta fuerza que lanza un grito. Maria Groß se remueve en el sillón y adelanta el cuerpo, tal vez sienta el impulso automático de ayudarla. Los ojos se le llenan de lágrimas y la mujer de Groß le extiende el pañuelo.

Ella encuentra a su niña perdida durante los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial.

—Soy consciente de que pagaré caro por el hecho de haber llegado a este punto, por hablar de mi marido. En Stralsund no se puede hablar de él, lo sé muy bien, ni de

nada que tenga que ver con su pasado criminal, pero ya no me importa nada. Él ahora está entretenido con el puesto que le han prometido en Berlín y yo estoy obligada a seguir jugando mi papel... Hasta que no pueda más.

La señora Groß se ríe y el pecho se balancea de arriba hacia abajo.

—Si ni siquiera sé cómo no me he vuelto una alcohólica.

Ella mira hacia arriba, como suele hacer siempre que busca a Annette. Primero suena la alarma antiaérea y enseguida un avión rasga el silencio de la tarde. Se cubre la cabeza con los brazos y suelta un grito ahogado...

—Eleonora —intenta tranquilizarla Maria Groß sentándose a su lado—. ¿Qué sucede, Eleonora?

Ella se hace pequeña y se acurruca en un rincón del sillón y llora. Otro avión se acerca más y más...

La señora Groß le acaricia el brazo y la acompaña con la mirada hacia la planta de arriba. También sabe que allí vive Maria Amstelheim.

—Annette muere para los Amstelheim, ¿verdad? —le pregunta ella.

—Annette nunca ha existido para ellos, Eleonora, ellos no conocieron a Annette. Para ellos la que murió fue Maria.

Ella ve que la gata está sentada en el quicio de la puerta del cuarto de la costura, no mira a la señora Groß, sino que la mira a ella. Se quita un botín y se lo lanza. Golpe certero en medio del lomo, la gata maúlla de dolor y desaparece. Ella se siente más aliviada, no quiere que la estén mirando, está harta de que la observen...

—La razón por la que Ulva y yo dejamos de ser amigas no te la voy a contar, Eleonora, eso es otra historia. Pero conociéndola como llegué a conocerla, estoy segura de que no ha pasado ni un solo día en el que Ulva no recordase la imagen de mi marido entrando en esta casa y llevando en brazos a su hija... Ulva dejó de ser quien era y Wilhelm empezó a pagar su culpa: en público, en Rostock, donde les conocían, él debía cargar con la vergüenza de la enfermedad de Maria. Y una de sus pasiones, la medicina, desde entonces sólo sería posible ejercerla a través de su mujer. Él no volvería a acercarse a ningún paciente si Ulva no estaba delante. Tampoco volvería a caminar erguido, no tenía motivos para hacerlo. De esa manera le avergonzaba en público donde no le conocían, aquí, en Stralsund.

Ella la mira con los ojos desorbitados y Maria Groß se aleja un poco.

—Lo último que me dijo Ulva cuando Amstelheim diagnosticó que ya no se podía hacer nada con la niña, fue: «pagaremos juntos el hecho de no haber luchado por la vida de nuestra hija».

—Ni por la vida de otra gente.

—¿Cómo dices, Eleonora?

—Que tampoco han hecho nada por evitar que sus dos hijos y tu hijo asesinaran a inocentes en Stralsund.

—No te entiendo...

—¿Nunca te enteraste de que tu hijo y sus amigos por las noches se iban de

cacería en el Trabant?

—Sí...

Ella se tira al suelo cuando el avión pasa por encima de la casa bombardeando la ciudad. Tiene que llegar al sótano y refugiarse.

—Son los alemanes, no son los rusos, son los alemanes...

—¿Qué alemanes, Eleonora? Levántate del suelo...

Ella la mira con los ojos encendidos. La furia la ciega y se levanta con tanta agilidad que a la señora Groß no le da tiempo a nada. Ella le propina una bofetada que la acuesta en el sillón. La mujer intenta enderezarse y ella le vuelve a pegar.

La señora Groß grita de impotencia y de miedo. Ella grita de rabia. Y Annette chilla con los ojos abiertos, inundados de pánico, amordazada y atada a los travesaños de la cama.

TREINTA Y UNO

El fuego se inicia en el sótano e inmediatamente el humo empieza a colarse en el salón por debajo de la puerta.

Es de madrugada y ella mira a la calle a través de la ventana de su dormitorio. La luz de la farola de la esquina dibuja un círculo brillante sobre el asfalto mojado por la lluvia. Ella se ha puesto mi vestido de novia e intenta tapar la mancha de vino que tiene a la altura del sexo con una mano. Ella no sabe para qué lleva el vestido, quizá le dé seguridad. Me alegro, sé que es una estupidez, pero es como regresar con Georg. Como si volviera a estar entre sus brazos, bailando, bebiendo...

Ella, sólo ella, los ve cuando giran en la esquina y entran en la Papestrasse. Son dos encapuchados que van en bicicletas. La señora Amstelheim también los ve desde lo alto de su atalaya, una habitación llena de trastos que hay justo encima de la consulta de su marido y que tiene una ventana rectangular y angosta. Ulva sube muchas noches allí arriba. Ella ve su figura con los brazos cruzados a la altura del estómago recortada en el cristal.

Ulva se lleva una mano al corazón cuando ve que los encapuchados descabalgan de las bicicletas, las apoyan en la ligustrina reseca de la acera de enfrente y abren la verja de su vecina trastornada. Cada uno de los ciclistas porta un bidón de gasolina.

Ella abre la ventana y sale al balcón. El aire está enviciado por el humo, como cuando las quematinas de junio, en la noche de san Juan. Sobre la calle y el jardín se extiende una nubecilla gris y blanca, parecida a los jirones que forma la niebla.

Ella se acaricia la calva. Annette duerme sin la venda, sin la cuerda y sin la mordaza.

—Annette, pequeña, eres libre —le dice antes de darle un beso en la frente y cerrar la puerta de la habitación. También intenta desclavar las vigas que cubren la ventana, pero no tiene fuerzas y desiste.

Ella siente un enorme vacío en el pecho, que no tiene nada que ver con el murciélago. Ella siente que ya no le queda nada. Y yo estoy de acuerdo.

A cada segundo que pasa, el calor es más abrasador. De fondo se oye un sonido extraño, es como el ruido lejano del desborde de un río. ¿Pero qué río puede ser?

En casa de los Amstelheim acaban de encender la luz de la primera planta. Ella sonrío y con la sonrisa deja entrever una inusual pizca de malicia.

El médico sale por el portal azul de su casa vestido con pijama y pantuflas. A ella le llama la atención que con esas pintas se dirija hacia su casa moviendo los brazos como si la saludase.

A ella le falta el aire y se le irritan un poco los ojos. Desea gritar, pero no puede. Yo no intento hacer nada. Esta vez está haciendo lo correcto, ella está haciendo lo que

yo debí haber hecho en 1945.

En medio del calor que despiden las llamas, se oye una explosión en la cocina, justamente debajo del balcón. Ella se mete en la habitación y cierra las puertas, la del balcón y la que da al pasillo y se vuelve a la ventana a mirar para fuera, a través del cristal.

La figura de la mujer del médico sigue recortada en el cristal de la atalaya, silenciosa y quieta. Se escuchan los ladridos de los perros del barrio.

A ella le preocupa que los murciélagos la ataquen y no poder defenderse. Se sobresalta cuando los cristales del salón se hacen añicos. El río se vuelve cada vez más fiero y cercano, cada vez más devorador.

Los encapuchados salen corriendo. Ella y la señora Amstelheim los ven cuando cogen las bicicletas y escapan. Ella se alegra imaginándose que los ojos de la mujer del doctor irradian pánico y dolor.

Los cimientos de la casa empiezan a crujir. Los murciélagos salen en bandada del escondrijo. Se van, por fin dejan libre la cajonera de la ventana. Ya no tendrá que pensar en que la van a despertar de madrugada.

Una segunda explosión y se derrumba el cuarto de costuras y el salón que sostiene la habitación de Annette.

—¡Annette, no mires! ¡No mires, por favor!

La señora Amstelheim observa las lenguas de fuego que se escapan por las ventanas de la cocina y del salón. Ella está segura de que Ulva mira esa imagen, de que es eso exactamente lo que está sucediendo y que, desde lo alto de la atalaya de los Amstelheim, Ulva le ve la nuca al hombre encorvado vestido con pijama y pantuflas en medio de la Papenstrasse.

*Allí volveremos a encontrarnos, bajo la farola estaremos. Como antes,
Lili Marleen...*

Recordar el rostro de Georg ayuda a mitigar los efectos del calor que sube por el hueco de la escalera, como si alguien hubiera dejado abierta la puerta de un horno siderúrgico. A pesar de todo, ella no deja de pensar... Mi cabeza no se detiene ni un instante, ni tan siquiera cuando el humo me impide respirar y me empuja hasta el borde de la asfixia...

*Allí volveremos a encontrarnos, bajo la farola estaremos. Como antes,
Lili Marleen...*

En medio de la virulencia con la que el fuego azota la planta principal de la casa, desde la calle penetra una voz de mujer...

—¡Maria! ¡Maria!

Se oyen crujidos extraños en el hueco que hay entre el alero de madera del techo

y la ventana del dormitorio, justo donde se enrolla la persiana...
Los vidrios estallan...

EPÍLOGO

En el invierno de 1949, a la medianoche, ella vaga por la Hafenstrasse cuando la detiene la Politzei. En uno de los pocos momentos de lucidez que tiene en el transcurso de quince años, declara ante los agentes de la Stasi:

—Mi nombre es Eleonora Maler. Nací en el puerto hanseático de Stralsund, a finales del Imperio. Tuve una hija, Annette Schmidt-Maler, con el único hombre que he amado en la vida, Georg Schmidt. La guerra me arrebató a mi marido en Checoslovaquia y el final de la contienda se llevó a mi hija.

El jefe del Partido Socialista Unificado de la RDA entra en las oficinas de la Stasi y pregunta:

—¿Esta qué hace aquí?

¿Ella? No lo sé, dije sin que me escuchase. Nos habitamos la una en la otra. Aparentemente, no tengo nada que ver con esta mujer que viste de negro y que está obsesionándose día a día con los murciélagos que se le han instalado encima de la ventana de su dormitorio.

—¿Usted a qué se dedica?

Ella mira a Heinrich Groß y no le responde. Ella ha vuelto a irse.

«¿A qué me dedico? Le pregunto a ese hombre que noto que disimula delante de sus subordinados. A esperar, le respondo. Morí en 1945, cuando boqueaba el Tercer Reich, por mucho que en mi tumba, si acaso, algún día graben una fecha posterior, por ejemplo, una de los años de esplendor de la República Democrática Alemana».

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer, muy especialmente, a cinco personas que han sido importantísimas en el proceso de creación de esta novela y en los acontecimientos que han acompañado a este viaje: a Oly Lacour, mi madre, y José Dimeco, mi padre, por regalarme la posibilidad de ser libre y el germen de la historia que le da vida a esta novela. A la poeta Nines Cuenca por su lealtad inquebrantable y por la lectura entusiasta del primer borrador nada más salir del horno. A Carmen López Siller (también por hablarme de Eleonora). Y a Carmen Garrido por ser mi refugio en todos los momentos del día, tanto cuando escucho aullar la sirena de la laguna alertando que va a haber *acqua* alta como cuando vislumbro, desde el puente de la Academia, la serenísima cúpula de La Salute.

XVI PREMIO DE NOVELA CIUDAD DE BADAJOZ

Un jurado compuesto por Luis Alberto de Cuenca, Juan Eslava Galán, Carmen Fernández-Daza, Fernando Marías, Manuel Pecellín Lancharro, Marta Rivera de la Cruz y Miguel Ángel Matellanes concedió a la novela *El mapa de las viudas*, de Daniel Dimeco, el XVI Premio de Novela Ciudad de Badajoz, que fue convocado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Badajoz.



DANIEL DIMECO (Argentina 1969) es escritor y dramaturgo. Licenciado en Ciencias Políticas y Máster en Gestión Cultural.

Ha publicado la novela *La desesperación silenciosa* (Premio Fray Luis de León) y la obra *La mano de János* (Premio de Teatro “Antonio Buero Vallejo”). Premio de Autores Nacionales Teatro El Búho (Argentina) con *Mirando pasar los trenes* y Premio de Teatro Mínimo Rafael Guerrero, entre otros.